

PROPIEDAD
ESCUELA NORMAL DEL ESTADO
S. L. P.

No. Ord.

CLASIF.

ADQUIS. 1694

FECHA 1459-2001

PROCED.

\$

Dirección General de Educación Primaria.

Distribución de tiempo para las Escuelas Primarias.

Tercer Año.

HORAS.	LUNES.	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
MAÑANA.						
De 8.10 á 8.40	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética
„ 8.40 á 8.45	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
„ 8.45 á 9.15	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura
„ 9.15 á 9.20	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
„ 9.20 á 9.50	Física	Zoología	Física	Zoología	Física	Zoología
„ 9.50 á 9.55	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
„ 9.55 á 10.25	Geometría	Instrucción Cívica	Geometría	Instrucción Cívica	Geometría	Instrucción Cívica
„ 10.25 á 10.30	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
„ 10.30 á 11	Geografía	Historia Patria	Geografía	Historia Patria	Geografía	Historia Patria
„ 11 á 11.05	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
„ 11.05 á 11.35	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía
TARDE.						
De 3.10 á 3.30	Narraciones	Ejercicios de composición	Excursiones	Ejercicios de composición	Narraciones	
„ 3.30 á 3.35	Descanso	Descanso		Descanso	Descanso	
„ 3.35 á 4.05	Trabajos manuales	Dibujo		Dibujo	Trabajos manuales	
„ 4.05 á 4.10	Descanso	Descanso		Descanso	Descanso	
„ 4.10 á 4.35	Canto	Canto		Canto	Canto	
„ 4.35 á 5	Gimnasia	Gimnasia		Gimnasia	Gimnasia	

NUEVO MANUAL
DE
PEDAGOGIA
Y METODOLOGIA

Para el uso de los alumnos
de las Escuelas Normales y conforme al programa oficial de estudios de Bélgica

POR

TH. BRAUN

ARREGLADO AL ESPAÑOL

ANA MARIA VALVERDE

Edición de "La Evolución Escolar"

MEXICO
TIPOGRAFIA DE «EL PARTIDO LIBERAL,»
CALLE DE LAS VERDES NUMERO 18.

1899

La infancia es á la sociedad, lo que la primavera es al año, lo que las flores son á las riquezas y á las pompas de la naturaleza, lo que la esperanza es á los sentimientos del corazón humano. Es preciso ante todo, asegurar la educación de la infancia, sobre la que se asienta el porvenir de la sociedad.

Pero la *educación* no es una palabra vaga y vacía de sentido, por más que se pronuncie muy á la ligera por un gran número de personas, es el bien más precioso de la humanidad. El maestro ocupa un hermoso lugar. No se ocupa de restaurar una construcción que por falta de cimientos sólidos amenaza ruina; no, él construye de abajo á arriba; él mismo pone la base y asegura la duración de su obra; cultiva en toda la fuerza de la expresión, un terreno fértil, un terreno que quizá sería descuidado de todo el mundo si él no le dedicara sus cuidados. Su misión es desarrollar en el corazón del niño los gérmenes de lo bello y de lo bueno que allí ha depositado Dios. Es, por decirlo así, el padre de sus discípulos; es para ellos lo que en general un padre nunca podría ser. De él, casi, es de quien los niños aprenden lo necesario de la jornada que van á emprender, y aunque sólo se limite á preparar lo que el tiempo vendrá á terminar, contribuye en gran parte al éxito futuro.

No hay que preocuparse por saber hasta qué punto y de qué manera su enseñanza producirá sus frutos; circunstancias accidentales pueden llegar á desvanecer las esperanzas que él había fundado en tal ó cual discípulo. Puede muy bien suceder que un hombre cuya educación ha sido buena, se pierda ó extravíe; con todo, si la base de su educación ha sido buena, este hombre, más que otros, procurará orientarse, tarde ó temprano, para volver al buen camino. La lucha de los buenos y los malos sentimientos, podrá resolverse momentáneamente en favor de estos últimos; pero nunca llegarán á desarraigar enteramente los buenos. Esperarán que sea tiempo de imponerse, de hacerse sensibles, y este tiempo llegará sin duda. Y aun en la hipótesis contraria que se presenta desgraciadamente algunas veces, el buen maestro no debe desanimarse por algunas esperanzas defraudadas; estos casos no son ni lo suficientemente numerosos ó notables para modificar las ideas que él ha debido crearse de la importancia, de la educación y de la instrucción.

Mirad el labrador: el granizo ha destruido su cosecha; ¿vacilará por esto en preparar nuevas siembras? Está convencido de que el azote no se cebará constantemente en el fruto de sus trabajos; arruinado hoy, saldrá bien el próximo año y volverá á tomar sus faenas, con nuevo ardor y confianza.

Importa que el maestro como todo hombre que toma una parte activa en esta gran obra de la educación, considere su misión bajo el punto de vista consolador de los resultados por obtener, y en lugar de abrumarse con sombrías reflexiones, pondrá en su carrera todo su amor y su abnegación. Este amor y esta abnegación producen precisamente el ánimo, la fuerza, el valor y la actividad necesarias al maestro. Porque no serán pocos los obstáculos de todo género que se presenten en las escuelas públicas. Estará en pugna perpetua con las preocupaciones, con la indolencia de los padres respecto de la felicidad mal entendida de sus hijos, con los malos ejemplos del exterior, etc., etc. No hay entonces más que el amor al bien, que pueda venir en su ayuda en esta lucha constante; la satisfacción interior de haber cumplido con su deber, justicia modesta que podrá hacerse á sí mismo, lo inducirán á perseverar y esperar el antídoto contra la negligencia y la rutina, enemigos mortales de todo progreso.

El maestro que no ha sido penetrado de este amor, que no se imagine encontrar al cabo de algunos años, el entusiasmo que lo inflamaba á su entrada en una carrera que le ofrecía aun el encanto de la novedad; á menudo serán defraudadas sus esperanzas, si cuenta con el porvenir, con la gloria y las recompensas á que se hizo digno al principio, por su celo y por su afán.

No, para que este amor, esta abnegación sean durables, deben emanar del corazón y no tener su fuente en el egoísmo. El maestro debe buscar en el fondo de su conciencia, la recompensa de sus trabajos y de sus penas. Que piense á menudo en estas hermosas palabras de la Escritura:

«Aquellos que hayan instruido á otros en el camino de la justicia, lucirán como estrellas por toda una eternidad.»

CAPITULO PRIMERO

DE LA EDUCACION EN GENERAL

Su objeto é importancia.

OBJETO.—La palabra *educación* viene de dos voces latinas: *e* (fuera de) y *ducere* (conducir). De donde se ha formado *educere educare*, es decir, guardar, conducir al niño fuera de la obscuridad de la ignorancia, para llevarlo á la luz del saber, encaminarlo de la nada al todo.

La educación desarrolla en el niño todas sus facultades, de una manera armónica y admirablemente dispuesta; lo hace florecer bajo un triple aspecto de vida: físico, intelectual y moral.

Por lo común á la palabra educación, se le da un sentido absolutamente distinto del que realmente debe dársele; se ha creído que un individuo bien educado es aquel que sabe á la perfección todas aquellas reglas que en el mundo constituyen el buen tono.

La palabra educación como debe entenderse, es el medio más adecuado para encaminar al niño en la senda de la perfectibilidad humana; es volverlo apto para llenar debidamente las funciones que el futuro le reserva; es prepararlo á cumplir los deberes que como hombre religioso y moral, como hombre intelectual, como hombre físico y como hombre social tiene que presentarle más tarde la sociedad.

En suma, la educación proporcionará al niño los medios de cultivar su espíritu y perfeccionar su cuerpo; ya que en el orden moral y físico el hombre tiene sagrados é ineludibles deberes que llenar.

La moral en sus preceptos nos impone cuidar el cuerpo, como la envoltura destinada á guardar la parte inmateral, la que no mue-

re nunca, la que tiene como tesoro inagotable los sentimientos más nobles del hombre. En consecuencia, la educación desarrolla, vivifica y perfecciona la doble naturaleza del individuo.

Indudablemente que los medios empleados para desarrollar y perfeccionar la naturaleza infantil, son lo mismo para el príncipe que para el obrero, para el hombre de letras que para el pastor. No obstante, la naturaleza en sus sabias leyes, nos marca el límite de nuestro camino; mientras unos han llegado á la casi perfección humana, otros habrán de recorrer una vía erizada de obstáculos, una vía larga y peligrosa en donde tendrá el viajero que armarse del valor suficiente para llegar sin tropiezo á su destino.

En unos casos necesitarán ciertos métodos de desarrollo, en otros, algunos de eficacia y seguridad, si los anteriores no dieron resultado, y en lo general estableciendo reglas, habrá que dejar á éstas la elasticidad que requiere su aplicación inmediata, para abrazar todos los casos.

Estas reglas que la educación comprende, deben ser en general la base que sostiene todo cuanto más tarde pueda adquirir el hombre: es el desarrollo completo y armónico de sus facultades psíquicas y físicas, de modo que en relación del perfeccionamiento de ellas, esté la aproximación moral del hombre hacia el doble destino que le señaló Dios en este mundo, desarrollar y conservar el cuerpo y alimentar y perfeccionar el espíritu, para que civilizado y encaminándose por la senda de los deberes, evite los castigos que espera el malo y alcance las recompensas reservadas á la virtud.

Así, el hombre con su doble naturaleza tiene dos grandes y nobles misiones que llenar. Empieza en la tierra una existencia que termina en un mundo desconocido; su misión no acaba á las puertas de la tumba, y diremos como dijo Bossuet: «sale del tiempo y entra en la eternidad.»

En este mundo es en donde debe buscarse el principio de toda educación; el desarrollo y perfeccionamiento seguirá más tarde; pero nosotros habremos comenzado, habremos preparado el terreno que llegará á producir ópimos frutos y aproximarnos al perfeccionamiento humano.

El niño, sér débil, forastero en este mundo de amarguras, ¿podrá guiarse sólo á través de los laberintos que la vida le presente? ¿podrá desenvolver los gérmenes de virtudes que vivan en su alma, sin que nadie secunde sus esfuerzos ni le proporcione los medios?

En resumen, ¿el hombre necesita ó no de la educación?

Vemos que el jardinero, el horticultor, el labriego, no dejan á la planta, el arbusto, el grano abandonados á su propio impulso; así como la vid necesita que la pade una mano cuidadosa para que no degenera en un ramaje inútil y perjuicioso, el hombre necesita que se le despoje de aquello que puede serle nocivo, de que se le cerceñe lo que podría obstruir el crecimiento y desarrollo de algo muy bueno y muy noble que tenga en el corazón, y no llegue á ser la planta inútil, perjudicial, nociva, que tenga que ser abandonada para forraje de las bestias ó para el hacha del leñador.

El hombre, pues, debe educarse para adaptarse al medio social en que viva, para llenar el papel que más ó menos tarde tendrá que representar, y en fin, para emplear bien y perfeccionar los tesoros que Dios puso en su espíritu, los dones que puso en su corazón.

La educación es de una necesidad imprescindible; en todos los países donde falta ó es deficiente, los vicios y el crimen tienen campo abierto para segar desgraciados seres que, educados, habrían sabido ser miembros útiles á su patria y á la humanidad.

Nunca se habrá dicho lo bastante: la educación detiene al hombre en la pendiente del vicio y del crimen, lo forma, lo alienta, lo moraliza; le es necesaria como la luz á las plantas, como el aire á los pájaros, como al alma la fe.

Esto es un hecho universalmente reconocido. La educación puede darse al individuo de mil maneras diversas, puede proporcionársele bajo cien distintos aspectos, puede revestirse de incontables formas; pero aun cuando la forma varíe, el fondo permanece el mismo y llegamos á la conclusión de que *el hombre tiene derecho á ser educado, como tiene derecho á vivir.*

Generalmente se cree que el niño no puede ni debe ser educado, sino cuando teniendo suficientemente desarrollada su inteligencia, pueda recibir lo que trate de inculcársele; con el juicio, tacto y discernimiento que son inherentes al hombre formado: error craso. Si alguna vez el hombre necesita más de la educación, es cuando aun no sabe dónde se encuentra, qué es lo que le rodea, con quién tiene que tratar; cuando se halla en un elemento enteramente nuevo para él, cuando están entregados á su propio instinto; entonces, y no más tarde, en que hayan tomado cuerpo, tendencias torcidas, inclinaciones viciosas, entonces, decimos, necesitará de alguien que lo guíe, que lo lleve de la mano por los ásperos senderos de la vida.

Los padres que abandonan á sus hijos á la vida vegetativa, los

que los entregan á su instinto en lugar de dirigirlos por su inteligencia, no hacen más que asumir su existencia en estas palabras: un bien que alcanzar; un mal que evitar.

La opinión que exponemos es combatida por todos los más distinguidos pedagogos, con todas sus energías. Si el hombre, desde que nace, tiene que someterse á la influencia que deberá relacionarlo con su destino futuro, y este destino, variable hasta lo infinito, habrá de llenarlo, en cuanto cabe, de una manera perfecta, tendremos que prepararlo, tendremos que enseñarlo á obviar todos los obstáculos, enseñarlo á usar de lo que puede traerle ventajas y rechazar aquello que puede perjudicarlo; en una palabra: hay que enseñarlo á bastarse á sí mismo, á ser feliz.

Esto es precisamente lo que hace la educación, esto es su objeto, su mira, su fin, y para realizarlo, para poder llevarlo á cabo satisfactoriamente, es absolutamente necesario dirigir al niño desde el momento en que nace.

Misión del institutor.

Las leyes naturales dan el derecho é imponen el deber al padre y á la madre de cuidar de la educación completa de sus hijos. Por consecuencia necesaria, el niño, cuando nace, no tiene á nadie en el mundo que se crea con obligación de consagrarse á él si no son aquellos que le dieron el sér; ellos, exclusivamente, son los responsables directos de ese depósito sagrado que la Providencia les entrega, para que se lo devuelvan más tarde perfeccionado y digno de regresar á su patria de que se vió temporalmente desterrado. ¿Quién lo cuidará como ellos? ¿quién sentirá por él ese amor sublime, abnegado, del padre para el hijo? ¿Quién, en fin, hará de él un hombre fuerte en todos sentidos, un espíritu vigoroso, un miembro útil á la patria y á la familia? Nadie, indudablemente; el niño tierno, el niño que no puede, sin gran perjuicio de su porvenir, entregarse á manos extrañas, debe estar siempre amparado por la fuerza del padre y la dulce debilidad de la madre, por su ternura, por su cariño. En la familia donde el padre es el jefe, donde él representa la autoridad augusta é indiscutible, la madre debe mediar con su inefable amor, la severidad de las leyes paternas; ella debe ser quien con su influencia encamine la educación de sus hijos, por la verdadera senda, por donde no puedan extraviarse, y lleguen lo más temprano posible á la meta de su felicidad.

Repetiremos, á propósito de esto, lo que dice un escritor francés, refiriéndose al papel que la madre desempeña en la familia.

« Sigamos las leyes de la naturaleza; ella no nos entrega al nacer, ni á los cuidados de un pedagogo, ni á vigilancia de un filósofo, sino al amor de una joven madre; es á sus caricias á quien nos confía; rodea nuestra cuna de las formas más graciosas y de los tonos más armoniosos; porque la voz tan dulce de la mujer, se dulcifica aún más para dirigirse á la infancia; en fin, todo cuanto hay de más encantador sobre la tierra, la naturaleza en su solicitud, lo prodiga en nuestra primera edad: para descansar, nos da el seno de una madre, su dulce mirada para guiarnos, su ternura para instruirnos! »

Evidentemente, para probar más aún esto, que ya lo está de suyo, tenemos numerosos ejemplos: los hombres que han sido educados por la madre, han mostrado más tarde raras cualidades y eminentes virtudes, acompañadas de un gran carácter.

¿Qué hombre no recuerda con íntima ternura las dulces pláticas de su infancia con que su amorosa madre despertaba su inteligencia y alimentaba su corazón? ¿Quién no conserva grabados indeleblemente sus consejos, sus preceptos, las divinas manifestaciones de su amor noble, grande, desinteresado?

La madre, es, pues, la que primero debe guiar nuestros pasos, la que primero debe enseñarnos el camino de la verdad. Sin ella los instintos generosos mueren en embrión, los malos toman proporciones gigantescas y pueden llegar á determinar la muerte moral del individuo.

Cuando el niño crece al lado de sus padres, bajo la sabia dirección de una buena madre, sus instintos buenos se desarrollan y los malos se modifican; llega á adquirir gusto por el trabajo y la noción del bien se presenta claramente á su entendimiento.

No obstante, llega un momento en que se hace absolutamente necesaria la sobrevigilancia de alguien que no sea el padre ni la madre; en que el niño tiene que adquirir otros conocimientos que no sean los que la familia puede proporcionarle, porque pudiera ser que el hogar no fuera siempre un centro de virtud y que por descuido, negligencia ó poca voluntad se abandonara al niño á sí propio.

Los tiempos sencillos en que la sociedad virtuosa practicaba las buenas obras y seguía el bien por el bien mismo, han desaparecido; estamos en una época en que se hace necesario recordar eso en fuerza de buenos ejemplos, sanos consejos, y acertada dirección.

Se necesita volver á los seres de las generaciones que vienen, aptos para llenar las funciones que la suerte les destine.

¡Cuántas mujeres hay que se casan y al unir su vida á otra, con lazos que durarán siempre, no saben, ni sospechan siquiera las difíciles obligaciones que tienen absoluta necesidad de cumplir!

Entran cegadas por la ignorancia en una senda que los padres debieron alumbrar con la educación. Sin instrucción, sin trato para conducirse en la vida ¿cómo habrán de transmitir á sus hijos aquello que no recibieron de sus padres? No tendrán de madre más que el nombre, sus deberes serán un remedo de la alta misión que deben llenar en este mundo.

Por diversas circunstancias, falta de tiempo, descuido, ignorancia é insuficiencia, los padres no pueden llevar á buen fin la grande obra de la educación de los niños. Fuerza, es pues, que haya entonces un intermediario, una persona que dedicada exclusivamente al niño complete lo que necesariamente hubieron de comenzar sus padres.

Este intermediario es el *maestro*; y como sería imposible que para cada niño hubiese un maestro, hay que favorecer á esta necesidad estableciendo, ya el Estado, ya la iniciativa particular, las asociaciones que se llaman *escuelas*. En ellas los substitutes de los padres derraman los inapreciables tesoros que deben volver sanos los espíritus infantiles, esclarecen la densa noche de su ignorancia con las estrellas de la ciencia, y logran más tarde sacar de las aulas, si no todos espíritus fuertes, sí espíritus aptos para bastarse á sí mismos en la vida.

Esto es lo que toca al maestro, esta su misión más grande, puede decirse, que la de los padres, más espinosa y llena de dolores. El maestro siembra bienes y no recoge lauros sino amarguras y penalidades. Le toca reemplazar á los padres en la educación del niño ó cuando menos con su palabra y con su ejemplo llenar el vacío que ha dejado la insuficiencia de la familia.

Muchas cualidades naturales son necesarias á aquel que se dedica á la hermosa misión de constituirse en segundo padre de los niños. Es importante que nos ocupemos de ellas.

1.º Cualidades físicas.

El maestro debe tener sentidos perfectos; pronunciación exenta de defectos, cuerpo robusto y bien constituido; una vista enferma ó un oído débil lo pondrían fuera del caso de poder mantener el orden entre los niños y poderlos instruir; una mala pronunciación impediría á sus alumnos comprenderlo y provocaría su enfado ó desatención y los conduciría á hablar imperfectamente á su vez. En general: sin la salud ¿cómo podría el maestro llenar su misión tan laboriosa, tan cansada, tan llena de fatiga por todas partes? ¿Cómo resistiría el trabajo con el humor pesadoso é impaciente tan incom-

patible con su profesión? ¿Cómo, si lo aflige algún defecto corporal, escaparía al ridículo? Cómo evitaría las chanzas de que la infancia es tan pródiga con los desheredados de la naturaleza? En consecuencia, el maestro que quiera conservar su autoridad y por consiguiente volver fructuosos sus esfuerzos y su trabajo, necesita de cualidades exteriores que infundan respeto á la juventud.

2.º Cualidades morales.

Todas las virtudes cristianas que adornen al hombre verdaderamente moral, serán el único patrimonio que el maestro lleve á la escuela; se consagrará á adquirir las que le falten y proveerse de ellas abundantemente. Su misión de educador le impone la ley absoluta de hacerse amar y hacer practicar la virtud por el sólo hecho de practicarla él mismo. Los niños piensan, hablan, juzgan y obran como ven hacerlo á aquellos á quienes tratan frecuentemente, sobre todo á aquellos á quienes tienen respeto y amor. El maestro es para sus discípulos un sér colocado muy por encima de los otros, su autoridad es suprema, sus leyes indiscutibles; su ejemplo debe tener un gran ascendiente que se asuma en estas palabras: El atrae cuando la lección no hace más que invitar.

No se imagine que el maestro, para satisfacer su obligación sagrada, le basta dar buenos ejemplos, por una conducta exterior en contradicción con el fondo de su alma. El simulacro de la virtud no puede nunca desempeñar el papel de virtud misma; en educación, sobre todo, es particularmente pernicioso, porque produce la hipocresía; los niños acaban por apercibirse de que su maestro hace en presencia de ellos alarde de méritos que no tiene y lo imitan hasta en ese disimulo odioso.

En este orden de ideas, varios puntos merecen desarrollo especial.

Son muy diversas y numerosas las cualidades que debe tener el hombre que se entrega á la educación de los niños, y un maestro, no lo será jamás, si no responde á todas estas condiciones.

El maestro debe ser un hombre grave.

La gravedad es una cualidad esencial, indispensable, al maestro; sin gravedad sus funciones llegan á ser imposibles y el institutor desaparece. No porque se esfuerce en adquirir esta cualidad

arrancará de su corazón la bondad paternal y los tiernos sentimientos tan necesarios al ejercicio de sus funciones; estas dos cosas no son incompatibles; un maestro sin dejar de ser grave y digno puede por su dulzura y su amabilidad, hacer que sus discípulos lo consideren como un amigo inapreciable que derrama en sus corazones las semillas de la virtud y el saber.

Este es el medio más eficaz para animarlos, para estimular su celo, para inducirlos á frecuentar con regularidad la escuela y escuchar con atención las palabras del maestro, para retenerlas y ponerlas en práctica. Todo pedagogo, aun el menos experimentado, lo reconocerá con nosotros; no basta tener inclinación y amor por los discípulos; importa, sobre todo, atraerse su estimación y su respeto, porque la juventud no puede sacar fruto de las lecciones de un hombre que como maestro sea incapaz de hacerse estimar y respetar por sus discípulos.

El maestro debe ser paciente.

La paciencia nos hace fuertes para soportar todas las contrariedades y todas las penas, sin murmurar, y nos inspira completa confianza en los decretos de la Providencia.

El maestro paciente sobrelleva sin amargura todos los disgustos inherentes al ejercicio de sus penosas funciones; no se afecta tan á lo vivo por la mala conducta de los discípulos, ni se cuida de la ingratitud de los padres. El maestro, más que nadie, debe penetrarse de esta verdad: *La paciencia es el arte de esperar.*

El maestro debe ser prudente.

La prudencia, esta cualidad inestimable es, como debe entenderse, la que nos induce á tomar resoluciones razonables, á juzgar acertadamente y á escoger las disposiciones más convenientes y útiles. El verdadero maestro, no descuidará ninguna ocasión de adquirir este precioso tesoro; se esforzará en conocer el carácter y el espíritu de los niños á fin de ajustar la enseñanza á sus necesidades. Sería violar las leyes de la naturaleza, pretender gobernar diferentes individualidades por el empleo de un solo medio, y tratar de obrar en todos de la misma manera.

Aquí la prudencia del maestro debe saber escoger un justo medio, porque aquí, como en todas partes, el bueno y el malo se codean y se estaría expuesto á confundir le uno con el otro. Esto es precisamente lo que vuelve tan difícil la educación de los niños. Para evitar estas faltas, que son ordinariamente resultado de la precipitación, del exceso de confianza en sí mismo, de la ligereza, de la negligencia, de la arbitrariedad, importa que las acciones del maestro estén basadas en la reflexión, que tome por fieles guías, la circunspección, la perspicacia, la firmeza y la prudencia.

El maestro debe saber moderarse hablando, es decir, seleccionar convenientemente su lenguaje, empleando las expresiones adaptables á aquellos á quienes trata de instruir, considerando con justo discernimiento, cuando es necesario hablar y cuándo es preferible callar.

Es un arte para el maestro saber escoger lo apropiado y desecharlo nocivo ó perjudicial para sus educandos.

El silencio, por de contado, facilita el mantenimiento del orden y la disciplina en la escuela, contribuye á la tranquilidad y aumenta la atención de los alumnos. La tarea del maestro se hace más fácil, su salud se conserva mejor, y es un deber evitar con cuidado todo aquello que contribuya á volver el trabajo más penoso, de lo que ya es de suyo.

El maestro debe ser, sobre todo, un hombre abnegado.

La mayor abnegación que puede tener, es aquella que lo induce á abrazar la profesión con todo lo que sus funciones tienen de penoso.

Un maestro abnegado, lleno de sentimientos tiernos por la infancia, exitado por un celo verdaderamente apostólico, encontrará su mayor dicha en instruir á los ignorantes, sin distinción de rango ni categoría, aun cuando encuentre al principio de su carrera, dificultades insuperables.

Pero para alcanzar este fin, no basta tener celo, es necesario que este celo sea razonable, porque sin esta cualidad toda su dedicación sería una luz sin calor. El maestro verdaderamente adicto por la enseñanza, sabe, como los apóstoles, adaptarse á todas las circunstancias; conoce el secreto de ser pequeño entre los pequeños, es decir, ponerse á su nivel, llevar cuenta de sus debilidades, escuchar sus ingenuidades y corregírselas según la necesidad.

El maestro debe tener dulzura.

Reconocemos en la dulzura una de las preciosas cualidades de que Jesucristo nos ha dado el ejemplo más admirable; porque él mismo nos invita á imitarle, en las sabias palabras de la Escritura: «Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón.»

La dulzura es una virtud sublime y puede ser considerada como hermana de la humildad con la que camina unida. Para que la dulzura del maestro desarrolle el afecto entre los niños, importa que él conozca bien sus defectos y pueda desarraigálos, empleando medios que aun cuando tengan apariencia de severidad en el fondo nada tengan de desagradable.

En la educación de la juventud hay que aplicar la dulzura sostenida por un grado de firmeza conveniente á los discípulos; una severidad razonada, no es nunca incompatible con la dulzura, cuando todos los medios de benevolencia han sido infructuosos. El maestro debe, pues, saber aplicar de una manera justa y apropiada la dulzura, la severidad y la perseverancia. Esta combinación de medios, si es felizmente hecha, es la que precisamente da al maestro la autoridad necesaria indispensable á su carrera; esta autoridad que es el alma de la escuela y que inspira á los alumnos la estimación por el maestro, es el lazo más fuerte entre el mando y la obediencia, de tal manera que de una parte y otra, la confianza y el amor vienen á ser los móviles entre maestro y discípulo.

Es indispensable que el maestro tenga verdadero amor por los niños y su profesión.

El maestro debe amar á los niños porque son niños. Sus acciones ingenuas, sus maneras inocentes, sus conversaciones, sus juegos, en una palabra, todo lo que pertenece al niño, debe agradar al maestro. Debe buscar su recreo, su esparcimiento, su felicidad, en fin, todos sus goces en medio de los niños.

Sin esta disposición, aunque tuviese todos los conocimientos imaginables, no será nunca más que un mercenario que desempeña sus deberes por amor al dinero. En el amor á los niños está comprendido necesariamente el cariño á su profesión.

El que no ama los niños no puede ser feliz en su carrera de maestro, y el que tenga una vocación decidida por ella, encontrará su bienestar y su dicha, viviendo entre los niños. La enseñanza de-

be ser para el maestro, lo que hay más elevado en el mundo; todos sus esfuerzos deben encaminarse á alcanzar el fin.

El maestro debe amar á su patria.

La obra de la educación para ser completa necesita tener un sello *nacional*. En la escuela es donde el niño aprende á ser más tarde un buen ciudadano, á llenar con amor sus deberes cívicos; en la escuela es donde su corazoncito se abre á los sentimientos de patriotismo ardiente y fecundo que hace la fuerza y la prosperidad de un pueblo.

No hay necesidad de decir más para demostrar cuánto importa que el maestro sea un buen patriota. Los poderes públicos le han confiado en la juventud, la esperanza de la nación; que él no traicione esa confianza y que por sus cuidados todos los corazones latán unánimemente por la patria!

30 Cualidades intelectuales.

El maestro debe tener inteligencia y juicio.

“¿Quién puede esperar formar la inteligencia de la juventud si él mismo no la tiene?”

Sin exigir de un maestro que sea un genio, puede pedírsele un espíritu sano y experimentado, una memoria sólida, imaginación viva, sentimiento, corazón y presencia de ánimo. Es necesario que no llegue á ser ridículo por falta de juicio, ni que se desconcierte fácilmente en circunstancias imprevistas. Nada puede suplir en el maestro á una inteligencia recta, pronta á tomar y á comprender, ni á un juicio sano naturalmente bueno; ni la instrucción propiamente dicha, porque para dirigir una escuela primaria, no se necesitan, en suma, conocimientos muy extendidos en las diferentes ciencias, sino una especial aptitud para comunicar esos elementos. Ni los mejores consejos de personas experimentadas podrán servirle de guía ni suplir la falta de juicio para ponerlos en práctica.

El maestro debe poseer una suma suficiente de conocimientos profundizados en los diversos ramos que está obligado á enseñar; tratará de instruirse por el estudio, cada día más.

Con esta sola condición estará en estado de enseñar convenientemente y obtener éxito en su carrera; M. Guizot, ha dicho: «Un buen maestro de escuela es un hombre que debe saber mucho más aún de lo que puede enseñar.»

A propósito de esto, el Dr. Scheinert, también dice: «Un buen maestro debe poseer grandes conocimientos á fin de poder llenar convenientemente sus funciones; debe conocer mucho más de lo que está encargado de enseñar. Sin esta condición no sería capaz de enseñar con inteligencia y con gusto.»

Esto es necesario á los maestros de las clases inferiores, así como á los de las superiores; las necesidades son las mismas, todos deben poseer perfectamente á fondo los conocimientos que exige el grado de adelanto en el estudio de su división respectiva.

Un maestro, sobre todo, debe procurar instruirse, instruirse siempre; es decir, desear constantemente adquirir mayor habilidad en la práctica de sus deberes. El maestro que por pereza ó por orgullo, por considerarse suficientemente sabio, no estudia, no espere llegar á la perfección en la práctica de su carrera, que tiene tales escollos que jamás se habrá llegado á aprenderlo todo para poder evitarlos con el tacto que requieren.

No tenemos la pretensión de creer que hemos previsto todo lo que se está en derecho de exigir á la persona que se dedica á la educación de la infancia. Sería difícil agotar el capítulo de las cualidades esenciales del maestro; se escribirían volúmenes enteros á propósito de esto; habría necesidad de examinar desde el punto de vista físico: constitución, maneras, fisonomía, gestos, tono de voz, sentidos, etc., habría que enumerar en seguida los mejores medios que debe emplear el maestro para conservar su salud: calma, moderación en todo, gimnasia, ejercicio después de las clases, trabajos de jardinería; porque la carrera de la enseñanza es muy dura, y sería temerario tomarla sin proveerse de todas las armas.

En cuanto á la parte intelectual, recordaremos las palabras de Montaigne: «Yo quisiera que para guía de los niños se escogiera un maestro que tuviera la cabeza bien hecha aunque no mejor provista, que tuviera más costumbres y entendimiento que vastos conocimientos científicos.»

Lo más importante es en efecto que el maestro tenga sus facultades, que tenga un juicio recto, sentidos perfectos, concepción pronta, feliz memoria, una imaginación bien organizada y que posea un alto grado de talento y observación.

«La firmeza unida á la bondad, la severidad templada por la dulzura, el amor á la infancia, la paciencia y la perseverancia, la prudencia y la vigilancia, la abnegación y el amor al trabajo, el patriotismo y el civismo, y sobre todo esto una perfecta honradez y costumbres de una pureza irreprochable, he aquí las virtudes que forman al maestro; desde su entrada á la escuela profesional hasta el momento de ejercer su magisterio, debe esforzarse por adquirirlas.» (Germain).

30 *Objeto de la pedagogía: sus divisiones. Necesidad de los estudios pedagógicos.*

Objeto de la pedagogía.

La palabra *pedagogía* se deriva del griego y significa conducir á los niños. Se entiende por pedagogía la teoría general de la educación, el conocimiento de los principios y de las leyes que preceden á esta obra y el conjunto de medios para asegurar el éxito.

La pedagogía puede ser considerada como *ciencia* y como *arte*.

Como ciencia, forma parte de un grupo de ciencias filosóficas, y participa, á la vez, de la *moral* y de la *psicología*; de la moral, porque toma constantemente para guía la ley moral, que busca para volver fácil la práctica de los deberes que la filosofía moral nos enseña. De la psicología, porque se apoya en el conocimiento del alma y sus facultades.

Llama en su ayuda el contingente tan poderoso de la *religión*, que es la sola que puede guiar al hombre hacia su eterno destino.

Guarda relación con la *política*, porque tiene en cuenta las instituciones propias á cada país, relativamente á la forma que hay que dar á la educación; pero nunca puede subordinar sus leyes generales á las instituciones políticas de una nación.

Por último, toma por auxiliares á la *fisiología* y la *higiene*, en los cuidados de que rodea el desarrollo físico del niño.

Considerada como arte la pedagogía, no es otra cosa que las lecciones de la experiencia: coordina las observaciones hechas por los educadores, hace conocer las precauciones que hay que tomar,

las reglas que hay que seguir para asegurar el éxito de la educación, el progreso de la instrucción y la eficacia de la disciplina.

Divisiones.—Ordinariamente se entiende, más especialmente, por pedagogía, la ciencia y el arte de la educación propiamente dicha y de la disciplina. El estudio teórico y práctico de las leyes que es necesario observar y de los medios que es preciso emplear para dar la instrucción con fruto, se forma de dos grandes ramas: la *didáctica* y la *metodología*.

La *didáctica* (del griego *didaktikos*, de *didaskoa*, yo enseño, yo instruyo) nos hace conocer las leyes generales fundadas sobre la naturaleza del hombre y la evolución de sus facultades mentales; se subdivide en *didáctica general* y *didáctica especial*. La primera, busca las condiciones necesarias á toda buena instrucción, las cualidades que debe revestir, los principios á los cuales debe adaptarse el que está encargado de instruir. La segunda, se ocupa de la organización de los estudios; ella dirige el programa y formula las leyes que se tienen que observar en la enseñanza de cada materia.

Antes de definir la metodología, véamos desde luego qué se entiende por *método*. La palabra *método*, derivada del griego, significa *vía*, *medio* para llegar al fin. Considerada en su sentido más general, el que se le atribuye en lógica, el método es la marcha que sigue el espíritu humano en busca de la demostración y de la verdad. Se ha definido así: «*el orden en el curso de nuestros pensamientos.*» (Descartes). «*El arte de disponer bien una serie de pensamientos.*» (Lógica de Port Royal). Las diversas significaciones que la palabra método ha tenido en la ciencia pedagógica, se derivan de esta primera significación. En general, entendemos por método el conjunto de medios que es necesario emplear y el orden que se debe seguir para transmitir á los discípulos una verdad en general. La palabra *método*, significa también el conjunto de medios y reglas que es preciso seguir para transmitir á los discípulos un orden de verdades, es decir, una ciencia, un ramo de instrucción.» (Charbonneau).

A menudo se ha designado, sin razón, con el nombre de *método*, los simples procedimientos ó medios artificiales que sirven para la enseñanza; como los procedimientos intuitivos, el calco en la enseñanza de la caligrafía, el desarrollo generatriz de las figuras en el dibujo, los procedimientos mnemotécnicos en la historia, etc.

Cuando se analizan con cuidado los diversos ramos de instruc-

ción, se reconoce fácilmente en cada uno de ellos la esencia de un método general, de un método único que no es más que la razón aplicada con orden, con discernimiento y conocimiento de causa en las materias de la enseñanza. Importa mucho al maestro conocer los caracteres de este método general y seguirlo en las variaciones que experimente necesariamente, cuando quiera adaptarse á las diversas materias.

Volvamos ahora á la *metodología*. Se designa con este nombre la ciencia que tiene por objeto el estudio crítico de los métodos de enseñanza. Se subdivide en *metodología general* y *metodología especial*. La primera se ocupa de las cualidades generales de un buen método, hace ver las ventajas y muestra las relaciones que tienen con el objeto general de la educación; discute el orden que se debe seguir en la exposición de las materias de la enseñanza; aprecia las formas exteriores que deben revestir las lecciones según la edad de los discípulos y la naturaleza de los conocimientos que haya necesidad de inculcarles. Examina los medios á que puede recurrir el maestro para llegar más fácilmente á la inteligencia de los niños, y por último, se ocupa de la clasificación de los alumnos en clases ó secciones.

La metodología especial no es más que la aplicación de estos principios, de estas reglas generales á cada ramo particular del programa. Muestra el objeto que se propone la enseñanza de tales ó cuales conocimientos, traza el programa detallado del curso de estudios, determina el orden y la forma de enseñanza que se deba adoptar y suministra todas las indicaciones, todos los consejos que se desprenden de la naturaleza misma de la ciencia de que se ocupa ó de las lecciones de la experiencia.

Necesidad de los estudios pedagógicos. Tan importante es á un maestro poseer á fondo las materias que está llamado á enseñar, como indispensable que tenga á su disposición los medios de transmitir lo que sabe. Pero si no debe limitarse á poseer conocimientos superficiales, no le basta tampoco haber estudiado teóricamente los métodos; es necesario que se haya ejercitado prácticamente. La metodología enseña verdaderamente los principios que se deben observar y las reglas que se deben seguir en cada uno de los ramos de enseñanza, á fin de comunicar á los niños nociones exactas sobre las materias más ó menos útiles; pero no es bastante para un maestro poseer estas reglas; debe saber sobre qué base están fundados estos principios y qué fin se quiere alcanzar. Debe estar penetrado de es-

ta convicción como el único medio de obtener un resultado, esto es, adaptarse estrictamente á las leyes que constituyen la ciencia que se llama *Metodología*. Todos los principios, todas las reglas que se aplican á la enseñanza primaria, están apropiadas á la naturaleza del espíritu humano. Estos principios están en relación no solamente con las disposiciones naturales del niño, sino con los medios que se ponen en planta para desarrollar sus facultades. No se puede de ninguna manera apartarse de estos principios. Si se pierden de vista estas bases fundamentales, es imposible esperar alcanzar el fin de la educación y la instrucción.

La naturaleza del espíritu es la misma en todos los hombres y ésta no difiere entre sí más que por una dosis más ó menos desarrollada de actividad; las reglas de la educación y la instrucción, basadas sobre la naturaleza humana, son invariables é iguales para todos.

Las prácticas que son completamente extrañas á la teoría, marchan á tuestas en el camino de la educación, obedecen á una especie de impulso ciego del que no pueden darse cuenta.

El maestro que quiera adueñarse dignamente de la misión á que se ha consagrado, deberá, pues, familiarizarse con el conjunto de la pedagogía.

La pedagogía, tal como la hemos hecho conocer, es una ciencia vasta, que pone á contribución todas las otras. En los Estados Unidos, como en la mayoría de las repúblicas de Grecia, muchos de los hombres que llegan á una alta posición social han pasado por el profesorado, no por falta de medios para hacer la carrera de la vida, sino por la convicción profunda de que no puede conducirse á los hombres si no se sabe formar á los niños.

«Que se me confíe la educación de los niños y cambiaré la faz del mundo,» decía Leibnitz, pensamiento tan profundo como verdadero y que expresa con elocuencia la importancia de la pedagogía, asume los principios que se deben aplicar en la obra de la educación.

La manía de la reglamentación en algunos países ha degenerado la pedagogía convirtiéndola en una ciencia mezquina, de detalle, un verdadero código lleno de pedantería. Pero queriendo corregir esto se ha caído en el extremo contrario desinteresándose demasiado por la educación. Se dice á menudo con la mejor intención: «*hay que seguir á la naturaleza.*» ¿Cuál es el fin de semejante precepto?

Seguir á la naturaleza, no significa *abandonar al niño á sí mismo* y dejar el cuidado de su desarrollo á la influencia del medio en que viva; era tanto como negar los efectos de la educación; seguir la naturaleza, constituye, al contrario, un vasto sistema de educación que no se aprende sino con trabajo y que no se aplica sino con esfuerzos constantes. El todo no consiste sino en estudiar la naturaleza en sus procedimientos, en apropiárselos y en aplicarlos con discernimiento.

Error sería creer que los niños vienen todos al mundo con las mismas disposiciones; no hay dos siquiera que se parezcan en manera alguna intelectual y moralmente. Al nacer el niño no tiene más que necesidades y su carácter no dependerá casi como decía un filósofo, más que de su primer hábito; es la influencia buena ó mala de la madre, la que determina los primeros rasgos del carácter, otras influencias sobre todo, las de la escuela, vendrán á añadirse más tarde y á imprimir una dirección definitiva á sus facultades.

El niño es poca cosa al llegar á este mundo; pero á los dos años se ha hecho un personajillo necesariamente egoísta, es decir, únicamente ocupado de vivir, de ver, de oír y de repetir. Nada iguala á su actividad, á su potencia de observación y á la vivacidad de sus necesidades, si no es su movilidad. Se ha pretendido que todo esto proviene de los órganos y lo que sería cierto si se admitiese la perfectibilidad de éstos; pero hagamos la parte de la naturaleza y la de la educación: la naturaleza da las fuerzas y la educación es la que imprime á éstas una dirección moral é intelectual en relación con las necesidades del medio.

Estas consideraciones demuestran el objeto, la importancia y la necesidad de los estudios pedagógicos para las personas que se dedican á la educación; el hombre que quisiese consagrarse á esta tarea, sin estar convenientemente preparado por el estudio de la pedagogía, sería torpe é irracional como el que quisiese practicar la medicina sin haberla estudiado, ó como alguno que intentara hacer cuadros sin tener siquiera nociones de dibujo y colorido.

CAPITULO II.

DE LA EDUCACIÓN FÍSICA.

1.—*Objeto é importancia de la educación física.*

Cuando se quiere determinar el objeto y límites de la educación hay que preguntar ante todo, cuál es la naturaleza del hombre y el fin para que fué creado.

El hombre, en esencia, es un espíritu dotado de razón, de voluntad y sensibilidad; pero un espíritu que anima un cuerpo, una inteligencia, que tiene por instrumentos, órganos.

El estudio del alma por los elementos constitutivos de su naturaleza, según Bénard en su *Tratado de filosofía*, nos muestra una *inteligencia* que contiene en sí misma el germen de ideas eternas y de las más altas verdades, un sér *sensible*, capaz de amar, de gozar y de sufrir y que aspira á la felicidad; un sujeto voluntario y libre que tiene el poder de determinar por sí mismo y ser responsable de sus actos; el alma, en fin, aunque unida á órganos, es esencialmente distinta del cuerpo y está dotada de atributos inmateriales.

El espíritu del hombre tiende hacia lo infinito; aspira á la perfección y á la felicidad; el cuerpo, por el contrario, lo liga al mundo físico. El espíritu establece la relación del hombre con su Creador Supremo: Dios; el cuerpo lo pone en relación con lo que lo rodea, con la naturaleza.

Entre el alma y el cuerpo la relación es la del instrumento y la fuerza que lo dirige. El cuerpo es el servidor del alma y esta relación debe mantenerse constantemente.

De la unión íntima del alma y el cuerpo resulta nuestra vida terrestre. El secreto de esta unión ha sido por parte de los filósofos el objeto de muchas opiniones.

Todo lo que nosotros podemos decir, es que esta unión es un hecho que la ciencia se limita á hacer constar, sin haber podido penetrar hasta aquí su causa misteriosa. De esta relación resultan en el cuerpo relaciones incesantes.

¿Quién no ha reconocido la influencia de lo físico sobre lo moral y de lo inmoral? No olvidemos tampoco que el desarrollo del alma no puede existir sino con la condición de un primer desarrollo del cuerpo; sólo por la perfecta armonía de las dos culturas po-

drá el hombre marchar con paso firme á su destino: *men sana in corpore sano*.

La educación que antes que todo es una cultura, una acción considerada bajo el punto de vista del *sujeto*, del niño; debe ocuparse tanto de la formación y dirección del cuerpo como de la formación y dirección del alma.

El cuerpo reclama una cultura que lo vuelva sano y vigoroso y que le permita ejecutar las órdenes del alma con prontitud y justicia: esta cultura constituye la *educación física*.

En materia de educación física, los antiguos eran nuestros maestros: los juegos, los gimnacios y todas las prácticas higiénicas prescriptas por los legisladores de Grecia y de Roma, demuestran su viva solicitud por estos importantes objetos.

Si consultamos la historia de las naciones, observaremos que á cada grande renovación social, á cada vez que en un pueblo el sentimiento de la nacionalidad se ha mostrado más vivo y más profundo, las instituciones públicas se levantaron por la educación física de la infancia y hombres eminentes propagaron nociones nuevas destinadas á favorecer la salud de las generaciones que nacen. ¿No fué en 1782 cuando el espíritu filosófico removía á Francia entera y preparaba la revolución, cuando J. J. Rousseau publicó su *Emilio* en Génova?

La fuerza y la vitalidad corporales son necesarias al individuo, de ellas igualmente es de quien dependen en parte la fuerza, la potencia y la grandeza de los pueblos; veremos igualmente que en todas las épocas en que las naciones se han preocupado seriamente de su porvenir, los hombres notables de su siglo, han buscado los medios de asegurar al pueblo estas cualidades preciosas. Los legisladores de la antigüedad comprendían mejor que nosotros que el porvenir de los pueblos depende en parte de la buena constitución de los individuos; temiendo que sus sucesores perdiesen de vista esta ley de conservación nacional, habían establecido sus preceptos y leyes especiales; el padre estaba obligado á llevar á su hijo á los baños públicos, á los juegos olímpicos, al gimnasio. No queríamos hacer retroceder á la humanidad dos ó tres mil años, pero al menos permítasenos emitir la opinión de que nuestros antepasados mostraban más cuidado, se preocupaban más en el desarrollo físico de los niños.

Veamos lo que á este respecto ha escrito el doctor M. Sovet, muerto hace ya muchos años, pero cuyas obras serán largo tiempo consultadas.

Las líneas que citamos datan de más de un cuarto de siglo y desde entonces el gobierno ha mejorado mucho la situación. Pero este extracto tiene su lugar en este Capítulo como cosa que habla muy elocuentemente en favor de la educación.

«Vemos la raza humana caer en una especie de degenerescencia física. En las ciudades, sobre todo, las escrófulas y el raquitismo devoran á los niños del pueblo y los condenan á una vida de sufrimientos, inútil y á menudo enojosa á su familia y á la Sociedad. ¿En las clases acomodadas vemos á menudo hombres que como Mirabeau unen á la energía y á la capacidad moral un cuerpo atlético, órganos poderosos, constitución desarrollada y bastante sólida para servir de instrumento á un espíritu superior? No, esto que debiera ser la regla, es hoy la excepción y aún estas excepciones han llegado á ser más y más raras. Los padres parecen olvidar el cuerpo de sus hijos para no cultivar más que su espíritu. Los estudios prematuros, la ausencia de todo ejercicio físico y más á menudo ¡ay! la precocidad del vicio llegan á derribar los organismos jóvenes que muy pronto desfallecen bajo el peso de una cabeza demasiado pesada para un cuerpo tan débil, ó el cerebro mismo alterado en su nutrición por la debilidad general de la vida orgánica, agotado por otra parte con los estudios demasiado precipitados, se abruma y no es más que un instrumento usado para esta memoria muy ejercitada ó para este juicio demasiado prematuramente desarrollado. El niño fenómeno se vuelve un idiota; si no llega á este grado de abatimiento, se le ve, á pesar de su mucha instrucción teórica, no ser á menudo más que un práctico mediano, porque enfermizo es incapaz de todo esfuerzo sostenido, de todo trabajo de larga duración.»

«Cada día vemos jóvenes inteligentes, abogados, médicos, artistas, en los momentos en que dan las más hermosas esperanzas, morir agotados ó tísicos; en nuestro siglo los hombres de Estado, no bien han llegado á las más altas posiciones políticas, cuando la salud y las fuerzas les faltan y lejos de proporcionar al país los servicios que su talento y su experiencia hacían esperar, tienen que retirarse y solicitar una pensión. Los padres que se imponen privaciones para subvenir á los gastos de educación de sus hijos, no pecan más que por ignorancia; conviene, pues, instruirlos. Los hombres del pueblo que soportan tan rudas tareas para educar á sus hijos querrían hacer de ellos hombres de mérito, obreros fuertes y vigorosos, y no saben que los exponen á las escrófulas y al raquitismo dejándolos sin aire y sin luz, descuidando y abandonando su

cuerpo. Esas madres, en fin, que darían su vida por ahorrar una lágrima á sus hijos, ignoran la importancia de los cuidados higiénicos en la primera infancia, ó bien abruman á los recién nacidos de precauciones exageradas y perjudiciales y creyendo guardar su salud, no hacen otra cosa que alterar su manantial y prepararles continuados males para el porvenir.»

«La fuerza moral reposa, más de lo que se cree, sobre la organización física. La felicidad del hombre, depende en gran parte de la solidez de su salud y de la bondad de su constitución. Ahora la fuerza y la felicidad de un pueblo, dependen de la fuerza y la felicidad del mayor número de ciudadanos que lo componen».

2.—*Importancia de la higiene general y de la higiene escolar.*

La higiene es á la vez una ciencia y una virtud; es una virtud, porque tenemos que poner en práctica las leyes que nos enseña; es una ciencia, porque comprende al mismo tiempo la demostración de estas leyes.

Las leyes que dicta la higiene, los principios que enuncia no son aún bastante conocidos de las masas populares, se ignora aún su importancia; y el papel que están llamadas á desempeñar en la vida del individuo, de las familias y de las naciones, no aparece aún de una manera evidente á los ojos de todos; pero el carácter positivo, evidente de los principios de la higiene acabará por substraherse y sobreponerse á esta especie de indiferencia apática y la higiene será pronto apreciada como debe ser.

El estado moral de una nación está siempre íntimamente ligado con la salud general de los miembros que la componen, así como el olvido de las reglas de la higiene coincide á menudo con la decadencia moral. De allí á la servidumbre, al abandono de la libertad, no hay más que un paso.

La guerra es un estado cruel, una alternativa que se querría á toda costa evitar; no es menos cierto que se necesitarían infinitos esfuerzos para abolirla y que cada pueblo debe prepararse á sostener victoriosamente la lucha por la existencia; la higiene es quien decidirá de la victoria, porque de ella dependerán el vigor y la salud de los soldados, por consecuencia: la solidez de las armas.

En tiempo de paz la higiene da al obrero la fuerza y la salud para el trabajo, el bienestar para sí y para los suyos. Y ¿qué hará el rico de sus tesoros si la enfermedad se apodera de su persona?

La higiene le procura los medios de conservar su salud y gozar su fortuna.

Esto no es solamente para cada uno de nosotros, la higiene es útil, indispensable; la salud pública dependen de ella también. ¿No es la higiene la que previene é impide el desarrollo de las enfermedades infecciosas que detiene los progresos y vuelve más y más raras é inofensivas sus apariciones?

La higiene privada es el conjunto de conocimientos que se aplican al individuo tomado aisladamente, y *la higiene pública* comprende las reglas ó preceptos que se aplican á la colectividad humana; sin embargo, estas dos partes no pueden ser completamente separadas y muy á menudo es preciso tocar la higiene pública con el objeto de encontrar los medios apropiados para guardar y preservar la salud del individuo.

La higiene escolar, la higiene rural, la higiene profesional, etc., pueden ser consideradas como divisiones de la higiene pública, se dirigen á todos los miembros de una profesión, á todos los individuos que vivan en las mismas condiciones, expuestos á las mismas causas morbosas.

La higiene escolar comprende: 1º las reglas que hay que observar en la construcción de casas para escuela, bajo el triple punto de vista de situación, distribución interior, sistema de calefacción (1) de ventilación y alumbrado; 2º la elección y la aplicación de las reglas á que hay que sujetarse en la escuela con el objeto de preservar la salud de los niños y la del maestro.

Que la higiene escolar es de una importancia capital en la escuela, es una verdad que no necesita demostrarse.

Hemos hecho ver la influencia preponderante que las prescripciones higiénicas deben ejercer necesariamente sobre la salud y la dicha del hombre. Nótese asimismo que el niño permanece en la escuela seis horas diarias por término medio, y esto dura seis años por lo menos, si cursa la escuela primaria, seis años que son precisamente los más decisivos para el crecimiento, para la buena conformación de los miembros, para el desarrollo normal de los músculos y órganos, para la marcha regular de las funciones de la vida. No es necesario decir más para hacer comprender con qué fuerza

(1) El autor hace referencia al sistema de calefacción por tratarse de las escuelas de Francia donde la temperatura es muy baja; pero en nuestro país esto es innecesario. (N. de la T.)

se impone una minuciosa aplicación de todas las prescripciones de la higiene escolar.

Por lo menos, si esta razón no basta, consideraciones de otro orden se podrían citar: el programa de la enseñanza primaria comprende nociones de higiene *que enseñar* á los alumnos; con todos los maestros, con todos aquellos que se interesan por los niños, estimamos que tal enseñanza es útil, necesaria y que debe ser dada con las mejores condiciones posibles para producir los resultados apetecidos.

Ahora ¿tendrán éxito las lecciones de higiene dadas en un medio donde no se tuviera ningún cuidado de los consejos y las prescripciones que á ella se refieren?

Concluiremos afirmando que la higiene escolar es la sanción natural é incesante de las lecciones que el maestro debe dar á los niños sobre los principales preceptos higiénicos.

3.—*La gimnasia, su objeto, sus ventajas. Ejercicios que convienen á las escuelas primarias. Aparatos, método, orden y disciplina.*

Objeto y ventajas de la gimnasia.—En nuestros días todos aquellos que se ocupan de educación, consideran, y con justicia, que una buena salud y el desarrollo perfecto de las facultades físicas, son la base de todo sistema de educación.

Por todas partes se redoblan los cuidados y los esfuerzos para realizar el primer plan en la obra que persigue la educación, el gran problema que tan bien resolvieron las sociedades antiguas en especialidad los pueblos griegos.

La higiene combinada con una manera de vivir sencilla y natural y secundada por constantes ejercicios al aire libre, aseguraría á los órganos físicos á la fuerza y la destreza del cuerpo, el desarrollo armónico, de cuya existencia, cada individuo y la sociedad entera recogería en seguida innumerables ventajas.

En la época actual el ardor de las rivalidades, el encumbramiento de la mayor parte de las carreras, la vivacidad de la lucha entre los concurrentes que tienden al mismo fin, exigen sin cesar nuevos esfuerzos intelectuales suprimiendo casi la edad de la adolescencia.

La infancia misma se resiente de los cuidados precoces que la abruma, que la arrebatan, á los albores de la vida pidiendo frutos á una edad que no puede dar más que flores. Así por un lado, incesante preocupación intelectual, con una constante sobreexcitación del cerebro; por otro lado una manera de vivir más y más artificial,

falta de movimiento y ejercicio, privación de aire en la mayor parte de nuestras habitaciones, inquietudes de los padres por el porvenir de sus hijos, compartidas por los mismos niños desde que comienzan á razonar y á conocer un poco de nuestra organización social. He aquí lo que ocurre en nuestros días.

En presencia de un estado tal de cosas que no cambiará, no hay más que un medio de combatir esas tendencias cada día más pronunciadas.

Este medio depende de la aplicación general, universal de los preceptos de la higiene, del desarrollo normal de los órganos físicos con la ayuda de ejercicios hábilmente graduados, en fin, de la cultura del sentimiento moral identificado con todos los pensamientos, con todos los actos de esas jóvenes generaciones que para responder á su misión sobre la tierra, deben reunir la triple salud del cuerpo, del alma y del espíritu.

La infancia y la adolescencia, reciben en la práctica de los ejercicios gimnásticos, una iniciación que se traduce en fuerza, en destreza, en facultad de resistencia, en principio de actividad y bienestar; los miembros se fortalecen y se afirman, el cuerpo se desarrolla, la timidez es reemplazada por la seguridad, la torpeza por la destreza, el embarazo por la gracia de los ademanes, de la marcha, de la actitud; al mismo tiempo que satisface la necesidad del movimiento propio á la infancia de los dos sexos. La sangre circula más rápida en las venas, el apetito se excita, el estómago se fortifica, la digestión se efectúa mejor y el sueño se vuelve más regular y profundo.

Podríamos enumerar toda la serie de deformidades ó debilidades, unas prevenidas, otras curadas por una aplicación inteligente de la gimnasia; pero preferimos detenernos en un orden de consideraciones cuya importancia nos ha sido revelada por lo que cada día pasa en los establecimientos de instrucción.

Los aparatos gimnásticos que en ellos funcionan, sirven como los juegos durante los recreos, para poner en relieve, á fin de descubrir el carácter, los instintos, los sentimientos íntimos de los niños. En ellos se les adivina mejor que sobre los bancos de una clase, allí se dejan penetrar hasta en los repliegues más recónditos de su corazón cuando se entregan con el abandono de su edad á esos movimientos gimnásticos, donde la atención de los padres y la mirada de un maestro hábil, aprecian lo que tienen que hacer para establecer su influjo en la parte moral.

Suponed, por ejemplo, niños de condiciones diferentes reunidos en un curso; unos son ricos, otros pertenecen á padres sea de las últimas capas sociales, sea de la clase obrera, poco importa; las desigualdades desaparecen, es el más fuerte, el más diestro, el más atrevido el que triunfa.

Por todas partes este atrevimiento será moderado por la supervigilancia del maestro, quien debe siempre sujetarse á las prescripciones de la ciencia y recordar que no se trata de formar acróbatas ni atletas. Téngase presente la utilidad, nunca los esfuerzos extraordinarios, excepcionales que no convienen más que á un circo ó tablado de feria.

Cuando el curso de gimnasia está bien organizado, bien dirigido en estos verdaderos principios, es un excelente medio de corregir á los niños de la poltronería ridícula que á menudo degenera en pereza y en molicie condenables; pero sobre todo, se encuentra un poderoso resorte que tocar, resorte que no sólo puede servir en lo que se refiere á los órganos físicos, sino en cuanto á la parte moral é intelectual.

Debemos añadir que por la práctica juiciosa de la gimnasia, se aprende pronto á tomar actitudes dignas, una marcha firme y segura; se enseña también á razonar cada movimiento, se acostumbra á comprender de qué modo se puede levantar ó llevar un fardo, como franquear un obstáculo, una barrera, un foso, una muralla. Todo esto es muy necesario, pero en numerosas circunstancias pudieran dificultarse los movimientos y el menor accidente puede tener consecuencias funestas sea por falta de resolución, sea por falta sobre todo, de ligereza y habilidad.

La gimnasia en la escuela primaria. El maestro encargado de la clase de gimnasia, debe tener conocimientos generales de anatomía, á fin de no exponer inútilmente á sus alumnos y arreglar todos sus ejercicios conforme á las grandes leyes del organismo humano. Es necesario que posea á fondo la parte teórica y práctica de la enseñanza que da, relacionándola sin cesar á la edad de los alumnos, á la diversidad de sexo, de constitución y de temperamento.

La gimnasia tiende á secundar, á favorecer la naturaleza en el desarrollo sucesivo del ingenioso mecanismo que constituye el cuerpo del hombre. En una lección de gimnasia, cada ejercicio tiene, pues, una importancia especial, un objeto determinado, sin faltar á las leyes de la fisiología y correspondiendo tanto como sea posible á las leyes de la estética.

Esta importancia y este objeto, conviene explicarles á los alumnos, de manera que con el desarrollo armónico de la destreza y la fuerza física, marchen paralelamente la potencia de las facultades intelectuales y morales y la observancia de las reglas de higiene, tan indispensables á la salud.

Se ve por lo tanto que para que un maestro encargado de un curso gimnástico esté á la altura de su mando, no le basta poseer la práctica de su arte, es necesario que se inspire en ideas más altas, que se haya iniciado convenientemente en la anatomía, la fisiología y la higiene. Esto es lo que hoy tiene lugar en donde quiera que se ha comprendido la necesidad de introducir la gimnasia en el sistema de educación de la juventud; y podemos agregar, es lo que tiene también lugar en nuestro país.

La enseñanza de la gimnasia en nuestras escuelas, ha pasado del período de organización; esta organización, en sí misma, está sábiamente concebida y sus frutos no tardarán en aparecer.

En resúmen, todo demuestra palpablemente que la gimnasia, sea la gimnasia alemana, sea la gimnasia sueca, ó cualquier otro sistema, forma hoy parte integrante de la enseñanza; en las escuelas primarias, las escuelas normales, los colegios, en todas partes se han introducido los ejercicios corporales; aun en las escuelas infantiles se ha creado la gimnasia de los sentidos.

Multitud de métodos insisten sobre el cuidado que el maestro debe poner en mantener la emulación en sus justos límites y en no dejarla nunca degenerar en lucha apasionada ó en concurrencia peligrosa; por todas partes se proscriben los grandes esfuerzos, siempre inútiles, siempre perjudiciosos y á menudo funestos.

El estudio es quien se aduna á la gimnasia para favorecer la salud y el desarrollo de las fuerzas físicas. Lo que debemos buscar en cada ejercicio físico, es volver los órganos firmes, el cuerpo fuerte y flexible y los movimientos graciosos; pero hay que guardarse de ir más allá y de querer convertir á los alumnos en gimnastas de profesión. Es una superabundancia de fuerza brutal y por añadidura innecesaria, porque para todos los trabajos que requieren fuerza extraordinaria, tenemos caballos, bueyes y máquinas de vapor.

Partiendo de esto, se pueden considerar dos especies de ejercicios diferentes: 1.º los ejercicios libres y 2.º la gimnasia propiamente dicha.

Por ejercicios libres entendemos los juegos en que los niños se reúnen espontáneamente en el recreo. Advertiremos que nunca se

sabría conceder demasiado recreo á los niños, ni invitarlos á reunirse en sus juegos.

Basta haber estudiado un poco la naturaleza de los niños para comprender que el juego les es tan necesario como la respiración. Los hijuelos de todos los animales se encantan en el juego; la naturaleza les ha dado esta irresistible necesidad de movimiento; es un instinto necesario á la salud, á la fuerza y al desarrollo completo del sér. Agreguemos á esto que el juego entre los niños es la primera escuela de la vida social; en esos momentos de libertad es donde el niño aprende á vivir con sus semejantes, se forma el carácter y hace, sin advertirlo, el aprendizaje de las cualidades que la sociedad le reclamará más tarde.

En América se ha puesto aún un tercer género de ejercicios llamados *ejercicios reglamentados* ó *ejercicios calisténicos*.

Estos ejercicios son análogos á los de nuestra gimnasia de movimiento; pero se acompañan de música, algunas veces de canto y entremezclado de juegos que pertenecerían casi tanto á la escuela de baile como á la de gimnasia.

En cuanto á la edad en la cual debe comenzar la gimnasia, las opiniones son muy distintas; ha habido resoluciones diferentes: se comienza, según los países, á los 6, 7, 8, 9 ó 10 años.

Un ejercicio gimnástico se compone de tres momentos muy distintos: 1.º, actitud inicial; 2.º, ejecución misma que en cualquiera ejercicio propiamente dicho puede encerrar una actitud intermedia; 3.º, actitud final. En la enseñanza la posición inicial y la posición final son de la más grande importancia, tanto para el ejercicio mismo, como para la precisión en el punto de vista del tiempo y del espacio. La primera prescripción es la de dar al cuerpo la actitud más conveniente para el cumplimiento de su trabajo; importa, pues, escoger bien la actitud fundamental; esta actitud sirve en seguida de posición inicial para varias otras actitudes derivadas y para numerosos ejercicios. Los ejercicios tienen, además, por objeto obrar de maneras diferentes sobre las diversas partes del cuerpo, sea aumentando moderadamente ó disminuyendo la actividad del corazón regulando la respiración; sea, y estos son más complejos, tendiendo á aislar ciertos músculos ó ciertos grupos de músculos, etc.

El Gobierno ha adoptado en lo que concierne á la construcción é instalación de los gimnasios, diversas reglas que es importante conozcan los institutores é institutoras, pero que es inútil exponer aquí, atendido á que figuran en las instrucciones sobre la materia y en tratados especiales.

4.—*Juegos de la infancia.—Necesidad de una sobrevigilancia activa durante las recreaciones; responsabilidad del maestro.*

Los juegos considerados desde el punto de vista de la educación, tienen una importancia más grande de lo que ordinariamente se les atribuye.

Muchos padres y aun muchos maestros no les prestan ninguna atención; está, pues, permitido creer que ignoran absolutamente la influencia saludable de estos juegos sobre el desarrollo físico, sobre el bienestar del niño. Creemos en consecuencia deber consagrar á este asunto algunas páginas, destinadas á provocar la atención especial sobre este punto importante y hacerlo apreciar en su justo valor.

Entendemos por juego una ocupación libre y voluntaria y que tiene por objeto hacer pasar agradablemente el tiempo, divertir, recrear. Este juego es, pues, lo opuesto al trabajo, el cual determina las fuerzas que se habrán de emplear para satisfacer una necesidad. Esta tendencia á obrar, este deseo de emplear sus fuerzas de una manera arbitraria y sin buscar el resultado, tendencia que se manifiesta muy temprano en el niño; en suma, los juegos les son indispensables; el niño quiere, debe ser activo, y no puede serlo más que jugando. En donde quiera que lo veamos mostrar actividad, es siempre en el juego, á propósito del juego.

Los primeros juegos, son simples movimientos de miembros; adelanta y retira sus bracitos, sus piernecitas; más tarde toma en sus pequeñas manos el objeto que le dan á guisa de juguete, lo voltea y lo vuelve á voltear, lo mira curiosamente, se lo lleva á la boca, lo arroja al suelo y lo vuelve á coger. Si se ha apoderado de algunas briznas de paja ó pedacitos de madera, los arregla con una especie de simetría; pone una canica aquí ó allá; pedazos de papel, flores, etc., etc.

Muy pronto á estos movimientos inconscientes, que son los primeros ensayos de un mecanismo apenas organizado, vienen á reunirse los juegos de imaginación. El niño construye casitas de cartas ó de madera; traza figuras en la arena; la niña viste su muñeca, juega á la *comidita* y confecciona banquetes espléndidos en que una sola

manzana hace todos los gastos. Aquel salta á horcajadas sobre una caña convirtiéndola en un corcel, ó bien construye un navío, un palacio, un carruaje; ya ahueca un pedazo de corteza de árbol para formar un barquillo, ó se procura uno ya hecho con una cáscara de nuez que arma y provee de mástiles y cordajes, ó bien aun recorta con las tijeras pedidas á mamá, hombres y animales más ó menos fantásticos.

Para todos estos juegos el niño se basta solo. Vienen en seguida aquellos en que deben tomar parte varios y en fin, aquellos que consisten principalmente en los ejercicios del cuerpo, tales como la carrera, el salto, etc.

Es imposible enumerar todas las ventajas que resultan de estos diferentes juegos. Suministran al niño en su tierna edad, una ocupación conveniente, un alimento á su necesidad de actividad, y su empleo es más eficaz para prevenir el mal y conducir al bien, que las recompensas más dulces y los castigos más severos. Deseoso de emplear sus facultades el niño, experimenta irresistible necesidad de servirse de su fuerza física: si los juegos no le ofreciesen un empleo inocente á su savia exuberante sería de temer que se inclinase hacia el mal. Aquí está el caso de decir que la inacción y el fastidio son la fuente de todos los males y que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

Aparte de su influencia sobre el espíritu, los juegos contribuyen de una manera eficaz, al desarrollo del cuerpo y de la inteligencia; ejercitan y perfeccionan la atención, la perspicacia, la reflexión, la concepción y el espíritu de observación. Creemos no exagerar añadiendo que tienen más poderosa energía que todos los otros medios de educación.

Los juegos son, en fin, una fuente de alegría y felicidad para el niño. Se siente dichoso cuando juega; sus ojos brillan de alegría, el placer que experimenta interiormente rebosa en todas sus facciones, en ese momento no le falta nada, está en el colmo de sus anhelos, goza de la existencia. Privarlo del juego, sería arrebatárle el tesoro más precioso de su edad; sería, no vacilamos en decirlo, educarlo de modo de hacer de él más tarde, un misántropo; sería robar á su edad madura esos risueños recuerdos de la infancia, que son á menudo, el más dulce consuelo en las amarguras de la vida. Los juegos son precisamente los que hacen nacer en el niño el espíritu de sociabilidad, que lo inicia en las relaciones sociales. No se puede desconocer que encontrándose frecuentemente en contacto con

otros niños, jugando con ellos, es como encuentra la ocasión de ejercitar su necesidad de acción, su ardiente deseo de ser ocupado. Este contacto excita su actividad; la imitación y la emulación hacen el resto.

Por otra parte, esta existencia en reunión, esta sociedad en pequeño, es una verdadera escuela para los niños. En sus pequeñas conversaciones, en algunos de sus juegos, adquieren aplomo, aprenden una multitud de ideas nuevas y gran variedad de expresiones y acaban por emitir reflexiones y á formarse el juicio de una manera verdaderamente sorprendente.

Muy pronto no le basta al niño que sus compañeros piensen y obren por él: reclama su derecho. A su vez pretende inventar, imaginar, ejecutar. Imita todo aquello que ve hacer, y jugando, perfecciona su lenguaje.

Si está reconocido que los juegos ofrecen tan grandes ventajas para la infancia, no se desconocerá que son aún de más grande utilidad para los escolares.

Estos últimos, en un cuerpo débil tienen la inteligencia poco desarrollada y se les obliga á permanecer sentados durante cinco ó seis horas en los bancos de la escuela y á fijar su atención sobre el objeto que se les impone. Inevitablemente, esta persistencia los fatiga, su ardor se debilita, el estudio los disgusta y se perjudican de la vista. El sólo medio de reanimar su actividad, de despertar su atención de hacerles tomar otra vez el gusto por el trabajo, es hacer alternar los juegos y el trabajo, y volver por ejercicios convenientes la elasticidad á la inteligencia como á los miembros.

A estas consideraciones añadiremos que el maestro aquí encontrará la mayor ocasión para estudiar el carácter de sus alumnos.

El niño en sus juegos, se muestra tal cual es; sigue las inspiraciones de la naturaleza; se entrega á ella todo entero sin precaución, sin reflexionar, sin preocuparse de los medios que le han de proporcionar placer. El maestro aprovecha este estudio para variar sus medios de acción; aplica sus esfuerzos al carácter, á la individualidad que los juegos le han revelado.

Aun hay pedagogos, que después de ver los juegos que un niño elige y su manera de entregarse á ellos, pretenden decidir acerca de la votación de un alumno y hasta predecir su carrera futura, su porvenir. No participamos completamente de esta opinión. La mayor parte del tiempo en efecto, los niños ceden á la necesidad de imitación; sería, pues, una cosa desprovista de juicio, que se dedu-

jera una consecuencia absoluta de un hecho que no es exclusivamente propio de su autor. De cualquiera manera que sea, participamos del consejo de aquellos que ven una gran ventaja en introducir juegos que tienen alguna relación, alguna analogía con la profesión á la cual el alumno parece destinado.

Si se quiere que los juegos sean esencialmente útiles, es necesario dirigirlos, no como simples medios de pasar el tiempo, sino como ejercicios propios para fortificar el cuerpo y por consiguiente la inteligencia.

De esto resulta que la elección que se debe hacer no es de ningún modo indiferente, tanto porque sería perjudicial querer imponer á los niños juegos que no fueran de su agrado, cuanto porque es indispen-
sable vigilar los recreos para impedir aquellos que ofrezcan cualquier peligro físico, cualquier inconveniente contra la moralidad. Entre estos últimos recordaremos aquellos que tienen por objeto el *agio*, el *interés*: la baraja, los dados, la lotería, etc. Muy á menudo degeneran en hábitos, en costumbres perniciosas y en pasiones; emponzoñan el corazón y el espíritu y conducen por grados á la manía de escamotear, al robo. Por un lado hacen nacer y alimentan el amor á la ganancia, á la codicia; por otro provocan entre los gananciosos, accesos de alegría insultante, risas burlonas; entre los que pierden el despecho, el descontento, la acritud y la animosidad.

La juventud que una vez que se ha dejado arrastrar en estas especies de juegos, ha puesto el pie en un camino funesto; en la llama devoradora de este vicio naciente, se desecha y se pierde el germen de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello. Abrumado, aturdido por esta malhadada pasión, el niño no tiene gusto por nada, si no es por el juego y por el beneficio que de él espera. Por el juego, abandona sin vacilar el trabajo más urgente, el negocio más útil, la necesidad más importante.

A vosotros es á quienes nos dirigimos, padres y maestros; vosotros que sois los encargados de dirigir la infancia, no vayais vosotros mismos á exponerla á estas peligrosas tentaciones ni la arrastreis con vuestro ejemplo. Si alguna vez teneis un juego como descanso á vuestros trabajos, á vuestros estudios, á vuestras fatigas del día, excludid á los niños de vuestras reuniones. Por insignificante que sea el juego, separadlos del sitio donde querrán tomar lugar; no les permitais aún ni asistir como simples espectadores. Las diversiones más bárbaras, más salvajes son cien veces menos

peligrosas que esas partidas de juego tan propias para excitar el amor á las ganancias y para las cuales el niño concebiría muy pronto una irresistible pasión. Quitad con el mayor cuidado ese aparato funesto.

No expongais al niño á ser devorado por esta pasión insensata, causa de tantas ruinas, desgracias de tantas familias, azote de la sociedad.

Para terminar este capítulo, recomendamos una justa medida en cuanto al tiempo que se ha de consagrar al juego. Aquí como en todo, el exceso es perjudicial. Demasiado trabajo, fatiga al espíritu; demasiado juego vuelve perezoso, apático é inspira repugnancia y aversión por el trabajo.

Haremos notar aun de paso que es ventajoso habituar al niño á construirse él mismo sus juguetes, tales como la raqueta, las cuerdas, el ciervo volador, la pelota, etc., citaremos como apoyo de tal observación, el pasaje siguiente:

«Aunque los niños deben tener diferentes especies de juguetes, no creo que sea necesario comprarles demasiado; será mejor no recargarlos, como sucede á menudo, de una gran variedad de fruslerías, que no sirven más que para inspirarles un loco amor por el cambio y la superfluidad, y á llenarles el espíritu de inquietud y de vanos deseos de tener siempre alguna cosa más sin saber qué y sin estar jamás contentos con aquello que tienen. Por la multiplicidad de estos juguetes hemos visto niños víctimas ya del hastío, de la triste saciedad; hemos visto á sus madres, pasearlos en medio de juguetes mecánicos, ingeniosos, cuya vista encantaría aún á los hombres ya hechos; esforzase en vano en excitar sus deseos; ya ellos habían tenido y roto muchas veces juguetes semejantes. Multiplicar al infinito sus juguetes como se tiene la debilidad de hacerlo con los niños de los ricos, es preparar en ellos la prodigalidad, la inconstancia, el hastío ó la avaricia.

El niño con un carro que ha arrastrado durante toda la estación en el jardín de su madre, es tan feliz como el que tiene armarios llenos de juguetes. Los juguetes que muchas gentes regalan á los niños de calidad para halagar á sus padres, perjudican mucho á esas tiernas criaturas.»

Pero direis, ¿cómo los niños tendrán juguetes si no se les compra ninguno? Es necesario que se los hagan ellos mismos ó á lo menos que pongan de su parte algo para fabricarlos. Hasta entonces nada deberían tener, y antes de este tiempo no tendrán necesidad

de juguetes artísticos. Guijarros, pedazos de papel, el llavero de la madre, y cualquiera otra cosa con la que no pudieran hacerse un mal, todo esto sirve tanto para divertir á los niños como todas las curiosas bagatelas que se les compran tan caras y que echan á perder y que rompen tan pronto. Los niños no están jamás tristes ni apesarados con la falta de estos juguetes, á menos que no se les hayan dado ya. Cuando son pequeños, se divierten con todo lo que cae en sus manos y á medida que crecen se acostumbrarán á este conveniente hábito.

CAPITULO III.

NOCIONES ELEMENTALES SOBRE LAS FACULTADES DE LA VIDA INTELECTUAL Y MORAL.

1.—*Distinción de las tres grandes facultades del alma: sensibilidad, entendimiento y voluntad.—Tres vidas distintas en el hombre.*

Se observan en el hombre tres grados de vida perfectamente distintos: 1 °, *la vida vegetativa* por la cual se nutre, crece y se desarrolla; 2 °, *la vida animal*, ó de otro modo, la sensibilidad física y la locomoción; 3 °, *la vida intelectual*, como por ejemplo saber apreciar las ventajas del estudio y tomar la resolución de entregarse á él.

La vida vegetativa pertenece á todo sér organizado: hombre, animal, planta. En el hombre, la vida intelectual, la vida del espíritu, domina el sér; pero no por eso está independiente de las otras, porque en muchos casos el pensamiento está sujeto á los órganos.

Las funciones de la vida vegetativa se cumplen en nosotros sin que nos demos la menor cuenta de ello. Por el contrario, los actos que se refieren á la actividad superior del alma, es decir, la vida sensible y la vida intelectual, están bajo el dominio de la conciencia; estos actos son estudiados por la psicología. El alma, tanto como pueda se da cuenta de las funciones de la vida sensible y de la vida intelectual; se llama también el *yo*.

En resumen, entre los fenómenos recibidos por la conciencia, los unos nos parecen como efectuándose en los órganos, mientras que los otros no necesitan el concurso del organismo, de una manera visible al menos; la sensación de frío ó de calor, la vista de los objetos que nos rodean, entran en la primera categoría; la aprecia-

ción de la relación entre el efecto y la causa, el deseo del bien, la resolución de hacer ó no una cosa determinada, son del resorte de la segunda. Los actos de la primera categoría, son comunes al hombre y á los animales; los otros son propios del hombre.

Agregaremos aún que ciertos psicólogos, de la escuela positivista no admiten la no intervención en estos últimos actos; pretenden encontrar en el sistema nervioso el secreto inmediato de fenómenos en apariencia, más independientes de los sentidos; como por ejemplo, una manifestación cualquiera de la voluntad.

Las tres grandes facultades del alma.

Las operaciones de la vida intelectual varían hasta lo infinito; pero se les puede reunir en tres grupos bien caracterizados: los actos de *sentimiento*, los actos de *conocimiento* y los actos de *voluntad*.

Evoquemos el mayor número posible de manifestaciones de nuestra existencia moral y analicémoslas escrupulosamente: no hay una que no pueda ser designada con una de las tres palabras: *sentir*, *conocer*, *querer*.

Amar, desear, temer, experimentar pena ó felicidad, esto es *sentir*.

Observar un fenómeno natural, reflexionar sobre una causa cualquiera, acordarse de un hecho, representa un objeto en la imaginación, son otros tantos actos que tienen un fin común: *conocer*.

Decidir si habrá ó no de hacerse tal cosa, esforzarse en cumplir una tarea determinada, prevenir tal ó cual eventualidad, esto es *querer*.

Hagamos aún algunas consideraciones para comprender mejor la justicia de estas clasificaciones.

El hambre, la sed, el sufrimiento físico, las sensaciones producidas por la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato, son impresiones recibidas por el sistema nervioso cerebro-espinal. La facultad que poseemos de experimentar estas diversas sensaciones, es la *sensibilidad física*.

Las emociones como la alegría, la tristeza, el miedo, el respeto, el reconocimiento, el odio, la envidia, que tienen por causa inmediata un fenómeno físico, una impresión material de cualquiera parte del sistema nervioso, son los sentimientos.

Estos son los estados del alma, las afecciones que pueden durar, variar de intensidad, desaparecer y renacer independientemente.

te de los hechos exteriores. La facultad que tenemos de experimentar esas emociones, se llama *sensibilidad moral*.

En otros términos, tenemos *sensaciones y sentimientos*; pero estos dos órdenes de fenómenos, proceden igualmente de la sensibilidad.

Poner atención, comprender, retener, pensar, inventar, son hechos intelectuales. El hombre se conoce á sí mismo, conoce la naturaleza, conoce aun las cosas que no tienen existencia real, fuera del *yo* y nunca han herido sus sentidos como el espacio infinito la materia infinita, el tiempo infinito, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero. Compara sus conocimientos y los clasifica. Escoge de entre ellos las semejanzas, las diferencias, las relaciones diversas que son objetos de nuevos conocimientos. Esta facultad general que tiene el hombre de conocer, se llama la *inteligencia ó entendimiento*.

Quiero, no quiero, consiento, rehuso, me opongo, protesto, reflexiono, proyecto, intento, estoy dispuesto á, he resuelto, he decidido; son expresiones sobre la significación de las cuales ninguno se engaña, y que marcan los diversos estados del *yo*. La conciencia nos revela claramente una categoría de hechos psicológicos que acompañan nuestros actos, y de los cuales, estos son el resultado final. Esta facultad que tiene el hombre, de decir más ó menos pronto ó con más ó menos energía si obrará ó no, es la *voluntad*.

En resumen, las tres grandes facultades de nuestra alma, son: *sensibilidad, inteligencia ó entendimiento y voluntad*.

2.—*El entendimiento; la percepción exterior y la conciencia; la atención. La memoria y asociación de las ideas; la imaginación.—La abstracción y la generalización.—El juicio y el razonamiento.—La razón.—Definición del entendimiento.*

Por la percepción sensible externa ó interna, adquirimos los materiales de nuestros conocimientos.

Por esto es que, según la ley psicológica, la primera educación procede tanto como sea posible del método de observación, por la *intuición*, como se verá muy pronto.

El entendimiento ó la inteligencia es la facultad que consiste en clasificar los conocimientos ya adquiridos.

Las sensaciones no proceden del entendimiento, porque percibiendo una sensación el alma permanece en estado pasivo, obrando sólo los sentidos exteriores.

Pero hay en nosotros una actividad superior que recoge las sensaciones independientes del *yo*, que las distingue una de otra, las aprecia, busca las propiedades comunes á tales ó cuales clases de seres sin ocuparse de los individuos; que razona, no solamente sobre lo que es, sino sobre lo que debiera ser: esta facultad es la *inteligencia* ó el *entendimiento*.

Un ejemplo hará comprender mejor la distinción capital entre los *sentidos* y el *entendimiento*: si se traza delante de nosotros un cuadrado en el pizarrón, uno de nuestros sentidos, la vista, nos pone en estado de percibir el modo como está construida y dispuesta la figura; pero nuestra inteligencia concibe inmediatamente una noción común á todo cuadrado, descubre propiedades que deben necesariamente encontrarse en cualquier otra construcción del mismo género. (Cuatro lados iguales y cuatro ángulos rectos.)

La percepción exterior y la conciencia. La atención.

La atención es el acto en virtud del cual el espíritu se dirige hacia el objeto que se trata de conocer. Si un nervio está puesto en actividad por una causa exterior, la impresión recibida despierta ó no la atención; esto depende de la fuerza de la impresión, del estado momentáneo de los nervios, del estado habitual del espíritu, que no tiene las mismas disposiciones en todos los individuos, ó, en fin, del estado pasajero del espíritu, que puede, en ese momento, ser atraído por otro objeto.

Si la atención no se ha despertado, la impresión es un simple fenómeno físico; en el caso contrario, es un fenómeno psicológico.

La atención, ¿es *voluntaria* ó *involuntaria*? Esta cuestión aún no está dilucidada.

La escuela sensualista pretende que la atención no es más que una *sensación* especial, una sensación más viva que las otras, y que impresiona el alma de una manera exclusiva. No podríamos participar de esta opinión; nosotros creemos que se está atento desde que se quiere y tanto como se quiere. Hay muchos pensamientos involuntarios; pero la facultad de pensar, en sí misma, es inseparable de la libertad.

Cuando, inmediatamente después de la atención recibida, la atención se lleva hacia otro objeto, no se tiene conciencia de la sensación más que de una manera, por decirlo así, inapreciable, sin dejar huella en el espíritu. Estamos entonces en ese estado que se lla-

ma *distracción*, que se opone á la *atención*, pero que no se puede, en buena lógica, más que oponerse á la *atención voluntaria*.

Cuando, al contrario de la suposición que acabamos de hacer, fijamos la atención, por un acto de la voluntad, en una sensación que provenga de una *causa externa*, la conciencia se da cuenta de esta sensación, la examina, la analiza, y la sensación llega á ser para el alma un *conocimiento*. Este acto es la *percepción exterior*; implica, pues, dos condiciones: 1.º, un acto; 2.º, el poder de producir este acto.

La percepción exterior, es la facultad que tenemos de conocer lo que está independiente del *yo*, y que puede, en resumen, asumirse en los *cinco sentidos*.

Hemos establecido ya que el alma es susceptible de *conocer*, *sentir* y *querer*; hemos enumerado una serie de actos que se refieren á estos grupos, y hemos hecho notar que éstos se cumplen sin causa exterior.

El *sentido íntimo* ó sea el sentido de *sí mismo*, mejor aún, la *conciencia*, es la facultad que poseemos de conocer estos actos.

Igualmente que el *yo* conoce el mundo exterior, *la materia* por los sentidos ó percepción externa, se conoce á sí misma; es decir, conoce el alma, sus facultades y sus fenómenos, por la conciencia.

La memoria y la asociación de las ideas; la imaginación.

Un sentido percibe una impresión: después esta impresión desaparece ó se modifica; pero queda en nuestro pensamiento una huella, una representación, una imagen: esto se llama *intuición sensible*.

Igualmente la conciencia observa un fenómeno de actividad superior de nuestra alma: idea, emoción, volición (inteligencia, sensibilidad, voluntad): este fenómeno en que la conciencia ha hecho constar la existencia, con más ó menos precisión, podrá reaparecer más tarde.

Se ve, pues, que nuestra alma posee una facultad que le permite notar y conservar los diferentes estados por los que ha pasado nuestro espíritu: esta facultad es la *memoria*.

Se podría perfectamente comparar la memoria á un almacén de ideas referentes al pasado, y que estuviera á la disposición de la inteligencia.

Los *recuerdos* ó *reminiscencias* son reapariciones más ó menos precisas de los hechos que la memoria ha registrado. Los recuerdos son precisos, mientras que las memorias son vagas.

La memoria puede ejercer con una precisión y una intensidad particularmente notables, sobre hechos de una naturaleza especial: de allí las expresiones: *memoria de los datos*, *memoria de los hechos*, *memoria de los nombres*, *memoria de las fisonomías*, etc.

Esta facultad nos presta servicios inapreciables, y no hay un minuto de nuestra existencia consciente en que no esté en actividad. ¿Se ha reflexionado, por ejemplo, que sin ella no reconoceríamos ni aun los miembros de nuestra familia, los objetos de nuestra pertenencia, la calle y la casa en que habitamos? Toda conversación sería imposible, porque se habría olvidado el principio de una frase antes de llegar al fin.

La memoria es quien da valor á la inteligencia. ¿De qué servirían los esfuerzos de inteligencia, el estudio, si los conocimientos hubieran de perderse inmediatamente?

El espíritu conserva más ó menos (nunca todo) las cosas aprendidas, y las conserva más ó menos largo tiempo; en otros términos, la mayor ó menor participación de la memoria varía con el individuo, varía también después del ejercicio al que está sometida esta facultad, de donde concluimos que la cultura de la memoria proporciona grandes ventajas.

Agrupando de una manera cierta las intuiciones sensibles ya percibidas y reproducidas por la memoria, la inteligencia puede producir nuevas impresiones sensibles.

Esta otra facultad es la *imaginación*. La imaginación supone pues dos cosas: *recuerdos ó reminiscencias*, é independiente de este grupo, la *asociación* de las ideas para llegar á la concepción de otra.

Los recuerdos y las reminiscencias se está de acuerdo que el animal los tiene como el hombre; pero en el animal no hay imaginación.

El segundo acto se reduce á la combinación, es un producto de la inteligencia; se puede, pues, creer que la imaginación es la más elevada de las facultades sensibles que marca la transición entre el conocimiento sensible y el conocimiento racional.

La inauguración es tan activa como la memoria; está constantemente despierta, es inseparable compañera de la comprensión; así cuando leemos una palabra, no nos pasa bajo los ojos, sin suscitar un montón de recuerdos ó de reminiscencia que la memoria evoca, y de los que la imaginación hace un todo.

Se distingue la imaginación *reproductora* y la imaginación

creadora; estos dos términos pueden servir para comprender el significado.

El *ensueño*, el *sueño* y la *locura* son productos de la imaginación, pero de una imaginación sin regla, obrando de una manera automática, es decir, independientemente de la voluntad.

La imaginación es quien nos conduce á representar de una manera sensible los conocimientos fijos por la memoria; por ejemplo: las figuras geométricas, las cartas geográficas, los relieves, las colecciones de sólidos, etc.; una anécdota leída ó contada para hacer comprensible una máxima, entra en el mismo orden de ideas.

Se ve por esto cuán preciosa es esta facultad como auxiliar de la inteligencia, y qué importante es á los maestros favorecer su desarrollo, en un sentido y límites convenientes. Esta doble restricción, tiene su razón de ser. La imaginación es caprichosa, tiene concepciones, que están lejos de ir siempre en armonía con la *realidad* y con la *razón*. A menudo se le llama por oposición á esta última facultad, la *loca de la casa*, hablando de las ficciones que se complace en forjar.

Todos, poco más ó menos nos inclinamos á dejarnos guiar por nuestras ilusiones, ó como se dice, á construir *castillos en el aire*. Debemos, pues, desconfiar de esta tendencia, en otros términos, ponernos en guardia contra los juegos de imaginación.

El juicio y el razonamiento.

El juicio. Juzgar es un acto del espíritu por el cual reuniendo varias ideas se afirma ó se niega su concordancia.

Por ejemplo, teniendo las ideas de *dulzura* y de *virtud*, afirmo de la primera que es la segunda, lo que traducido será: *la dulzura es una virtud*. Esto es juzgar.

O bien aún teniendo las ideas de *lluvia* y *agradable*, niego de la primera, que sea la segunda: *la lluvia no es agradable*. Esto también es juzgar.

El juicio es, pues, la facultad intelectual, que hace conocer las relaciones que hay entre las ideas, es decir, entre un objeto y las cualidades que se le atribuyen, ó entre dos objetos que se ven, ó de los que se habla.

El juicio sirve sobre todo para encontrar la conveniencia ó la inconveniencia de las cosas entre sí.

Si la relación apercibida es una relación de conveniencias ó afirmación, el juicio se expresa por una proposición afirmativa: *el sol es brillante*.

Si es una relación de inconveniencia, ó se niega, el juicio se expresa por una proposición negativa: la tierra, no está inmóvil.

El juicio vulgarmente llamado *buen sentido*, puesto que consiste en la costumbre de juzgar sanamente, tales como son todas las cosas.

Su influencia en la conducta del hombre, es grandísima; es el fundamento de toda educación seria, tanto que el maestro debe poner todos sus esfuerzos para desarrollar en el niño esta facultad esencial.

El *razonamiento*. Es una facultad con cuya ayuda descubrimos el camino que conduce de una idea conocida á una desconocida.

Cuando se parte de hechos particulares para llegar á una idea general, ó cuando se razona sobre ideas generales para llegar á una idea particular, se hace un razonamiento. Este razonamiento es *inductivo* en el primer caso, *deductivo* en el segundo.

El razonamiento, es también un guía precioso para el hombre; un maestro concienzudo debe procurar ejercer frecuentemente esta facultad entre sus alumnos.

LA RAZON

Cuando percibimos un objeto por medio de los sentidos, ó pensamos en él, nuestra alma se forma una imagen, una representación de él, esto es lo que en psicología se llama una *idea*.

Nuestras ideas son generales ó particulares, verdaderas ó falsas, claras ú obscuras, exactas ó confusas, completas ó incompletas. Estos términos, se explican por sí mismos.

Las ideas son pues provocadas por varias causas:

1º Los sentidos exteriores ó los cinco sentidos de nuestro cuerpo. Todo lo que puede estar al alcance de estos sentidos, se llama *el objeto de los sentidos exteriores*.

2º *El sentido interior, ó el sentimiento de sí mismo, ó el yo, ó la conciencia*. Por este sentido interior apreciamos si estamos tristes ó alegres, si amamos ú odiamos, en una palabra, todo lo que pasa en nuestra alma y que no podemos en consecuencia apreciar por ninguno de nuestros sentidos exteriores.

3º *El testimonio*, es decir, lo que se nos asegura ó se nos enseña como verdadero.

4º *La razón*. Esta es la facultad que tiene el alma de reflexio-

nar sobre las cosas que hemos aprendido á conocer por los tres medios precedentes y de deducir una cosa de otra. Por la razón, aprendemos, por ejemplo, á conocer la existencia de muchas de las cualidades del Creador, las cualidades y facultades de nuestra alma, etc.

La palabra *razón*, es uno de los términos más usados y más populares de la lengua filosófica; pero también uno de aquellos que se prestan más á menudo, á confusiones de ideas ó de lenguaje.

Se emplea desde luego esta expresión, para designar el conjunto de facultades espirituales que distinguen al hombre de los animales. La razón, en esta acepción es todo lo que caracteriza al hombre: pensamiento, inteligencia, conciencia, voluntad, facultades superiores, tomadas en su generalidad. *El hombre, se dice, es un sér razonable.*

Por error ó por abuso, se toma razón como sinónimo de *buen sentido, de juicio.*

La razón no es el conjunto de las facultades humanas sino una sola de estas facultades, la que nos da el conocimiento de las ideas absolutas, de las verdades primeras, de lo ideal, de lo perfecto.

Los conocimientos que adquirimos así se llaman racionales, por oposición á los que son adquiridos sea por medio de la observación, sea por medio de la experiencia.

Hay una escuela filosófica, (el empirismo) que considera solamente la razón como el desarrollo en el más alto grado de los instintos que posee el animal. La razón humana no se distinguiría de la inteligencia más que por una diferencia gradual y no por una diferencia específica. Nos es imposible admitir esta teoría; creemos como todos los idealistas en la existencia de una facultad propia independiente llamada la *razón pura*. No es por un esfuerzo, por un trabajo cualquiera del espíritu por lo que tenemos conocimiento del mundo, es desde luego por una viva percepción por lo que nos damos cuenta de lo absoluto, de lo infinito, de lo perfecto.

Diremos con Mallebranche, que «la razón es una luz que alumbrá al hombre al venir á este mundo.»

La autoridad de la razón se apoya en la de Dios mismo, porque es un dón, una emanación de Dios.

Es necesario guardarse de hacer salir de sus límites el poder de la razón; este poder está limitado por varias causas: la razón facultad de emitir los juicios, supone necesariamente ideas sobre las cosas exteriores. Ahora, un hombre nunca está seguro de que sus ideas sobre las cosas exteriores son justas y completas. Hay más:

¿quién osaría emitir la pretensión de conocer todo lo que se refiere al pasado ó al presente? Y en cuanto al porvenir, ¿quién lo conoce?

Si no se debe atribuir orgullosamente una potencia excesiva á la razón, sería todavía más ridículo desdeñarla: ella nos permite por lo menos alcanzar una parte de la realidad que escapa á nuestros sentidos. Por otra parte, el punto de partida de sus investigaciones, es siempre un hecho de observación y de experiencia perfectamente adquirido; como el dominio de estos hechos va siempre agrandándose con los progresos de las ciencias, la acción de la razón humana sigue igualmente una marcha ascendente.

Sobre todas las consideraciones que preceden, veremos que la razón es una facultad preciosa, un medio muy eficaz de adquirir nociones nuevas, y que, por consecuencia, el desarrollo de esta facultad forma parte de la obra educativa que corresponde al maestro.

3.—*La sensibilidad moral.*

Afecciones de la familia.—Afecciones sociales: Amor á la patria.—Sentimiento de lo verdadero, de lo bello, de lo ideal, del bien y de Dios.

LA SENSIBILIDAD MORAL.

Hemos distinguido ya las *sensaciones* de los *sentimientos*, la *sensibilidad física* de la *sensibilidad moral*.

Pongamos un ejemplo para hacer notar mejor esta distinción capital: en presencia de un hermoso monumento experimentamos un sentimiento de admiración; ¿es el monumento mismo, este objeto físico perceptible por los sentidos, con la materia de que se compone, quien provoca nuestra admiración? De ninguna manera; es el conocimiento que tenemos de sus méritos: grandeza, bellas proporciones, disposición racional, armonía de los detalles, etc. La prueba de que esto es así, es que nuestra admiración renace al solo recuerdo de las causas que la han producido.

Un examen atento nos hará descubrir el mismo carácter inmaterial en las causas de todos los otros sentimientos humanos; y ya sean agradables ó penosas, atractivas ó repulsivas, todas tienen su origen, no en la materia sino en el pensamiento.

En el número de las manifestaciones de la sensibilidad moral, estudiaremos las *afecciones*.

El hombre, desde luego, tiene inclinaciones personales: el *amor*

á sí mismo y todos los sentimientos que de él se derivan, como el amor al bienestar, al reposo, á la propiedad, el amor propio, el deseo del perfeccionamiento, el deseo de la libertad, de la gloria; en seguida, todas las exageraciones de esos sentimientos, que llegan á ser verdaderos vicios, como la avaricia, el orgullo, la ambición, la vanidad, etc.

No obstante, nosotros experimentamos aún otros sentimientos que no provienen del *yo*, afecciones desinteresadas y que estudiaremos luego, veamos en primer lugar:

LAS AFECCIONES DE LA FAMILIA.

Los padres aman á sus hijos [*amor paternal ó maternal;*] los niños por su parte, aman á sus padres [*amor filial;*] y en fin los niños de una misma familia se aman entre sí, [*amor fraternal.*] No sería difícil probar estas afecciones recíprocas, por muchísimos hechos tomados de la vida real y que dejamos al cuidado de los lectores que continuamente tendrán multitud de ejemplos á la vista; por otra parte, las inclinaciones que señalamos no tienen solamente por causa la costumbre de la vida en común, los beneficios recibidos, los cuidados, la comunidad de intereses, etc.; sino tienen un carácter instintivo, *la voz de la sangre*, como se dice á menudo.

La asociación que se llama familia, está fundada en una ley de la naturaleza; la afección recíproca de sus miembros, es el lazo que mantiene la unión; porque entonces cada uno de los miembros de la familia, emprende el perfeccionamiento y la prosperidad de los otros.

Basta esto para hacer comprender con qué cuidado en la educación, se debe esforzar por desarrollar los afectos de la familia.

El amor recíproco de los esposos [*amor conyugal*] es también un afecto de la familia; este sentimiento es aún la condición primera de la fuerza y de la felicidad de la familia que los cónyuges están llamados á formar, y esta sola condición basta para condenar las uniones basadas únicamente en el interés.

LAS AFECCIONES SOCIALES.

Los diversos sentimientos de que acabamos de hablar no tienen

por objeto el *yo*; entre estas citaremos todavía otras, *las afecciones sociales* ~~de la~~ ~~de la~~

El hombre tiene horror á la soledad, salvo en casos excepcionales en que por circunstancias excepcionales también en que se busca el aislamiento; esta disposición de nuestra alma, es *el instinto de la sociabilidad*.

Este sentimiento no pertenece solamente á tales ó cuales individuos, sino al hombre en general.

Las afecciones sociales deben ser clasificadas en afecciones *simpáticas* y afecciones *antipáticas*, ó en afecciones *benévolas* y *malévolas*, estos términos se explican por sí mismos.

Entre los primeros citaremos:

La *filantropía*, ó amor á la humanidad, que consiste por ejemplo en moralizar á un pueblo para combatir el pauperismo, en instruir á las masas; el filántropo ama á los hombres únicamente porque son hombres, sin distinción de condición ni nacionalidad.

La *simpatía*, inclinación natural y en cierto modo irrazonada, hacia una persona que se ve por primera vez ó solamente de quien se oye hablar.

La *amistad*, mezcla de confianza y estimación que tiene por principio la simpatía; pero que no se establece sino después del conocimiento hecho; de la simpatía se puede pasar á la amistad, así como de la antipatía al odio:

La *estimación*, sentimiento que experimentamos por el hombre virtuoso;

El *respeto*, sentimiento análogo á la estimación pero que se dirige á una persona que está sobre nosotros por la edad, el rango ó el mérito;

El *amor*, unión entre los hombres é inclinación á hacerse mutuamente el bien;

La *justicia* que consiste en no hacer á los otros lo que no quisiéramos se hiciese á nosotros mismos;

La *piedad*, simpatía por el sufrimiento, por la desgracia;

La *caridad*, disposición para aliviar á los desgraciados;

La *generosidad*, sentimiento que induce á abandonar sus propios intereses por hacer bien á sus semejantes;

La *abnegación*, que es la generosidad llevada hasta los más grandes sacrificios, por ejemplo, el de la fortuna, de la vida.

La *misantrópia*, la *antipatía*, el *desprecio*, el *odio*, la *envidia*, la *injusticia*, son afecciones malévolas; para comprender su natu-

raleza, basta oponer á cualquiera de ellos, uno de los sentimientos simpáticos antes nombrados.

Las afecciones benévolas que tienden al perfeccionamiento de la humanidad, á la práctica constante del bien, y que por otra parte, llevan la serenidad al alma, son por esto fortificantes; las afecciones malévolas son al contrario, un principio funesto de desorganización y debilitamiento que no es difícil demostrar.

Conclusión: en la obra de la educación moral es necesario dedicarse á desarrollar las unas y combatir enérgicamente las otras.

El amor á la patria.

¿Qué es la patria?

Para unos es el país, el suelo donde el hombre ha visto la luz, el hogar donde creció y cuyo recuerdo no lo abandonará nunca.

Para otros es la sociedad que puebla ese mismo país con los lazos que forman el todo: lengua, carácter, costumbres, intereses.

Es por esto mismo porque la palabra patria es ante todo sinónimo de Estado político independiente, unidad de gobierno y de leyes.

En fin, para otros, no hay patria donde todos los ciudadanos no tienen el derecho de participar más ó menos largamente de los poderes públicos.

Para nosotros la patria comprende á la vez todos estos elementos: el suelo natal, sus habitantes con su lengua, sus costumbres, sus leyes, sus riquezas, su gobierno, su autonomía, y los derechos civiles y políticos que son el lote de cada ciudadano.

Esto es todo lo que amamos, porque todo esto ha formado la atmósfera en cuyo seno hemos vivido y crecido.

Nosotros amamos nuestro país porque es el que conocemos mejor; la aldea natal es el objeto de nuestra predilección y afecto, porque en ella se deslizó nuestra infancia y una parte de nuestra juventud, es la que habitan nuestros padres, nuestros primeros compañeros.

Si es el *conocimiento* la causa principal de este amor, ¿qué se deduce con respecto á la educación?

La necesidad de desarrollar en el hombre el amor á la patria, el *patriotismo*; es necesario hacerle conocer su país, introducirlo en él, como si dijéramos y hacerlo á menudo pensar en él con interés.

Más lejos estudiaremos los medios de desarrollar el patriotismo que tienden á combatir la indiferencia y el espíritu de localización. Sin duda es bueno que amemos el lugar de nuestro nacimiento; pe-

ro es preciso que no se limite hasta allí nuestra inclinación al país, es necesario no sacrificar en interés nacional al interés local.

Sentimiento de lo verdadero.

Los sentimientos de lo *verdadero*, de lo *bello*, del *bien*, de lo *ideal*, de *Dios*, que no tienen su fuente en el yo, podrían ser llamados *sentimientos superiores* porque todos tienen por objeto las cosas superiores al hombre.

El deseo de conocer, existe en todos los hombres con intensidad más ó menos grande, y no solamente la inteligencia, la que está constantemente en busca de la verdad, el corazón mismo se interesa en ello; por instinto amamos la verdad y la prueba de esto es la curiosidad de que todos estamos dotados en grados diferentes.

La duda nos es penosa, y la mentira que es lo contrario de la verdad, nos inspira una aversión natural.

Veamos al niño: desde que su inteligencia comienza á despertarse está ávido de conocer, de darse cuenta de todo lo que está á su alcance. Se le da un juguete, y lo rompe para ver lo que hay dentro de él, más tarde cuando habla y que los sentidos lo han familiarizado con el mundo palpable, quiere ir más alla, saber el por qué y el cómo de todas las cosas; asalta con preguntas incesantes á las personas mayores que lo rodean y este espíritu de investigación no deja de meter en aprietos á aquellos que deben responderle.

En el hombre ya hecho, la necesidad de conocer se traduce de diferentes maneras; el *estudio* no es más que una de las formas de esta tendencia; sin duda el estudio tiene á menudo por móvil, la ambición, el deseo de llegar á una alta posición, á una gran fortuna; pero el deseo de conocer está en él, y con mucho.

Se puede llegar al conocimiento de una verdad, de dos maneras: consultando la experiencia de los otros, consignada en sus escritos ó en sus discursos ó bien por sí mismo; en el segundo caso, se hace un descubrimiento, una invención, y el placer inherente á la posesión de la verdad, tiene que ser más vivo. ¡Qué alegría para el escolar cuando ha encontrado la solución tan largo tiempo buscada, de un problema difícil y complicado!

La mentira, el error son contrarios á la verdad. Cuando mentimos, aún con la certidumbre de no ser descubiertos, experimentamos remordimiento insoportable y si encontramos mentira entre los demás, nos indignamos.

El error nos inspira el temor y el prejuicio, una de las formas del error, ejerce la más funesta influencia sobre nuestro carácter.

La educación debe desarrollar este horror instintivo á la mentira: que nunca el maestro se arrastre hasta decir una palabra contraria y que no deje pasar ninguna entre sus alumnos sin reprenderla!

El sentimiento de lo verdadero es uno de los más fortificantes, puesto que pone constantemente nuestras facultades intelectuales en movimiento, es el gran motor del pensamiento.

Sentimiento de lo bello.

Lo que es bello, sea en la naturaleza, sea en la producción de las artes humanas, nos gusta naturalmente, nos procura una satisfacción.

Esta satisfacción es lo que se llama sentimiento de lo bello, ó *sentimiento estético*.

El salvaje mismo es susceptible de experimentar este sentimiento, ¿no se ha tenido cien veces la ocasión de hacer constar que es sensible á los encantos de la música?

Hay un principio fortificante en el sentimiento de lo bello, el que es apasionado de la elegancia en la palabra, en los escritos, en las formas, se esforzará en obtener esa cualidad mucho más aún que otro que no sea admirador de lo bello.

¿Es la satisfacción experimentada á la vista de una cosa bella lo que origina que amemos lo bello? No, esta causa reside en lo bello mismo; así el sentimiento que analizamos es desinteresado.

El amor á lo bello y el amor al bien, tienen gran afinidad, no siendo el bien más que la hermosura moral; todo lo que es malo es feo moralmente, de donde concluimos que la cultura del sentimiento estético tiene una gran influencia sobre las cualidades del corazón y del alma.

La música, la pintura, la escultura, la poesía, la elocuencia, son los dominios donde el sentimiento estético se ejerce libremente; pero este sentimiento lleva sobre sí un conjunto de matices demasiado delicados para que se le encuentre igualmente desarrollado en todos los individuos. El mismo cuadro, el mismo libro, el mismo grupo de escultura, la misma ópera, ¿no son frecuentemente objeto de juicios absolutamente opuestos?

El estado vecino del sentido perfecto de lo bello en los diferentes órdenes de bellezas, no pertenece sino á naturalezas finas y dis-

tinguidas naturalmente ó que hayan recibido una cultura bien dirigida.

SENTIMIENTO DEL BIEN.

Una acción buena produce entre nosotros un sentimiento de satisfacción y, por el contrario, una acción mala provoca nuestra desaprobación, nuestra indignación, nuestro horror.

Esta facultad que tenemos de conmovernos en presencia del bien ó el mal, es el sentimiento del bien ó el sentimiento moral.

Es un sentimiento desinteresado, porque amamos el bien, por sí mismo y no por la satisfacción que nos procura. Podemos sin temor á la prisión, robar á otro su propiedad; si no lo hacemos es únicamente por el amor al bien, que nos lo impide.

Lo que prueba que el bien es de tal modo, que hace que lo amemos ejecutado por nuestro prójimo, teniendo por objeto beneficiar á una persona que nos es extraña; nos place ver hacer la caridad; nos agrada ver ejecutar un acto de probidad. Los malvados, encenagados en el mal, aman el bien entre los demás; los más grandes criminales no permanecen indiferentes ante un hombre honrado; se ha visto en el presidio hombres que habiendo merecido veinte veces la muerte, se han hecho los admiradores y esclavos sumisos de un compañero de cadena víctima de un error judicial, y que ha seguido siendo honrado; éste se imponía á aquellos por la especie de fascinación que ejerce siempre una conciencia recta.

El bien es muy variable; tiene tantas formas como virtudes hay; los hombres según sus aspiraciones y sus ideas son más particularmente sensibles á tal ó cual mérito.

El que ama al bien tratará de hacerlo, es decir, habrá de perfeccionarse; el sentimiento del bien es fortificante, y por consiguiente, procurar su desarrollo, es uno de los deberes del educador.

SENTIMIENTO DE LO IDEAL.

Lo ideal es el bien ó la belleza perfectos, es lo real perfeccionado por la imaginación á un grado tal que no pueda perfeccionarse más.

El ideal es, pues, una creación del pensamiento, y á él recurrimos á cada momento, de una manera inconsciente por decir así; cuando formulamos un juicio sobre una cosa que existe, sobre una realidad, la comparamos con nuestro ideal en el mismo género, y á nues-

tros ojos tiene más mérito en belleza ó en bondad cuanto más cerca está de nuestro ideal.

SENTIMIENTO DE DIOS.

La noción de Dios se relaciona íntimamente con la noción del ideal.

Dios es un sér que tiene todas las cualidades, todo lo que es bello, bueno, grande, fuerte y poderoso hasta lo infinito. Esto es lo que ha hecho decir que «*Dios es el Sér,*» dando á entender con esto, que es el solo sér en quien se encuentran reunidos todos estos atributos en igual grado.

Puesto que podemos conseguir lo ideal, podemos concebir á Dios, que es el sér en quien vienen á confundirse todos los ideales. La mezcla de respeto, de veneración y de amor, que nos inspira esta idea, es el *sentimiento religioso* que hay que guardarse muy bien de confundir con el ardor que emplean algunos en defender tal ó cual doctrina filosófica.

4. La voluntad.—Análisis del acto voluntario.—La libertad y la responsabilidad.—El hábito.

LA VOLUNTAD.

La facultad que poseemos de crear movimientos, de modificarlos ó detenerlos; de otro modo, de obrar ó no con conocimiento de causa y libremente, es *la voluntad*.

Esta propiedad se aplica tanto á los actos de nuestro pensamiento cuanto á los movimientos de nuestro cuerpo efectuados por los músculos.

Cuando tratamos de las tres grandes facultades del alma humana, vimos cómo se distinguen una de la otra, y nos parece superfluo añadir más sobre el particular, diremos solamente que lo que caracteriza la voluntad es su actividad más particularmente pronunciada; ella es, de cualquiera manera, la que tiene el poder generador de nuestras acciones.

ANÁLISIS DEL ACTO VOLUNTARIO.

El análisis del acto voluntario perfecto, es bastante complicado y requiere gran atención; trae consigo una serie de actos sucesivos,

entre los cuales la transición no aparece sino por un esfuerzo de reflexión.

Antes que todo, entiéndase bien que estudiamos aquí el acto voluntario completo; esta observación tiene su importancia, porque entre los actos que ejecutamos cada día, no son todos igualmente voluntarios; muchos se efectúan sin gran reflexión, de una manera más ó menos precipitada, como los que hacemos, por ejemplo, impelidos por un vivo sentimiento de cólera.

a. Para que haya una manifestación de la voluntad, es necesario que una acción se ofrezca á nuestra inteligencia como *posible*.

b. La voluntad supone el conocimiento; no se quiere solamente sin saber qué se quiere, sino lo que se quiere.

c. Cuando se quiere, se sabe también por qué se quiere.

Las causas que nos conducen á obrar, se llaman *motivos* ó *móviles*: *motivos* cuando vienen de la razón, cuando después de reflexionar nos damos cuenta de la utilidad del acto; *móviles* cuando vienen del corazón, cuando ejecutando este acto obedecemos al impulso de un deseo, de un instinto, de una pasión.

Los motivos y los móviles, de otra manera, la razón y corazón, presentan á veces sugerencias opuestas, la resultante de estos principios que obran en el mismo sentido, ó en sentido contrario, es lo que trae el acto; pero no lo que constituye.

El conocimiento del acto que va á ejecutarse, unido á la resultante de los motivos y de los móviles, constituye la *disposición*.

Para estar bien dispuestos á una acción, es preciso que ésta nos sea perfectamente conocida y que los motivos y los móviles sean poderosos.

La disposición está aún muy lejos de la ejecución y aun de la simple resolución de obrar: así yo puedo encontrarme en la posibilidad de hacer un gran viaje, desear emprenderlo (móvil) y reconocer que sería útil á mi instrucción (motivo) sin que por esto resuelva seriamente mi partida.

d. Cuando estoy ocupado en buscar las razones para obrar ó no obrar, á pesar el pro y el contra, como se dice, *delibero*.

Desde el momento en que se delibera hay *proyecto*.

e. Después de la *deliberación* viene la *decisión*, ó *resolución*.

En esta nueva faz del fenómeno, es donde está la *volición*; pero debe entenderse que no se trata de una simple veleidad, de una intención débil que desaparecerá á la primera resistencia.

Ejemplo: necesito salir fuera de casa para cumplir una obligación;

pero en el momento en que me dispongo á salir se me encierra; una de dos: ó haré todo esfuerzo para evadirme, procurando vencer todo obstáculo que me impida el cumplimiento de mi deseo, hasta que haya comprendido la inutilidad de todas mis tentativas, ó después de algunos intentos me cruzaré de brazos en espera de que se me venga á libertar. En el primer caso, habrá habido verdaderamente volición; en el segundo no podré decir que realmente he *querido*.

f. A la resolución sucede la *ejecución*, á menos que una influencia extraña é independiente de la voluntad no venga á entorpecerla ó á hacerla imposible, como en el caso que acabamos de suponer.

La volición es, pues, hasta cierto punto independiente de la ejecución. Pero para que el acto voluntario sea completo, es preciso que haya, por lo menos, *esfuerzo para la ejecución*.

Lo contrario del acto voluntario es el acto involuntario; lo que lo caracteriza es que no es la consecuencia de la decisión: los movimientos de la respiración, los de la circulación, del cerebro, tubo digestivo, en una palabra: todos los fenómenos de la vida vegetativa, son actos involuntarios, si pueden llamarse actos.

Lo mismo puede decirse de los que pueden ejecutarse en el sueño, en un acceso de sonambulismo, etc., en general: los que se verifican bajo la influencia de un error, de un instinto, ó un hábito. Los actos verificados por un temor ó contrariedad pueden llamarse también involuntarios porque no interviene en ellos la voluntad.

La libertad y la responsabilidad.

Tener la libertad, es tener el don, el poder de obrar en el sentido de la voluntad, ó de otro modo: hacer lo que se quiere si lo que se quiere es una cosa posible.

Se distingue la *libertad individual*, la *libertad civil*, la *libertad política* y la *libertad moral*.

La *libertad individual* es la libertad de movimientos, es la que falta á los presos.

La *libertad civil* es el derecho de trabajar como se quiera, de pasear, vender, comprar, cambiar, testar, etc., de instruirse, de licarse á tal ó cual comercio, á tal ó cual profesión: el esclavo está privado de esta libertad.

La *libertad política* es el derecho de contribuir por un voto á determinar la marcha de los asuntos del Estado: en una monarquía absoluta no hay esta libertad.

La *libertad moral* llamada también *libre arbitrio*, es la libertad de tomar una decisión de obrar ó no, como lo indique un motivo ó móvil cualquiera.

La libertad moral es la esencia de la voluntad, porque en todo acto voluntario hay, como se ha visto, una resolución que emana de nosotros.

Los instintos del hombre restringen en cierto modo la libertad moral y se inclina demasiado á obedecerlos. Pero podría conducirse de otra manera, lo cual es bastante para que cada quien pueda llamarse libre.

En cuanto á los animales, obran por instinto. La materia bruta está sometida á las causas accidentales exteriores y á la atracción. Esto es fatal. La *fatalidad* es lo contrario de la libertad.

El hombre es libre de obrar en el sentido del bien ó del mal; pero en el fondo de la conciencia hay un principio, una voz que nos dice á toda hora y en todas circunstancias lo que es bueno y lo que es malo: es la *ley moral*.

Así, cuando nuestra elección se va hacia el mal, debe sernos atribuida exclusivamente nuestra falta; esto es la *responsabilidad* consecuencia enteramente natural de la libertad moral.

Por esto, porque somos libres, podemos ser *culpables* ó *virtuosos*, pudiéndonos justamente *castigar* ó *recompensar*.

En cada nación encontramos una autoridad, leyes y sistema de premios y castigos. Es porque la libertad moral existe, por lo que se han creado esas instituciones. Se acuerdan distinciones al hombre cuyo celo y esfuerzo hacen prosperar el país y se inflige una pena al asesino, porque uno y otro han tenido libertad de obrar como lo han hecho: la recompensa y castigo son, pues, legítimos.

La responsabilidad puede ser atenuada: la embriaguez, la pena moral, el carácter, el hábito restringiendo nuestra libertad, disminuyen también nuestra responsabilidad: nómbrese esto *circunstancias atenuantes*. Si la libertad es nula, toda responsabilidad desaparece.

La ley tiene en cuenta todas estas circunstancias y exige, para castigar, que haya habido intención de delinquir, y mientras más libre haya sido el acto, más severa es la pena. Por esto es que la premeditación es considerada como *circunstancia agravante*.

EL HABITO.

La repetición frecuente de movimientos, produce los hábitos físicos. Los actos del espíritu dan también lugar á hábitos. El hábito, en general, es una *disposición* á hacer un acto y se adquiere por la repetición de éste.

Se habitúa á una sensación, cuando se recibe ésta cierto número de veces. Hay que notar que una sensación llama menos la atención á medida que se va uno habituando; se acaba por no oír, puede decirse, un sonido que se está escuchando seguido ó sin cesar, como el tic-tac de un reloj en la parte donde se trabaja ordinariamente.

Si se considera la sensibilidad moral como *facultad pasiva*, puede afirmarse también que los sentimientos se debilitan por el hábito. Cuando una causa produce, por ejemplo, el temor y persiste, éste se va debilitando y lo mismo pasa respecto á la pena, la alegría, la repugnancia, etc.

Pero tratándose de la sensibilidad como *facultad activa*, es lo contrario. El sentimiento de lo verdadero, de lo bueno, el sentimiento religioso, el musical, el literario, la ira, el celo, etc., se fortifican por medio del ejercicio.

La inteligencia se desenvuelve igualmente en el sentido de sus ocupaciones ordinarias; se habitúa uno por el ejercicio en la redacción, en la versificación, el cálculo mental, en la apreciación de tal cual género de producción, etc.

La voluntad misma sufre la influencia de la repetición; si un acto voluntario se vuelve más fácil á medida que se reproduce en sí, no es menos voluntario, pues lo es tanto á la milésima vez como en la primera, sino que, si la resolución es más pronta, débese esto al hábito de la voluntad.

El hábito comienza desde la repetición del acto y aumenta con el número en que éstas se aumenten. Es una fuerza que conserva y acumula la habilidad. Es digno de notarse que un hábito se pierde poco á poco cuando la repetición cesa y que la actividad produce otros hábitos.

De todo lo que antecede, se pueden deducir las dos leyes siguientes, que resúmen la teoría del hábito.

- 1º El hábito debilita la sensibilidad pasiva y fortifica la activa.
- 2º El hábito lucha contra el hábito.

Se ve que provocando la repetición de actos, se puede transformar el carácter del niño y hacer en él, por decir así, las cualidades que se quiera. Esta observación demuestra por sí sola la alta importancia de la educación.

Añadiremos que esta importancia depende de la posibilidad para el niño que no es suficientemente vigilado para contraer hábitos de actos reprobables. La educación favorece la formación de *buenos hábitos* y combate las *malas costumbres*.

CAPITULO IV.

EDUCACIÓN INTELECTUAL.

1.—*Objeto de la educación intelectual.*

Hacer la educación de un niño es, como hemos visto, vigilar y ayudar el desenvolvimiento físico; pero es también elevarlo á la vida intelectual, obrar sobre su inteligencia, y hacer la luz é iluminarlo en busca de la verdad.

Para llegar á este objeto, el maestro dispone de las facultades intelectuales con que el Creador ha provisto generosamente al discípulo.

Estas facultades son las que se relacionan á una de las tres facultades principales; la *inteligencia*, es decir, el alma considerada en tanto que piensa, se acuerda, imagina, compara, combina, etc., el alma apta para descubrir verdades por la observación y el juicio y para conservar las nociones así adquiridas.

Las facultades intelectuales son numerosas y diversas aunque formando un todo; ya hemos tratado algo sobre esto en el capítulo anterior. Recordemos que el espíritu es, de acuerdo con el valor y significación de la palabra, la facultad de concebir ó de formarse una idea de las cosas, hasta el punto de poder pasarse á las realidades que reflejan en su interior su imagen más ó menos fiel. Por esta razón es que al espíritu se le ha llamado *facultad de las representaciones generales ó de las ideas*, es decir, la reunión de las representaciones de diversas cualidades de una cosa para formarse una sola representación, una sola idea.

En el acto por el cual venimos á hacernos una idea, se distinguen varias operaciones; la facultad por la cual nos representamos los objetos con ayuda de la observación, la memoria ó la imaginación nos suministra de imágenes que la inteligencia á su vez, clasifica y ordena convenientemente. Al efecto, comienza por comparar, es decir, que aprecia las semejanzas y diferencias; para facilitar este examen, escoge sucesivamente las cualidades heterogéneas y homogéneas. Estas diversas operaciones constituyen la acción de *pensar y coordinar, encontrar, comparar, distinguir, juzgar y concluir á efecto de establecer la armonía, el orden y encontrar la verdad.*

De lo que acabamos de decir resulta claramente que *formar el*

espíritu es hacer las facultades intelectuales capaces de ejecutar esas diferentes operaciones con seguridad y, sobre todo, con precisión.

Porque no es una gran ventaja tener el espíritu vivo si no se le tiene *justo*. La perfección de un reloj no está en marchar pronto sino en marchar preciso. La educación debe por consiguiente, contribuir á que el niño llegue á poder *pensar precisamente*. Hay ciertos procedimientos propios, para impulsarlo hacia esta vía, á enseñarle *á examinar, á comparar, á distinguir, á coordinar, á juzgar, á concluir*; en otros términos, á PENSAR.

Tal es el objeto de la educación intelectual. Ella no tiene más que dar el impulso, poner la máquina en movimiento para que ésta marche en seguida sola por sí misma sin esfuerzos extraños.

En el estudio que hacemos del desenvolvimiento de la inteligencia, debemos, dice M. Bronard, considerarla como una reunión de facultades más bien que como una facultad única, "siguiendo lo que se podría llamar el orden cronológico de la escogiendo desde luego en la evolución sucesiva de las ideas del niño, en el uso que él hace de su espíritu en vista del conocimiento de la realidad y la verdad, la *intuición*, por la cual la inteligencia se adhiere como espontáneamente á las realidades; la *atención*, que nos conduce á observar; después el *juicio*, que obtiene conocimientos de lo que se observa; la *memoria*, que retiene las observaciones y las consecuencias; la *abstracción*, que recoge las relaciones generales, y la *imaginación*, en fin, que es en nosotros lo que se podría llamar, bajo el punto de vista de las ideas, el poder soberanamente activo y creador.

CULTURA DE LAS FACULTADES.

2.—*De la percepción exterior (educación de los sentidos).—Ejercicios de observación y otros.—Ejercicios señalados por el método Fröbel.*

De la percepción exterior (educación de los sentidos).—Ejercicios de observación y otros.

Puesto que ya hemos visto á cuál resultado tiende la educación intelectual, importa ahora determinar las reglas que deben observarse, la marcha que hay que seguir y los medios que poner en otra para habitar á un niño á *pensar, á bien pensar*.

El espíritu del niño está ya dispuesto desde que él reconoce á su madre ó á otra persona, desde que distingue un objeto cualquier.

ra; este conocimiento, esta apreciación no es posible mientras la imagen de esa persona ó de ese objeto no se imprima en su espíritu de modo que la distinga fácilmente de otra imagen.

La formación de los sentidos es por consiguiente también, una de las bases de la formación del espíritu. Es, por tanto, un error suponer al niño incapaz de comprender la menor cosa. En su primera mirada se manifiesta ya el deseo de comprender si fuera posible el mundo entero. Este deseo emana de una necesidad natural que exige ser satisfecha, y á medida que se satisface aumenta insaciable, como sed febricitante que es más ardiente á medida que se intenta calmarla. Es, pues, un deber buscar los medios de satisfacer en una medida conveniente esta necesidad del espíritu.

La formación del espíritu propiamente dicho debe comenzar y marchar á la par con el desenvolvimiento ó la formación del lenguaje. Pero el niño debe estar habituado á ver y á escuchar antes de hablar, es decir, que él no debe de hablar sino de las cosas que tiene bien vistas, de las que tiene *intuición*, representación interior. El período en el cual debe aprender á pensar es, pues, aquel en que comienza á hablar; es la época más importante de toda su vida; porque si le enseñais á hablar sin pensar, es decir, si le proveis de palabras sin ideas, de nombres vacíos de sentido para él, hareis un importuno periquito, un parlanchín pesado ó cuando mucho una máquina memorista.

Si se quiere evitar estos deplorables resultados, es preciso en este importante período de la educación, cuidar que el niño no hable más que de objetos conocidos, de cosas á su alcance, que él haya visto, oído, tocado ó que duren presentes en su pensamiento. Los indicios más seguros del trabajo de un espíritu naciente son las contestaciones á diversas preguntas multiplicadas hábilmente. ¿Cómo se llama esto? ¿Qué es esto? ¿De qué proviene esto? ¿Para qué sirve esto? etc., etc. De todo lo cual se viene á concluir que la educación intelectual tiene por punto de partida la educación de los *sentidos*, porque es por estos con la ayuda de la atención como se verifica el acto de la percepción exterior. Las ideas más simples inherentes al niño tienen su origen en la percepción externa, se debe, pues, ante todo, favorecer el desenvolvimiento de los sentidos.

Gracias á su instinto sabe el animal al nacer, hacer uso de sus sentidos. El hombre al contrario, debe ante todo aprender á hacer uso de las facultades que tiene de la naturaleza, porque es bajo su dirección como los sentidos obran en su actividad libre. Además, la

primera educación de los sentidos depende poco del concurso de otro: el niño está llamado á ejercitarse por sí mismo, á apreciar su sensación y por consecuencia á juzgar las propiedades sensibles de las cosas materiales.

A la acción de los órganos se añade siempre, aun en las percepciones primitivas, el juego de la inteligencia, la atención, la comparación; he aquí la prueba: ¿no es por el grado de la intensidad del sonido como se llega á asegurar la distancia á que está la causa que la produce? Pero ¡qué tiempo y cuánto ejercicio se ha necesitado para obtener esa seguridad! Esto nos demuestra que además del esfuerzo intelectual, se necesitan experiencias repetidas; ó de otro modo: que es indispensable la educación de los sentidos.

Pongamos en paralelo dos personas dotadas de manera desigual en lo que concierne al entendimiento: los ejercicios musicales acabarán por dar á la menos bien dotada mejor oído si es que la otra no ha ejercitado este órgano.

Otros ejemplos: los empleados del correo encargados de recibir la correspondencia llegan, después de algunos años de práctica, á poder apreciar con exactitud asombrosa el peso de una carta; entre los ciegos la sensibilidad táctil es mayor que entre los que hacen uso de la vista. Todo esto es efecto del ejercicio de los sentidos combinado con la atención.

Si el desarrollo de los miembros, de los brazos, de las piernas, exige cuidados muy particulares, qué precauciones, qué atención especial no será necesario, con mayor razón, consagrar al desarrollo de los órganos de la vista, del oído, etc.! Del perfeccionamiento de los sentidos depende inmediatamente el desarrollo de las facultades intelectuales. Para que la transmisión de las sensaciones se opere con facilidad, con certeza, hay que vigilar que los agentes de esta transmisión se encuentren en el mejor estado posible.

En el niño, los sentidos son excesivamente delicados. La experiencia ha demostrado que en la época en que las facultades intelectuales son aún poco activas, en que el espíritu está poco rico en imágenes y en ideas, los sentidos están dotados de una fineza más grande y de una impresionabilidad más viva. Agentes enteramente nuevos, despliegan una actividad extraordinaria, y su acción, que por nada se distrae ni se debilita, se muestra más directa y más enérgica. Así, en los pueblos salvajes, se encuentran las facultades del olfato, del oído, de la vista, llevadas á un grado extraordinario de fineza y de fuerza.

¡Dichoso el hombre que, desde su infancia, posee sentidos bien organizados, bien desarrollados! A este don precioso debe él gozar realmente de la existencia: gracias á ellos, se pone en comunicación con sus semejantes, con los objetos que le rodean.

La conclusión de lo que precede es que el educador tiene el deber imperioso de ayudar al desarrollo de los sentidos, órganos de la percepción exterior.

A continuación ponemos algunos principios relativos á este cultivo añadiendo consideraciones relativas á la palabra.

LA VISTA.

El sentido más precioso es, sin contradicción, el de *la vista*. Contribuye esencialmente al bienestar del hombre, embellece su existencia, proporciona en abundancia al espíritu los elementos necesarios á su desarrollo y al perfeccionamiento de las facultades intelectuales. Para que este sentido responda convenientemente al destino que le ha dado el Creador, es necesario que con su recurso se puedan percibir y distinguir claramente los objetos á cierta distancia. A este efecto, debemos dedicarnos á fortalecer la vista. Se alcanza este fin habituando desde temprano y con frecuencia los ojos del pequeño niño á la impresión del aire libre, familiarizando este órgano con la luz del día, haciendo que descanse, en cuanto sea posible, por el aspecto risueño de los prados y los bosques. Por otra parte, hay que evitar exponerlo á una luz demasiado viva, á la del sol por ejemplo; se retirarán de él los objetos de colores demasiado brillantes; no se le hará leer, ni escribir, ni tejer, á la caída de la tarde ó en un lugar en que haya poca luz.

Lo que, la mayor parte del tiempo, impide á los niños *ver bien*, es su ligereza de carácter, su aturdimiento, su inconstancia. Será, pues, útil obligar al niño á detener durante cierto tiempo sus miradas sobre un objeto cualquiera, á contemplarlo con atención y persistencia. Se puede también proponer enumerar los objetos, según las formas, la materia, y en fin, según el uso que de ellos se hace. Según esto, para habitar al niño á mirar con más atención, se establecen comparaciones entre dos ó más objetos haciéndole diversas preguntas sobre sus semejanzas y diferencias.

Desde el momento en que el niño frecuenta la escuela, estos diversos ejercicios entran en el cuadro de las lecciones por intuición. Pero cuando se eche mano de ellos, sea en la casa paterna, sea en la escuela, será siempre preferible buscar en las producciones de la

naturaleza los objetos sobre que debe ocuparse la atención del niño intuitivamente; sin embargo, á falta de tales productos se puede recurrir á imágenes fieles, á representaciones exactas, á cuadros ejecutados con cuidado.

Las imágenes bien hechas y coloridas con gusto ofrecen otra ventaja; tienen siempre más atractivo para los niños y excitan su curiosidad en alto grado.

No hay para qué decir que las imágenes de que acabamos de hablar deben abrir camino á algunos conocimientos, sino el fin que se alcanzara de esta manera sería muy limitado é insignificante.

El ojo, distinguiendo en el examen de los diferentes objetos las formas y los colores, debe necesariamente también descubrir *la belleza* de ellos; es éste el medio por excelencia de hacer nacer el gusto de lo bello, de desarrollar el sentimiento estético. La belleza en los detalles, en las diversas partes de los objetos, la perspectiva en los cuadros, las sombras y la luz, los pliegues elegantes en las telas, todo esto sobrepasa aún las facultades del niño: la única cosa que examina es lo que hiere su vista, y cuando coge el lápiz para trazar algún dibujo, se limita á reproducir las partes más salientes del objeto que quiere representar.

Es sabido que un gran número de hombres, en lo que respecta á la concepción estética, no van jamás más allá de las ideas tan limitadas de la infancia; así, entre los habitantes del campo hay muchos que se muestran en general poco sensibles á las bellas artes, ó que, al menos, sienten poco gusto por las producciones de los artistas. Frente á un magnífico cuadro se maravillan del brillante dorado del marco, de la rica escultura de los adornos; en cuanto á la pintura, no produce en ellos la menor impresión. Para juzgar bien á qué grado el órgano de la vista permanece imperfecto cuando no ha sido formado en la juventud, entrad en una choza, y ved con qué placer los aldeanos suspenden allí figuras espantosas cubiertas de placas informes de azul, de rojo y de verde. Penetrad en seguida en la casa del artesano de las ciudades; malos grabados pero que dan una idea más justa de los colores, adornan su morada. Llegad sucesivamente hasta el gabinete del hombre rico, podréis juzgar del grado de perfeccionamiento de que es susceptible el órgano de la vista por la elección de los grabados y de los cuadros colocados en sus aposentos. Evidentemente, es necesario que nuestros niños se eleven á un grado superior de comprensión estética.

Es un deber imperioso para los padres y maestros ejercitarlos

irsensiblemente en distinguir lo que es verdaderamente bello de lo que carece de gusto y de elevación; atraer, por una parte, su atención sobre las cualidades más salientes de tal ó cual objeto tomado en la naturaleza, de un paisaje, de una obra de arte; y por otra también, señalarles aquellos de entre tales objetos que no se distingan por cualidades eminentes. En fin, es preciso tener cuidado de conducirlos de la contemplación, del examen del conjunto al examen de las partes, de la armonía y de la concordancia de las partes con el todo.

Hay que agregar también que, para desarrollar el gusto para hacer nacer en el niño el sentimiento de lo bello, se debe exigir de él que se vista convenientemente, que todos los objetos de que se sirva guarden un estado conveniente de orden y de limpieza.

EL OIDO.

Este órgano está en relación estrecha con el de la palabra, y no es menos importante para la formación de las facultades intelectuales que el órgano de la vista.

Es necesario, por consiguiente, preservar la oreja que es el conducto del sonido, de todo accidente, de todo mal que pudiera hacerla incapaz de funcionar. A este efecto, se la mantendrá en un estado absoluto de limpieza; se cuidará de que no penetre en ella ningún insecto; que no sea molestado con ningún ruido violento.

El oído del pequeño niño es ordinariamente de una delicadeza excesiva, y esta delicadeza debe no solamente ser mantenida, sino aún perfeccionada. Se le habitúa primero á escuchar, y después á distinguir los sonidos. A este fin se fijará en primer lugar su atención sobre el objeto que produce el sonido, si está cerca ó lejos, si viene de arriba ó de abajo, de la derecha ó de la izquierda, si es armonioso ó disonante. Después se le ejercitará en distinguir en una mezcla de sonidos una voz determinada ó palabras pronunciadas en voz baja.

Viene en seguida el examen del ritmo y la declamación. Aquí vienen muy á propósito diferentes ejercicios de canto, sobre todo con ayuda de un instrumento. Los cantos se aprenderán por la audición; deberán ser melodiosos, y las palabras sencillas y de carácter alegre, pues los niños no aman lo que es grave y lento.

Para preparar la oreja del niño á la percepción estética hay que desarrollar en él, á paso y medida que crece, el gusto por las composiciones grandes y llenas de armonía; para esto se le proporciona la ocasión de oír buena música vocal é instrumental. Los que dirigen la educación del niño harán bien en indicarle los defectos de una música bombástica; pero es necesario cuidarse de querer ir demasiado aprisa, pues se le cometera una imprudencia y ponerse en oposición con el desarrollo natural.

Hasta el momento en que el niño comienza á hablar se vigilará sobre los órganos de la palabra á fin de que permanezcan sanos é intactos. No es menos importante ejercitar al niño á pronunciar con claridad y precisión, ni demasiado aprisa, ni con mucha lentitud, emitiendo todos los sonidos distintamente y con la conveniente acentuación. Muchos niños experimentan al principio cierta dificultad en pronunciar bien diferentes sonidos, tales como *r*, *t*, *k*, *s*. Con perseverante atención habrá que esforzarse en remediar los vicios de pronunciación antes que hayan arraigado. No se permitirá estropear las palabras, articular una *r* por una *l*, una *b* por una *p*, etc.

Por poco cuidado y perseverancia que en ello se ponga, llegarán sin mucho trabajo á emplear convenientemente los instrumentos que Dios les ha dado para expresarse con precisión.

Réstanos señalar otro defecto que reclama igualmente una atención muy particular de parte de los padres y maestros. No es raro, sobre todo en las escuelas, oír á los niños expresarse con una monotonía verdaderamente insoportable: sus respuestas son verdaderas canciones, poco melodiosas por otra parte, que se desbordan con tal rapidez que se ve uno tentado á creer que el profesor ha ofrecido un premio al que se excela en esta gimnástica de la garganta. Importa mucho que los niños oigan constantemente hablar bien.

En efecto, aquellos que pertenecen á padres educados, á familias en que se tiene la costumbre de expresarse con elegancia, hablar con una pureza de acento y facilidad de elocución que encanta al que los oye: prueba palpable de la influencia del buen ejemplo en esta materia.

Otro ejercicio muy eficaz para el perfeccionamiento de los órganos del oído y de la palabra, es la *declamación*. Si insistimos sobre este punto con tanta solícitud es por que sea en la lectura, sea en la conversación, la expresión en el hablar del mayor número de

nuestros niños es desagradable, defectuosa y de penosa inteligencia.

EL TACTO.

Aunque el tacto no procura al niño una representación, una idea tan clara y tan precisa de los objetos como la vista, no por eso es este sentido de menor importancia. Tenemos en los ciegos de nacimiento una prueba irrecusable del grado de perfección que el tacto es susceptible de adquirir. Llegan, con ayuda de los dedos, á distinguir los objetos, á descifrar una página impresa en relieve, á ejecutar por escrito los cálculos más complicados. La delicadeza del tacto se pierde por el endurecimiento de la piel, la que es fácil comprobar en los campesinos y en aquellos que ejercen un oficio que reclama el empleo de grandes fuerzas físicas. Ordinariamente, y quizá por el mismo motivo, el tacto en las mujeres y en los niños es más delicado que en los hombres.

Se podría creer, según lo que acabamos de exponer, que para conservar la delicadeza de este sentido habría que evitar los trabajos manuales, los cambios de temperatura. Nos apresuramos á protestar contra esta interpretación; en la que se relaciona con la higiene, miramos como indispensable á la salud un trabajo propio para amacisar el cuerpo. Además, demasiada sensibilidad tiene siempre algo de peligrosa.

Se procura al niño la ventaja de perfeccionar y de satisfacer este sentido poniéndole diversos objetos entre las manos á fin de que pueda no sólo mirarlos sino tocarlos por todos lados. Mientras permanezca en la imposibilidad de caminar, se tendrá cuidado de llevarlo á todas partes donde manifieste deseo de ir y de ponerle en sus manos el objeto que desee cuando esto pueda hacerse. De esta manera se familiariza con todo lo que le rodea. No hay que mostrarse muy alarmado cuando se queme ó hiera ligeramente al tender el dedo hacia la vela ó el cuchillo que él se imaginaba poder coger. Se le hace valuar el peso de diferentes cosas que se le pongan en la mano; obrando de este modo hace experiencias muy útiles; se vuelve valeroso, prudente, circunspecto; modifica y rectifica sus ideas y las imágenes de los objetos satisfaciendo á la vez su tendencia, su deseo de tocar. Lanza gritos de gozo cuando se le da el juguete, el pájaro ó la flor que ha visto, y de este modo se perfecciona el sentido del tacto.

Para obviar á una gran sensibilidad de los nervios, los médicos recomiendan unánimemente habitar al niño á lavarse muy temprano por la mañana, á soportar el frío, á jugar durante el invierno al aire libre, á lavarse con agua fría. Además, importa enseñarle á sufrir pacientemente el dolor que á sí mismo se haya causado ó que le haya ocasionado uno de sus compañeros.

EL OLFATO.

El olfato y el gusto se miran generalmente como sentidos de un orden inferior, y se cree que basta para su desarrollo preservar contra toda impureza los órganos que les dan nacimiento. No opinamos de la misma manera.

No se puede desconocer que el perfeccionamiento y el desarrollo del olfato merecen particular atención de parte de aquellos que se ocupan de la educación de la juventud. Con respecto á la sutileza de este sentido, hay en los seres humanos diferencias muy notables. Para no debilitarlo ni entorpecerlo, es preciso evitar el uso del tabaco, y el permanecer mucho tiempo en lugares donde se conservan flores ó en aquellos en que se haya esparcido con exceso olores ó perfumes.

EL GUSTO.

La educación exige cierto grado de perfeccionamiento en el sentido del gusto. Reclama para el hombre buena alimentación, sana y substanciosa; quiere que sus alimentos no se distingan solamente de los de los animales en cuanto á la variedad, sino también en cuanto á la preparación que sufren. Por consecuencia natural se sigue de aquí que, para toda joven que pueda ser llamada á desempeñar el papel de ama de casa, madre de familia, es un deber poseer en cocina los conocimientos necesarios á una familia *burgués*. Desgraciadamente, es esto un punto que se ha despreciado hasta hoy, resultando de aquí, en unos, negligencia y tosquedad; en otros, delicadeza excesiva y glotonería.

Se establecen escuelas para enseñar á las niñas á tejer, á coser, á bordar, cosas todas excelentes en sí mismas; pero para nada se piensa en darles también algunas nociones sobre economía doméstica, sobre todo la que constituye los deberes de la verdadera mujer del hogar, y sin embargo, nadie podrá negar que el estado sanitario y el bienestar en general dependen mucho de este último punto.

Las primeras facultades que se forman en nosotros, son los sentidos, decía Rousseau: son pues, las primeras que debiera cultivar. Sería preciso enseñarnos, por decir así, á sentir, porque no sabemos ni tocar, ni ver, ni oír sino como hemos aprendido. Esta educación de los sentidos, se emprende á hacerla hora, no solamente como los primeros discípulos de Pestalozzi, Harnisch, Turk, Grasmann, por medio de la palabra, sino por una serie de ejercicios físicos que habitúan al niño, desde luego á «distinguir» las percepciones diferentes y más tarde á «graduar» las percepciones análogas. Así, para la vista, hay sistemas de pequeñas tablitas, sea pintadas ó forradas de lanas de color de manera que se puede formar una gama completa de los siete colores fundamentales y sus matices. Al niño se le enseñan primero no más los colores distintos y después los matices bien definidos; más tarde se le da dos, tres siete á ordenarlos partiendo del más claro al más obscuro. Para el oído, el mismo ejercicio con ayuda de laminitas de metal diferente que se hacen sonar contra la mesa sin que el niño las vea. Debe distinguir entre dos ó varios sonidos, el más agudo ó el más grave, el del talón, el fierro, el cobre, etc. Una serie de frasquitos conteniendo líquidos y perfumes usuales le hará discernir los sabores, olores, estado, densidad de los cuerpos etc. En fin, se le hará manejar varios pesos, todos de aspecto parecido, teniendo la forma de mancuernas de gimnasia, pintadas de negro, pero unas de madera hueca y otras de madera más ó menos pesada, otras llenas de plomo, etc. Otros ejercicios le harán distinguir el grado de pulidez ó aspereza de los cuerpos; por otros juzgar de las longitudes, formas, dimensiones calculadas á distancia; otros corregir los errores ordinarios de los sentidos, etc. Es inútil insistir sobre los detalles que pueden evidentemente variarse de mil maneras: basta indicar el procedimiento.

El objeto principal de esta gimnasia de los sentidos, destinada sobre todo á la familia á los jardines de los niños y á las primeras clases de la escuela primaria, es de desarrollar y perfeccionar por un método racional y progresivo, partiendo de la educación de los sentidos, todas las facultades intelectuales del niño, y de prepararlo también á la instrucción propiamente dicha, empleando para el efecto estos tres años tan preciosos y tan á menudo perdidos que preceden á la entrada de los niños á la escuela.

No vamos por esto á recomendar la introducción de este método en la escuela primaria propiamente dicha, porque tiene un carácter de innovación, que haría desconfiar aún á muchos maestros,

y porque su empleo exige un material demasiado costoso. Pero si podemos afirmar que el sistema en cuestión, prestará grandes servicios en la familia y en la escuela de párvulos.

Por último, en la escuela primaria misma, en las clases inferiores, será muy ventajoso establecer los principios sobre que está basada esta gimnasia de los sentidos é imitar estos procedimientos en cuanto sea posible para seguir convenientemente la educación comenzada.

3.—MODO DE VOLVER ATENTO AL NIÑO.

La educación de los sentidos, entendida como acabamos de decirlo, es la base de la educación intelectual.

Pero no hay que engañarse respecto de esto y recordar todo cuanto hemos dicho precedentemente; la acción de los sentidos, tiene necesidad para ser eficaz, de ser estimulada por la atención, así como de la acción de la inteligencia.

Sin el auxilio de esta facultad, la inteligencia sería estéril, por que la atención es el modo de acción, es el *resorte* de la inteligencia. Desde la más simple mirada arrojada sobre los objetos que nos rodean, hasta los razonamientos más abstractos y más complicados, hasta las operaciones intelectuales más difíciles, no hay idea completa ni precisa sin una atención más ó menos pronunciada.

Toda enseñanza será inútil y quedará sin resultado si la atención no está despierta; el niño tiene oídos, pero no oye, y en su distracción es absolutamente incapaz de obtener un conocimiento cualquiera. Uno de los primeros deberes de la educación es, pues, *despertar, fijar y dirigir la atención*. La naturaleza nos indica la marcha que se seguirá en esta operación. Los objetos que nos interesan son los únicos que atraen nuestra atención. Es necesario entonces ofrecer á la intuición del niño, objetos materiales, objetos que hieran vivamente sus sentidos. Naturalmente que no comprendemos aquí sola y exclusivamente la intuición llevada hacia los objetos sensibles; comprendemos también la narración de aconteci-

mientos puestos á su alcance y que se puede con la ayuda de expresiones convenientes, hacer tan sensibles á sus ojos, que parecerá, como si dijéramos, que los toca con la mano. De esta manera se enseñará al niño á darse poco á poco cuenta de las nociones, de las ideas abstractas y muy pronto éstas le parecerán lo suficientemente interesantes para cautivar su atención. Por otra parte, añadirá un interés especial á todo lo que produzca por sí mismo; así como volverá un objeto de la mayor atención todo aquello que pueda imitar ó reproducir. Este poderoso medio de acción, se encontrará desde el momento en que se le enseñe á escoger, clasificar y ordenar los materiales que tienen que ser elaborados; desde el momento en que se le enseñe á despertar la voluntad, á estimular la fuerza, para dirigirlo á un trabajo interior y espontáneo. Sería cruel contrariar á la naturaleza y pretender exigir de un pobre niño que fijase su atención durante más ó menos tiempo, *sobre el mismo objeto*. Conviene variar tanto como sea posible la elección de las causas sobre las que se quiere llamar su atención.

Pero á paso y medida que su fuerza se desarrolla, se cuidará de tenerlo más largo tiempo con la atención fija sobre el mismo objeto; se le exigirá que lo mire atentamente, que lo examine bajo sus diferentes aspectos y que haga respecto de él, diversas operaciones intelectuales. Es necesario también cuando se trate de niños de corta edad, evitar escrupulosamente todo lo que pueda distraer su atención y jamás ocuparlos de diferentes objetos al mismo tiempo. Más tarde será cuando pueda habituárseles á fijar su atención sobre varias cosas á la vez, y aun en este caso es necesario obrar con prudencia, por temor de provocar por una demasiado pronta acumulación de ideas, una instrucción mal dirigida, un saber superficial, una deplorable ligereza de exámen.

No hay que perder de vista que la atención no se domina, sobre todo, tratándose de los niños, que son la distracción personificada; debe fijarla el atractivo que arrastra consigo la voluntad.

Y el atractivo, ¿cómo entretiene? Por la variedad: variedad en los asuntos tratados, variedad en los ejercicios, variedad en los procedimientos puestos en planta, variedad en la palabra del maestro, variedad en todo y por todo.

El atractivo duplica las fuerzas, y entre los niños que son débiles, tiene la ventaja de prevenir la fatiga.

Muchos maestros montan en cólera y abruman á los niños con reproches y castigos, cuando el carácter veleidoso de su espíritu ó

una supuesta pereza, dejan la lección sin resultado. ¡Cuántos de estos maestros serían más justos si se acusaran á sí mismos, porque su ignorancia, su inexperiencia ó su falta de preparación son la causa de la desatención de la clase!

4.—DE LA CULTURA, DEL JUICIO Y DEL RAZONAMIENTO.

Los sentidos y la conciencia, estimulados por la atención, son las causas generatrices de nuestras percepciones, de nuestras ideas; pero tener percepciones es nada ó es poca cosa; es necesario tenerlas justas y á esto es á lo que tiende el ejercicio del *juicio* y del *razonamiento*.

La justicia de nuestras ideas depende de su exactitud y su precisión, este doble carácter es el que el maestro debe fijar cuidadosa é incesantemente en las ideas de los niños; que multiplique á este efecto las experiencias directas, las demostraciones de todo género al alcance de sus jóvenes oyentes.

Si llegan de la casa paterna con nociones vagas, confusas ó erróneas sobre un asunto cualquiera, se debe á todo trance restablecer la verdad y la realidad en sus derechos inatacables.

El maestro que se mostrara descuidado á este respecto, faltaría gravemente á su misión y sería más culpable aún si en sus lecciones, por apatía ó ignorancia, enseñara errores ó no se tomara el trabajo de averiguar si sus discípulos no habían interpretado torcidamente sus explicaciones.

El ejercicio del juicio tiene su esencia en la pesquisa de las relaciones existentes entre las cosas materiales ó inmateriales, del encadenamiento de las ideas y de las verdades.

Pero precisamente porque este trabajo tiene una importancia capital, una influencia decisiva sobre la rectitud del juicio, es indispensable que se ponga en él el mayor cuidado, la atención más escrupulosa.

Es necesario, pues, enseñar al niño á buen tiempo á no afirmar, negar, ni comparar, etc., más que á sabiendas, y después de madura reflexión: es el mejor medio para combatir la ligereza en los juicios, causa de tantos errores. Y por último no hay que olvidar que la ligereza en los juicios tiene una gran afinidad con la ligereza en las palabras y en los actos.

No hay necesidad para cultivar el juicio, de entregarse á las abstracciones áridas y desprovistas de encanto para los niños; basta recurrir á causas al alcance de todos, que se enuncie una serie de proposiciones cuyo encadenamiento sea de una lógica perfectamente real y clara; el niño, por poco inteligente que sea, no se engañará; buscará la relación y la encontrará sin trabajo; aun encontrará placer en esto y se acostumbrará insensiblemente al *razonamiento*. La *inducción* y la *deducción* en poco llegarán á serle enteramente familiares.

El papel del juicio y del razonamiento es de averiguar los motivos de nuestras acciones y opiniones. Esto dice bastante bien cuanto importa ocuparse de la formación de esta facultad desde el momento en que se despierta, es indispensable dirigirla con prudencia é impedir sus extravíos. Esta facultad ocupa un rango demasiado elevado entre las facultades intelectuales; es, por decirlo así, la reina de las demás facultades; es la que censura á las otras, la que les pide razón de todo, la que no admite nada que no sea suficientemente examinado, justificado, probado ante sus ojos. Entre más desarrollado está el alumno, más se aproxima, por decirlo así, á la edad de la razón; porque combina un número siempre creciente de juicios, de los que él saca las consecuencias, con la ayuda de las cuales se forma á sí mismo principios generales. Todo lo que la educación ha hecho hasta aquí ha debido contribuir á volver al alumno más razonable y á enseñarle á razonar convenientemente. La educación no tiene otro objeto que obtener un juicio prematuro, sin descuidar las otras facultades del alma, sino preparar al niño á ser un día capaz de pensar y obrar razonablemente. Si en nuestra infancia se trabajaba más en formar nuestro juicio que en ilustrar nuestro espíritu, nosotros iríamos más allá, y seríamos más justos con nuestros semejantes, más exactos con nuestros deberes.

Los padres y maestros ejercitarán la razón naciente de sus

educandos con el fin de buscar y descubrir las causas, y á darse cuenta de los efectos producidos. Así llegarán á destruirse los gérmenes de esta indiferencia ó ligereza con que muchos hombres tratan asuntos de verdadera importancia; se les habituará á tener voluntad propia y en una palabra, se libertará á la sociedad de esos seres apáticos incapaces de tener una opinión personal, que se dejan llevar por el capricho de otro, semejantes moluscos que se adhieren á la roca en donde las arroja la ola.

Ejercitar el juicio y el razonamiento del niño es llevarlo de la mano por el camino de la *razón* y del *buen sentido*. Hay que guardarse de emplear con ellos medios rutinarios y no descuidar nada para hacer del alumno un ser sensato y moral; todo lo que lea, todo lo que aprenda de memoria debe ser perfectamente explicado y comprendido y cada vez que la ocasión se presente, se hará de modo que saque la conclusión moral de la lección.

Las verdades conocidas, deben conducirlo á *las verdades* que se le van á enseñar. La atención al principio, debe ser atraída según el orden y el encadenamiento de las materias; cuando se le conduce á hacer un razonamiento, es necesario hacerle volver sobre sus pasos y hacerle encontrar el punto defectuoso. Los diversos ejercicios escolares no deben jamás ser de prácticas maquinales ni de pura memoria, sino operaciones razonadas. Esto será siempre posible cuando se tiene cuidado de elegirlos bien y adaptarlos al alcance del alumno.

No llevaremos por esto las cosas hasta la necesidad, cuando se presente el medio de hacer un razonamiento, debe hacerse; pero sin afectación.

5.—DE LA CULTURA DE LA MEMORIA

(ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS) Y DE LA IMAGINACIÓN

LA MEMORIA.



Valiéndose muy á menudo de los ejercicios de intuición y aun enseñando nociones abstractas cuando el niño está más adelantado, se hace pasar al dominio de la imaginación, los objetos que se perciben por los sentidos y los conocimientos adquiridos por la inteligencia. El cuadro se reproduce fielmente del exterior al interior, como en la operación física de la Cámara oscura. Pero con la diferencia de que en la cámara oscura, la impresión persiste, aun cuando se haya alejado el objeto, cuando se ha cesado de pensar en la cosa estudiada.

La imaginación conserva pues las imágenes, y combinándolas de diferentes maneras produce nuevas representaciones, que bastaría realizar en el exterior para crear las cosas tales como existen en ella.

Por la *memoria* que á menudo se ha confundido con la *imaginación reproductiva*, el hombre recuerda lo que ha llegado á conocer y hace notar al mismo tiempo las relaciones que hay entre lo que conocía con lo que ha conocido.

Sin la memoria no quedaría en nosotros ninguna idea; toda intuición dejaría de ejercer su influencia en el momento mismo en que se detuviera su acción.

En una palabra, sin la memoria, toda cultura intelectual, todo conocimiento histórico sería imposible.

Los mejores medios de perfeccionar la memoria, son los ejercicios por intuición repetidos con persistencia, con el cuidado más escrupuloso, con una grande prudencia. Se procederá naturalmente conforme á los principios didácticos, yendo de lo fácil á lo difícil, de lo simple á lo compuesto.

Por otra parte, se ha establecido que para grabar una cosa en la memoria, es necesario tener una intuición clara y precisa; de lo que resulta que *para retener es necesario comprender lo que se quiere confiar á la memoria.*

Importa evitar el sobrecargar la memoria con alimentos indigestos, amontonados con tan poco cuidado como inteligencia y gusto, y ejercer esta facultad con detrimento de las demás.

Aconsejamos, pues, comenzar á buen tiempo los ejercicios de memoria, puesto que con la edad, esta preciosa facultad del alma, se vuelve menos susceptible de cultura.

He aquí, á propósito de esto, algunas reglas cuya observación recomendamos:

1º. Habituar al niño á mirar con atención y á observar bien los objetos con que se encuentre.

2º. Habituarlo á hacer reflexiones sobre los objetos que ve;

3º. Dadle los nombres apropiados á los objetos que haya observado;

4º. No le habéis al principio más que de los objetos que están realmente presentes; haced de modo que cualquier tiempo después reconozca esos objetos y se acuerde de lo que se ha hablado de ellos; no dejéis de repetirle su nombre hasta que lo retenga para siempre;

5º. No le hagáis mención de los objetos que no se encuentren ante su vista, sino hasta que os hayáis convencido de que los objetos presentes y el nombre de ellos, se han grabado profundamente en la memoria del alumno.

6º. Para hacer recordar al niño el pasado, he aquí el procedimiento que hay que seguir: se le conducirá del día de hoy, del pre-

sente al que acaba de pasar, á la víspera; de la víspera á la semana pasada; de la semana al mes que terminó, etc., etc.

7° Es también un excelente medio de perfeccionar la memoria encargar al niño diversas comisiones, obligando desde luego á repetir lo que se le ha encomendado decir;

8° Procúresele á menudo la ocasión de mirar atentamente diversas formas y oblíguesele en seguida á que las describa ó reproduzca con los ojos cerrados. Del mismo modo se le podrá ejercitar haciendo que reconozca á las personas por sólo el sonido de la voz;

9° Teniendo el niño predilección por oír cantar historietas, aprovéchese esta disposición para formar la memoria. Que él á su vez ensaye reproducir la narración, sea hasta un punto determinado, sea hasta el fin. Es por demás decir que, al principio no se debe ser exigente, ni con respecto al encadenamiento de las ideas ni relativamente á las expresiones empleadas.

No será poco avanzar con que retenga los nombres de los principales personajes y los hechos más importantes; más tarde, se ocupará en perfeccionar su lenguaje, mejorar su dicción y reproducir los detalles.

La imaginación.

La imaginación es la facultad por medio de la cual conservamos y combinamos las imágenes de los objetos que han fijado nuestra atención.

Se ve, desde luego, cuánto importa rectificar las imágenes que se acumulan en la memoria de los niños, con qué cuidado es preciso vigilar sobre las ideas que se siembran en este terreno tan fértil, desenvolver éstas, depurar aquellas, no permitir, en fin, que la zizania perjudique el buen grano.

Es preciso, sobre todo, ocuparse con toda oportunidad de esta obra, porque á la edad de tres ó cuatro años, los rasgos de la imaginación infantil son más notables. Ha adquirido mucho ya, y los efectos de la simple naturaleza no son bastantes para discernir; pero esta edad es la sola en que se observan ciertos fenómenos exclusivos de la imaginación.

La cultura de la imaginación comienza, en realidad, mucho antes de la educación literaria, y los recreos son quizá el principal medio. Con todo, hay muchos escollos que evitar. Se puede dejar

esta facultad fría y pasiva como se le puede encender y llegar á entorpecerla á fuerza de excitarla.

Es, pues, importante asegurarse si el esfuerzo de pensar no ha fatigado al niño, evitar con muchísimo cuidado los recreos muy largos que lo llevarían al mismo resultado, proporcionar sin cesar á sus fuerzas intelectuales los alimentos que pueda asimilar y prestar atención muy especial á dirigir la imaginación, esta facultad preciosa de lo que depende más ó menos la existencia feliz ó desgraciada del niño.

CAPÍTULO V.

METODOLOGIA GENERAL.

- 1.—DEL MÉTODO.—EL MÉTODO SE DERIVA DE LA PSICOLOGÍA Y SE BASA EN LAS LEYES DE LA EVOLUCIÓN MENTAL.

Hemos dicho en el Capítulo I que la *pedagogía* es la ciencia y arte de la educación.

La *metodología* no es una ciencia distinta, independiente de la pedagogía; forma, al contrario, parte integrante, porque se ocupa de las leyes y método que hay que seguir en la obra de la educación.

Hemos pasado en revista, diferentes principios, ejercicios y medios propios á la cultura intelectual.

Nos queda por examinar otro medio de cultura, que se relaciona íntimamente con la metodología: es la *enseñanza*.

La enseñanza.

¿Qué es la enseñanza? Es la comunicación de conocimientos por medio de la palabra.

¿Qué objeto se persigue en la enseñanza? Este objeto es doble; ¿comprende la *instrucción* y la *educación*? Sin embargo, la instrucción no tiene la importancia de la educación; ella constituye un *medio*, necesario si se quiere, pero inferior al *fin*, que es la educación.

La enseñanza, en general, tiene por misión estimular las facultades del alma; el hombre le debe casi todos los conocimientos que posee, es también la enseñanza quien desarrolla las facultades intelectuales y morales.

No es, pues, necesario decir más en abono suyo, sobre el papel de la enseñanza para hacer comprender su importancia, mejor dicho, su necesidad.

Todos los países civilizados tienen una enseñanza, comprendiendo tres grados bajo denominaciones que varían seguido, pero que pueden traducirse así: enseñanza *primaria*, enseñanza *media* y enseñanza *superior*.

Todo el mundo, hombre ó mujer, rico ó pobre, debe comenzar por la instrucción primaria para abordar no importa qué estudios;

esta cultura es, pues, la sola que pueden recibir mayor número de individuos, sin atender á la condición social de sus familias; está reconocido, en fin, por los que han frecuentado establecimientos de cursos medio y superior, que el éxito depende, en gran parte, de la buena ó mala enseñanza primaria que han recibido.

Estas razones ponen de manifiesto la alta importancia, desde el punto de vista individual, de la enseñanza primaria que podría ser llamada enseñanza universal.

Esta importancia no es menor desde el punto de vista social, porque la enseñanza primaria levanta el nivel de instrucción de las masas; hace adquirir también, á cada uno de nosotros, las cualidades y aptitudes necesarias para atender á nuestros intereses; hace de nosotros buenos ciudadanos y hombres morales; en una palabra: contribuye al progreso de la *civilización*.

Pero esto es una consecuencia invariable de la enseñanza primaria? No, es preciso para alcanzar el objeto que hemos hecho entrever, maestros que reúnan todas las condiciones de ciencia, inteligencia y vocación; es indispensable, sobre todo, que esos maestros procedan con *método*.

El método.

En lógica, se define el *método*, «el conjunto de reglas que seguir ó medios que emplear para descubrir la verdad cuando se ignora, ó demostrarla cuando se posee.»

Nosotros llamaremos más simplemente al método, un conjunto de medios combinados de manera á conducir más segura y prontamente al fin que se propone alcanzar la enseñanza.

Si se procede al acaso en las investigaciones en las cuales se dirige, no se tiene ninguna probabilidad de llegar al descubrimiento de hechos y verdades cuya consecuencia forme una ciencia. Así cuando se ha comenzado á querer darse cuenta de hechos de observación difícil, se ha debido arreglar de acuerdo con cierto orden. En consecuencia, los sabios que han consagrado su existencia á descubrimientos y estudios áridos, han querido hacer aprovechar la experiencia que ellos han adquirido, á las generaciones llamadas á continuar su tarea, han dejado indicaciones, consejos, que han sido experimentados con fruto. Es así como se ha llegado poco á poco á poseer verdaderas teorías de conjunto sobre el método en general, y sobre métodos aplicables á diversos ramos en particular.

Que el método sea de una grande utilidad, es una verdad que nadie piensa poner en duda; más bien se ha llegado á exagerar la

importancia y eficacia del método, á creer que él puede, en cierto límite, suplir la inteligencia y la voluntad: él viene, les llega solamente como poderosa ayuda, nada más.

Las reglas, principios y axiomas, cuya observancia es necesaria para obtener éxito en una enseñanza cualquiera, no son de ninguna manera arbitrarias; son esencialmente fundadas en la naturaleza del hombre, y tienen las relaciones más íntimas con su desenvolvimiento intelectual.

El método se deriva de la psicología y se basa en las leyes de la evolución mental.

Es lo que veremos en la exposición de los principios fundamentales que comprende.

2. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE UN BUEN MÉTODO DE ENSEÑANZA ELEMENTAL.

Es casi una banalidad decir que importa enseñar cada una de las materias del programa de las escuelas elementales de la mejor manera y por los métodos más adecuados.

La dificultad consiste en saber reconocer y aplicar los mejores métodos.

Un método de enseñanza elemental puede ser declarado bueno, si es racional, lógico; si está basado sobre principios en armonía con la edad, la fuerza física, grado de inteligencia y de instrucción, necesidades y tendencias naturales del niño; si al mismo tiempo que el fin utilitario é inmediato de los conocimientos que se adquieren por medio de él, encamina hacia un fin moral é intelectual, en una palabra: si se prestan á la vez que á la educación, á la instrucción, sin perjudicar, no hay que olvidarlo, el desarrollo corporal ni el desenvolvimiento de las fuerzas físicas.

Pero estos no son sino los caracteres generales que exigen ser precisos y que serán con ventaja, descompuestos en un gran número de preceptos de un alcance más restringido.

Los principios que hay que observar son relativos: 1º al maestro; 2º al discípulo; 3º al objeto de la enseñanza.

10—PRINCIPIOS RELATIVOS AL MAESTRO.

A.—El maestro debe mostrar que toma realmente interés en lo que hace.

Todo trabajo hecho contra la voluntad, difícilmente tiene buen éxito. Mientras más ardor y constancia demuestre el maestro, mejores resultados obtendrá. El interés que pone el maestro en sus funciones da á su tarea claridad y calor y hace fructuosa su enseñanza.

La ausencia de esta cualidad enjendra el fastidio y la indiferencia en la clase.

El maestro que quiere el bien de su escuela, debe forzosamente excitar, mantener, aumentar en sí mismo ese interés real, sin el cual no es posible el buen éxito.

No he dicho sin intención *interés real*; hoy también disimulado, ficticio y éste, lejos de ser útil, no sirve sino para embrollar la enseñanza.

Por más que se muevan sentimentalmente los ojos para todas partes, que se arrojen lamentables suspiros, que se junten las manos con transporte, que se golpee con energía sobre la papelera, y que se tome una actitud teatral, todo eso no prueba absolutamente que el maestro tenga un interés vivo y serio en su enseñanza. Piénsese con qué penetración el niño discierne la falsedad y la vanidad de todas esas demostraciones.

Es preciso estar bien preparado antes de entrar á clase.

El éxito de una lección cualquiera, depende en gran parte de la manera como ha sido preparada. Esta preparación se hace de *dos maneras diferentes*: Hay desde luego el trabajo por el cual el maestro abraza en sus estudios privados toda una sección de ciencia, una parte más ó menos grande del conjunto á efecto de profundizarla, de hacérsela familiar y grabársela en la memoria.

Esta preparación, que yo llamaría *preparación mediata*, consiste por ejemplo, en una lección de historia, en estudiar á fon-

do una serie de hechos, que tienen toda relación entre ellos, y de los cuales el maestro debe necesariamente estar á punto de apreciar los efectos para poder presentarlos á sus alumnos con un encadenamiento conveniente, á fin de que ellos obtengan de esta enseñanza ventajas reales.

Sucede lo mismo con todas las otras ramas.

La preparación remota es indispensable por todo el tiempo que con la experiencia y la práctica suficientes el maestro llegue á poseer de una manera absoluta todos esos conocimientos sin tener necesidad de acordarse de ellos á cada instante. A esta preparación se junta otra, la *preparación inmediata*, es decir, la que precede á cada lección y que es objeto de ella.

La preparación inmediata ó próxima, no trata más que de una parte de la materia estudiada sobre lo que se va á tratar en la lección.

Para las clases inferiores, esta preparación consiste en recordar lo que los alumnos han visto ya en las lecciones precedentes, á fin de proceder al estudio de otro asunto nuevo sin dejar huecos en su espíritu. De esta manera se afirman en los conocimientos ya adquiridos y se graban más profundamente en su memoria á fuerza de repeticiones.

En las divisiones inferiores de una clase elemental reclama menos preparación del maestro, la materia que la marcha debe seguir, la manera de proceder, mientras que en las divisiones superiores es lo uno y lo otro. Así, lo que se debe enseñar sobre todo á los discípulos de estas divisiones, sobre geografía, historia natural, por ejemplo, son descripciones biográficas y narraciones que encierren muchos detalles que el maestro debe tener presentes en el espíritu y cuya exposición conveniente exige, además de conocimientos precisos, mucho discernimiento y prudencia.

C.—Es preciso estudiar constantemente bajo nuevas faces las mismas materias de enseñanza.

Por mucho cuidado que se tenga en el estudio de un ramo de enseñanza, no es posible abarcarlo en toda su magnitud ni profundizarlo en todas sus fases; siempre, al dar su lección el maestro concienzudo, encuentra más de un punto que para él no tiene aún toda la claridad que deseara. Se necesitaría afiliar entre los mercenarios á aquel que desde el principio hasta el fin del año desempeñara su tarea de la misma manera, en las mismas proporciones,

en los mismos términos quizá, y que no cuidara absolutamente los desarrollos nuevos que en su materia pudiera dar. Como un músico ambulante con su organillo repetirá sin cesar y en el mismo tono un canto aprendido maquinalmente. Esta maniobra automática revelaría falta de corazón y semejante modo de obrar no ejercería ninguna influencia sobre el ánimo de los discípulos.

D.—En volviendo á tratar una materia que ya lo haya sido una ó dos veces, es preciso evitar cuidadosamente las faltas cometidas anteriormente y dar á la instrucción el mayor desarrollo posible.

El maestro sería más que un hombre si no se equivocase nunca, si no cometiera el más pequeño error. Es preciso disculparlo, si no siempre está en lo justo. Pero nunca podrá escapar de este peligro si no trata *de conocer*, y por consecuencia evitar, en lo porvenir los escollos en los cuales ha caído.

Para llegar á este extremo, el maestro debe observarse atentamente; despojándose por completo de su amor propio, le es preciso examinar su enseñanza con rigor é imparcialidad, arrojar sin vacilar los errores que encuentre por bien, que debido á su larga práctica se le hayan hecho familiares y aún atractivos. Tal acto exige no solamente una gran potencia intelectual, sino una fuerza moral que falta muy á menudo á los jóvenes principiantes. Un examen atento, pesquisas activas, una selección concienzuda, una crítica severa acabarán por llevar al maestro á buen resultado.

E.—Es preciso dignidad y energía.

Esta regla es de la más alta importancia. A menudo causa admiración que maestros instruidos y concienzudos y enteramente dedicados, no obtengan en sus escuelas los resultados que serían de esperar. Ese fenómeno se explica perfectamente: esos maestros no emplean en sus funciones la firmeza y la dignidad suficientes.

La juventud misma, objeto de los cuidados y de las lecciones, la juventud reclama de los maestros una conducta firme segura y siempre digna.

Todo lo que es débil, incierto, vacilante, no le impone respeto en lo absoluto. Es increíble cómo una justa severidad, una voluntad fuerte, y un carácter decidido de parte del maestro, pueden venir en ayuda de la enseñanza. Y no se quiera reemplazar estas cualidades con una dulce indulgencia, con una amabilidad fingida, ni con una

benevolencia que tolera y perdona todo, pues esto sería una vanidad fuera de caso.

No se puede negar, esto depende de las disposiciones del maestro, pero por poco que ayude la naturaleza, se consigue, al menos en cierto grado, adquirir las cualidades requeridas.

Es preciso el atractivo en las lecciones.

Sujetándose puntualmente á las reglas que acaban de ser indicadas, pocas veces la lección carecerá de interés. Quedan, sin embargo, otras muchas cosas que se deben observar: El exterior, la manera de ser del maestro, puros dones de la naturaleza, contribuyen singularmente á excitar y levantar en los alumnos el ahinco por el estudio. Es como una fuerza misteriosa que los atrae suavemente hacia los objetos que se les muestran.

El maestro es semejante entonces á un imán que tuviera un polo de atractivo.

29.—PRINCIPIOS DIDÁCTICOS QUE SE RELACIONAN CON EL DISCÍPULO.

A.—Es necesario que la enseñanza sea elemental y no científica.

Para comprender bien este principio y aun para aplicarlo con justicia, importa mucho conocer la diferencia que hay entre la enseñanza elemental y la científica.

Cada una de las maneras de transmitir á otro los conocimientos, puede tener sus ventajas, todo depende del grado de inteligencia de los discípulos y de otras condiciones que pueden encontrarse.

Se comprenderá fácilmente lo que debe ser la enseñanza elemental en la escuela, si se figura la multitud de objetos que se presentan al espíritu de un niño, y si se calcula el trabajo necesario á su débil inteligencia para conocerlos bien. En cuanto se haya formado una justa idea del alcance de la inteligencia del niño y que sepan apreciarse las formas de su lenguaje, se adaptará y proporcionará su enseñanza, y esta enseñanza será *elemental*.

B.—La enseñanza debe ser sólida y racional; no deben inculcarse conocimientos superficiales.

La solidez del saber puede ser considerada, desde el punto de vista de la extensión, de la instrucción, de la bondad del método,

de la aptitud del maestro para transmitir los conocimientos al discípulo.

Sentado esto, se comprende fácilmente que la solidez del saber en los hombres hechos, puede ser enteramente distinta de la de los niños, y que por lo mismo tiene que haber una gran diferencia entre el maestro y los alumnos respecto á los conocimientos y la manera de proceder. Esta es una cosa de la que el maestro tiene que darse cuenta, es necesario que sepa ponerse en relación con la edad, la condición, etc., etc., de sus alumnos.

El maestro evitará emplear el tiempo de la clase, en anécdotas que sin duda divierten á su pequeño auditorio; pero que no les presta ninguna utilidad, y que por naturaleza debilitan las facultades poniendo al niño en estado de no asistir con fruto á una lección seria y que exija esfuerzos de inteligencia.

Por otra parte, el maestro debe ponerse en guardia contra la acusación fundada de enseñar superficialmente, lo que hace cuando se limita á comunicar á sus discípulos conocimientos vanos, cuando da continuamente nociones vagas, explicaciones generales, cuando descuida hacer ejercicios prácticos y aun mecánicos suficientes para que los nuevos conocimientos se insinúen y se afirmen en la inteligencia. Se constituirá un deber enseñar las diferentes ramas de una ciencia, de una manera sólida y racional.

C.—Es necesario tanto como sea posible, proceder de una manera intuitiva.

La primera actividad del espíritu, es provocada por los sentidos; la intuición es pues el primer medio y el más racional para desarrollar activamente la parte intelectual.

El maestro debe proceder conforme á este principio. Aunque la intuición se aplica especialmente á la enseñanza elemental, es un error creer que no pueda alguna vez aplicarse á una enseñanza más elevada. Aun entre los adultos facilita la concepción de una manera prodigiosa. Igual error sería imaginarse que sólo pudiera ser aplicable á determinados ramos solamente; todos son en cierto grado susceptibles de ser desarrolladas en este medio tan eficaz para profundizar la materia enseñada.

D.—Es preciso no fijar la atención sobre los discípulos á quienes la naturaleza ha dado talento y otras disposiciones naturales; por el contrario, hay que favorecer á los más débiles y á los más mal dotados.

Ninguna consideración de vanidad, dice Mr. Renan, debe arrastrar al maestro á hacer salir su enseñanza de los límites en que la encierra la prudencia.

Debe, ante todo, ponerla al alcance de las inteligencias que deben recibirla, al alcance de todos, porque su tarea no es formar esos pequeños prodigios que, por haber demostrado en su infancia una inteligencia prematura, no dejaron á menudo de ser hombres muy vulgares, sino satisfacer el voto general de la sociedad distribuyendo á todos una parte igual de cuidados y de instrucción.

El perfeccionamiento de la mayoría, es para el maestro una gloria más grande que el desarrollo extraordinario de unos pocos.

Es preciso dirigir á los alumnos de manera que por sí mismos, por sus propias reflexiones y con ayuda de los conocimientos ya adquiridos, consigan la posesión de la noción que se les quiera comunicar.

Es posible que por su sola reflexión, aunque sea dirigida por el maestro, el niño consiga adquirir los conocimientos que debe tener.

No puede encontrar más que lo que tenga relación con una instrucción, con una idea, con una representación anterior, con una consecuencia sacada de la observación de un hecho, ó en fin, de la conclusión de los conocimientos ya adquiridos.

El medio por excelencia de facilitar el ejercicio de la reflexión, son las preguntas.

Es preciso grabar en la memoria de los discípulos, si no todo lo que se les ha enseñado, al menos lo esencial.

La memoria, aunque no hace al hombre apto para concebir ó para juzgar, es sin embargo una facultad importante, sobre todo, para aquellos que por la instrucción quieren llegar á cierto grado de superioridad intelectual.

Esta facultad es la que conserva lo que le ha sido confiado para hacer de ello ulteriormente según la necesidad ó la voluntad.

¿De qué servirán todos los conocimientos posibles, si en el momento de aplicarlos, no se tienen presentes en la memoria?

¿Qué serían los principios y preceptos más propios para dirigir al hombre en sus acciones, y para estimularlo á hacer lo que es justo, bueno, si no vienen á su memoria cuando es arrastrado por las impetuosas pasiones? Su voluntad necesitaría entonces de este apoyo para no sucumbir

¿De qué sirve conocer las verdades sublimes en las cuales el hombre, agobiado por la desgracia, debe buscar fuerza, firmeza y confianza en Dios y en su Divina Providencia?

¿De qué sirve, decimos, conocer esas verdades, si no está uno en estado de acordarse de ellas en un momento oportuno para poner en provecho de la influencia saludable que ejercen en nuestro pensamiento, nuestra voluntad y nuestras acciones? Es casi inútil hacer notar que se facilita el trabajo de la memoria explicando convenientemente la materia que debe ser aprendida de memoria ó cuyo contenido se trate de retener, poniendo al niño en disposición de darse cuenta del encadenamiento y coordinación de las ideas.

No podemos dejar de recomendar encarecidamente los siguientes puntos:

1.º Resumir al fin de cada lección y en frases muy cortas, los puntos principales que han sido tratados; 2.º recordar sucintamente al principio de cada lección nueva, el asunto desarrollado en la lección precedente; 3.º hacer repeticiones periódicas cada mes, ó cada tres meses.

G.—Es necesario no enseñar nada á los alumnos, que no estén en estado de comprender, y no darles jamás nociones sobre cosas que para ello carezcan de valor.

No hay que forzar la inteligencia. Para que el alumno comprenda ciertas cosas, su inteligencia debe haber alcanzado cierto grado de madurez, y sus facultades, desarrolladas por ejercicios convenientes, deben haber llegado á un punto suficiente de perfeccionamiento. A veces se nota que tal alumno no llega jamás á concebir ó aprender de memoria lo que tal otro comprende y retiene sin dificultad; no se puede, pues, desear que un niño nuevamente entrado á la escuela marche tan de prisa como los que la han frecuentado de algún tiempo atrás.

Es necesario, como acabamos de decir, que las facultades intelectuales maduren, y que el alumno haya recibido la enseñanza pre-

liminar indispensable para poder seguir con conocimiento de causa una enseñanza más avanzada.

Así, sería malo exigir de un alumno que hiciese una redacción antes de estar familiarizado con la ortografía usual, sin conocer los principios sobre que descansa la puntuación y la unión de las frases, ó sobre una materia que no le es suficientemente conocida, etc.

El segundo punto no merece menos la atención del lector. Es inútil enseñar á los niños cosas que no les ofrecen ninguna ventaja, ni para la vida escolar, ni para la carrera futura, y que no tiene ningún valor desde el punto de vista de la educación en general.

H.—Es conveniente habitar á los niños á responder con franqueza, sinceridad, y con amplia libertad.

Es de mucha importancia habitar á los niños á expresar sus pensamientos libre y francamente. Esto se llega á lograr muy difícilmente, sobre todo, en el campo.

He aquí el medio de llegar á ese resultado.

El maestro se acerca á los niños con afabilidad, les habla con dulzura, les dirige pequeñas preguntas á su alcance, sobre objetos que le son conocidos, y los acostumbra así á familiarizarse con él. Se les muestra benévolo, y los lleva á encontrar y reconocer, en cada una de sus diversas relaciones, que quiere ser para ellos un amigo, un verdadero padre.

Desde su entrada á clase, hay que habitar al niño á hablar y á responder en buen castellano; hay que hacerla reemplazar por la voz propia toda expresión local, toda denominación vulgar ó trivial; convendría aún prepararle ejercicios para habitarlo á expresarse convenientemente.

Si sucede que un niño formula una mala respuesta, es preciso que el profesor no se enfade, se arrebate, ó permita á los otros niños estallar en risa ó burlarse de su condiscípulo; por el contrario, hay que animar á los alumnos medianos cuando dan una respuesta casi satisfactoria. Obrando de esta suerte, se les llevará insensiblemente de respuestas fáciles á más difíciles.

3º.—Principios relativos al objeto de la enseñanza.

A.—Es necesario coordinar con cuidado la materia que se va á tratar.

Después de haber hecho una elección juiciosa de la materia que se va á tratar en un ejercicio socrático, interesa determinar rigurosamente el objeto que nos proponemos alcanzar. A este fin nos pregun-

taremos, por ejemplo: ¿Cuáles son las expresiones que quiero explicar hoy? ¿Cuáles son las ideas que quiero desarrollar? ¿Cuáles son las buenas resoluciones que me propongo provocar? ¿Cuáles son los sentimientos que deseo excitar?

Es necesario en seguida reunir las verdades, las pruebas, los argumentos, las explicaciones, las aclaraciones, las conclusiones, etc., que se presentan al asunto de la lección misma y que conducen al fin propuesto. Para que un trabajo de este género produzca buenos resultados, importa que el profesor, antes de luchar para poner orden en el caos, esté rico en materiales y los encuentre con facilidad; debe también dedicarse á distinguir con cuidado las ideas principales de los que son de una importancia secundaria; evitará así el peligro de pecar contra este sabio precepto de la catequética que enseña á no pasar muy ligeramente por la explicación de las primeras para consagrar en seguida demasiado tiempo al desarrollo de las segundas.

Se trata en seguida de coordinar las diferentes ideas de manera que las unas sean preparadas, explicadas, motivadas, provocadas de alguna manera por las otras.

B.—Ir de lo conocido á lo desconocido.

Cuando, desde el principio, se transporta al niño bruscamente fuera de su esfera de inteligencia, le es imposible orientarse. Conducid á una persona vendada de los ojos, en un lugar desconocido; quitadle la venda, esta persona no sabe ni dirigirse ni darse cuenta de su posición: tal le pasa al niño. Importa, pues, adaptar una marcha conforme á este principio: *ir de lo conocido á lo desconocido*. Se crea por este medio un encadenamiento sin interrupción; se facilita así singularmente el estudio.

C.—Tratar el asunto de la enseñanza de manera que lo fácil y lo simple precedan á lo difícil y lo complicado.

Un alimento ligero es de fácil digestión. Comenzad, pues, por presentar al espíritu alimentos que no le puedan incomodar.

La proposición simple ofrece menos dificultades y exige, para ser comprendida, menos explicaciones que la proposición compuesta. Un problema de aritmética que es simple, será resuelto más pronto que un problema complicado. El principio enunciado es, pues, tan natural que toda justificación nos parece superflua.

Una buena exposición exige: 1^o expresión propia; 2^o pronunciación pura; 3^o aspecto conveniente.

Interesa, pues, evitar con cuidado el empleo de expresiones ininteligibles para los niños y tomadas del arte ó de la ciencia. Ni remotamente nos imaginemos por eso dar brillo á la elección y ejercer más autoridad sobre los alumnos: es permitido servirse de tales expresiones en el caso solamente en que ellas se hayan hecho populares, ó cuando no pudiera reemplazárseles sino por frases demasiado largas

Si se examina bien á los niños, para distinguir lo que comprenden de lo que no comprenden, se encontrará que ordinariamente se asimilan más fácilmente las expresiones concretas que las abstractas.

Es preciso no suponer que el honor del profesor exige que sus discípulos se expresen en términos técnicos; lo que hace más bien su elogio es que se enuncien con facilidad, con claridad, sobre los asuntos á su alcance, y empleando palabras de la vida usual, sin por esto pecar contra el lenguaje de los hombres instruidos.

La manera de hablar del maestro no debe jamás abatirse hasta el punto de volverse vulgar ó trivial.

Nadie, quizá, está más expuesto á contraer este defecto, que el profesor rural, sobre todo cuando quiere á todo trance ponerse al alcance de sus alumnos. Debe precaverse contra tal defecto, leyendo buenos autores, atendiendo á la manera de expresarse de las personas más instruidas que él, y habituándose á tomar, cuando no hable en calidad de profesor, un tono distinguido, noble, pero siempre natural.

Hemos tenido más de una ocasión de observar que profesores, por otra parte capaces de preparar y dar una lección, empleaban expresiones muy poco en relación con la dignidad del asunto, y se dejaban así arrastrar á tomar un tono que quitaba todo encanto á la lección.

El maestro que desee hacerse escuchar con placer de su auditorio, evitará hablar con rudeza, gritar, tartamudear, y en fin, dejar intervalos muy largos entre las diferentes partes de una misma proposición. Con todo, como no debe ambicionar el título de orador, que se cuide, alejándose demasiado del tono de la conversación ordinaria, de hablar con *afectación*. Señalaremos también, de paso, la manía ridícula de ciertos profesores que emplean constantemente algunas expresiones de predilección, que se podrían llamar palabras expletivas.

La pregunta es una proposición á la cual faltan una ó varias partes y que debe completar aquel á quien se dirige. Resulta de aquí que cada proposición puede dar lugar á tantas preguntas como partes contenga,

Estando bien coordinadas las proposiciones sobre las cuales se puede preguntar, importa formular preguntas de manera que, cuando hayan sido completadas, el fin de la catequización sea alcanzado lo mejor posible; es preciso, pues, preguntar no sobre todo lo que se preste á preguntas, sino aquello que conduce al fin propuesto. Cada paso que se dé á un lado ó hacia atrás distrae la atención, separa del fin, impide llegar al resultado, ó cuando menos, trae un retardo.

Indicaremos aquí las cualidades necesarias de una pregunta bien propuesta, y las divagaciones que hay que evitar.

Una pregunta debe ser ante todo *corta*, sin perifrasis y desprovista de toda palabra inútil. Esta cualidad es tanto más indispensable cuanto menos desarrolladas estén la inteligencia y la concepción de los alumnos. Ciertos desarrollos preliminares que se da á veces como introducción á la pregunta no forman parte de esta última, y no constituyen una contravención á nuestra regla, atendiendo que sólo son una extensión aparente. Otro tanto decimos de las preguntas que tienen por objeto provocar una repetición de la que se ha dicho anteriormente. Su extensión aparente no puede ser considerada como un defecto.

La pregunta debe ser *simple*.

Todas las preguntas dobles, es decir, las que exigen dos respuestas á la vez, de los niños poco adelantados sobre todo, son defectuosas. En una clase donde haya derecho de exigir más, pueden admitirse preguntas de este género. Hay asimismo ciertos casos en que una pregunta doble es, más que cualquiera otra, propia para ejercitar y fortalecer las facultad del niño.

Una tercera cualidad de la pregunta es el ser *determinada*, es decir, formulada de tal suerte que admita una sola buena respuesta; una pregunta, tomada aisladamente, puede muchas veces carecer de esta cualidad que conserva, no obstante, considerada en sus relaciones con las otras.

Este caso se presenta cuando el profesor debe decir; eso es muy cierto, pero no es de lo que se trata en este momento.

La pregunta debe ser *clara*, debe estar en relación con la intelligen-

cia y la instrucción del alumno. Para ser clara importa precisamente que sea *corta, simple y determinada*; que no contenga expresiones extrañas, y lo menos posible ideas abstractas. La claridad de la pregunta es relativa; una pregunta puede ser clara para tal alumno, mientras que para tal otro no lo es.

Proponer preguntas demasiado difíciles, es arriesgar, desalentar al niño y hacerlo desatento. Hacer preguntas demasiado fáciles, por el contrario, es hacerlo distraído, y quitarle todo interés á la lección. En las clases más ó menos numerosas hay una gran desigualdad entre los alumnos, bajo el punto de vista intelectual; la dificultad de la pregunta debe estar en relación con el grado de inteligencia de aquel á quien va dirigida ó de la mayoría de la clase.

En fin, las preguntas deben estar bien *ligadas entre sí*, bien *coordinadas*. Es necesario que una prepare á la otra, y que la que precede, traiga la que debe seguirle.

No es menos pernicioso ayudar al niño en sus respuestas, proporcionándole una parte de la palabra. Esto da lugar á equívocos ridículos.

f.—Es necesario tener en cuenta los descubrimientos y progresos en los diversos ramos de enseñanza, y conformarse, en cuanto á los métodos, á los mejoramientos reconocidos.

Importa al profesor estar al corriente de los progresos operados en las ciencias que atañen á su enseñanza.

Las opiniones, aserciones y preceptos que difieren notablemente de lo que ha sido generalmente admitido hasta el día en que están aún en oposición formal con los principios adoptados, no deben ser aceptados y aplicados sino con gran reserva y extrema prudencia.

Por otra parte, el profesor debe, sin vacilar, abandonar ideas anticuadas, y no seguir, sea por capricho, sea por rutina, sea por su comodidad, procedimientos condenados por hombres más instruidos y más competentes.

g.—De los diferentes procedimientos generales del método: análisis, síntesis, observación, experimentación, deducción, inducción.

Los *procedimientos* son los medios de aplicación de un método y que deben estar siempre en armonía con ella.

No son sino elementos accidentales; en una misma lección se recurre á menudo, á varios procedimientos del todo distintos unos de otros: el procedimiento es á un método particular lo que la parte es al todo.

Los procedimientos son medios particulares, muchas veces individuales y personales, de que el maestro se vale para aplicar el método; son la explicación, el desarrollo, los medios, la mayor parte materiales, de aplicación.

No debe creerse por esto que se ha de dar poca importancia á los procedimientos; el perfecto conocimiento de estos medios de aplicación, su selección juiciosa y su buen uso son, por el contrario, condiciones *sine qua non* de una enseñanza fructuosa.

Los procedimientos racionales, teniendo por base el mecanismo de las facultades humanas, apropiados á la materia que se va á enseñar, al objeto que se persigue, á la edad del niño, á su grado de instrucción é inteligencia, deben ser los únicamente empleados. Se deben proscribir de la escuela los procedimientos puramente mecánicos que descansan sobre sólo la memoria, ó exigen un trabajo muy fatigoso.

No entra en el cuadro de esta obra estudiar uno á uno todos los procedimientos conocidos; nos limitaremos á enumerarlos, haciendo notar que los nombres bajo los cuales se les designa, dan una idea satisfactoria de cada uno de ellos.

a.—Los procedimientos intuitivo, comparativo, de oposición, etimológico, de razonamiento, descriptivo, de observación interior, repetitorio, sinóptico;

b.—los procedimientos de reproducción, de copia, de imitación, de transformación, de asociación, de análisis, de justificación razonada, de invención;

c.—los procedimientos de corrección por el maestro, por el alumno autor del trabajo, simultáneo, por los monitores, por cambio de cuadernos.

Se reconoce á primera vista que estas tres categorías de procedimientos comprenden respectivamente: 1 ° Los que conciernen al maestro; 2 °, los que son prescriptos á los alumnos en los trabajos sucesivos de las lecciones; 3 °, los que tienen por objeto la comprobación de los trabajos. Los primeros son procedimientos de *exposición*, los segundos, procedimientos de *aplicación*, y los otros, procedimientos de corrección.

Todos tienen, por lo demás, rasgos comunes, que llamaremos procedimientos generales del método y los cuales pasaremos en revista.

Se entiende por análisis la descomposición de un todo en sus partes.

Ese es el sentido general que se aplica á todos los órdenes de ideas; pero en el dominio intelectual, el análisis consiste en remontar de una solución dada al principio de que ella depende.

La síntesis es, al contrario, la reconstitución de un todo por medio de partes, de elementos constitutivos y, en un sentido más restringido, consiste en partir del principio de un tema para llegar á la solución.

Una comparación muy simple hará en cierto modo palpable la distinción en los dos procedimientos.

Separar de un reloj todas las piezas que lo componen, estudiarlas una á una para tener la noción exacta de la estructura del objeto, es un acto de análisis; pero recoger todas las piezas, adaptarlas una á otra en el orden y en el sentido indicado para recomponer el reloj, es la síntesis.

Esta comparación tiene la ventaja de hacernos comprender la estrecha correlación que existe entre los dos actos, la ayuda que ellos se prestan: en realidad, las dos operaciones se completan una á otra y se les emplea frecuentemente, alternativamente y sin darse cuenta de ello.

El análisis y la síntesis tienen, en metodología, tal importancia y tantos recursos, que ciertos autores consideran los dos actos como métodos de enseñanza.

En realidad han dado lugar solamente á *formas* de lo que nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

LA OBSERVACIÓN Y LA EXPERIMENTACIÓN.

La observación.—La observación es un acto intelectual que consiste en considerar *con atención* los fenómenos físicos y morales para descubrir su naturaleza, cualidades y relaciones.

La observación ha venido ser la gran ley que domina principalmente la enseñanza elemental. A este procedimiento se recurre en todos los ejercicios especiales de instrucción y en toda lección de un programa desde el momento en que se le dé carácter de intuitiva.

Es, sobre todo, para la enseñanza de elementos de ciencias naturales en lo que se impone la observación; presta también grandes

servicios en las lecciones de geografía, sistema métrico, geometría, dibujo del natural, etc.

La experimentación no es más que una forma particular de la observación.

El observador examina, estudia con toda la atención de que es capaz, los hechos que se verifican á su alcance, pero cuya verificación no depende de él; por ejemplo: las fases de la luna, la aparición de un cometa, etc.

El experimentador, al contrario, imagina y provoca fenómenos auxiliares para establecer una verdad, un principio supuesto, pero cuya prueba no existía.

Lleva tan lejos el sistema que llega á preparar y á desenvolver en todas sus fases el fenómeno que ha visto y puede así estudiarlo en mejores condiciones.

Se ve que, en suma, la observación tiene mucho de análisis y la experimentación mucho de síntesis.

LA DEDUCCIÓN Y LA INDUCCIÓN.

Se designa así á las dos formas á las cuales se reduce un razonamiento.

La deducción es un modo de razonamiento, en el cual se establece una verdad general para concluir de ella una verdad particular.

Ejemplo: El ciudadano debe respetar todas las autoridades legítimas; ahora bien, la autoridad municipal es una autoridad legítima; luego, los ciudadanos le deben respeto.

La inducción es lo opuesto á la deducción; este procedimiento consiste en pasar de una verdad particular á una verdad general.

A primera vista parece ilógico que se pueda proceder así, pero nada es más cierto, esto se hace siempre.

Si se os pregunta por qué esperáis morir un día, no responderéis que porque veis á vuestros semejantes morir?

Cuando un niño se aleja del fuego, esta prudencia no le ha sido inspirada por una quemadura que recibió, tal vez hace largo tiempo, pero de la que guarda un recuerdo siempre presente? Esos son razonamientos inductivos.

4.—De las formas de enseñanza.

La *forma* puede ser definida así; el *aspecto* bajo el cual el maestro expone el motivo de sus lecciones, para inculcar lo más seguro y rápidamente posible á los alumnos, la materia enseñada.

Cuando se habla de métodos diferentes, se confunden seguido los métodos con las formas de enseñanza que son numerosas; pero cada una de esas formas, para tener algún valor, debe estar sujeta á las reglas de la metodología.

El método se ocupa del *interior* de la parte espiritual del hombre, de la imaginación, de la memoria, de la inteligencia y de la razón, del corazón; mientras que la forma de enseñanza no se ocupa más que del exterior. Todo su papel se limita á mostrar, á exponer, á escuchar, á preguntar y á contestar.

Es preciso que el maestro adquiera la facultad de aplicar con habilidad y emplear convenientemente cada forma de enseñanza, á fin de despertar, de excitar las facultades del alma según los principios, es decir, de dirigir al niño de manera que su espíritu conciba y juzgue, que su memoria guarde y que su imaginación se represente en uno solo todos los objetos de que ha tenido intuición.

En pedagogía se establece una clasificación para las diferentes formas de enseñanza, y se les designa por nombres especiales. Para el empleo de unas, los discípulos quedan en un estado *receptivo* más bien que activo, otras exigen el concurso de las facultades del alma á fin de adquirir los conocimientos y de facilitar la concepción.

Estas formas, tomadas en el sentido más general, se dividen en dos categorías: la de *exposición continua* y la de *exposición no continua, interrumpida*.

A.—La forma de exposición no interrumpida ó forma acromática. (1)

Esta forma de enseñanza tiende á comunicar los conocimientos por medio de un discurso seguido sobre un asunto cualquiera. Empleada sola y con exclusión de todas las otras, esta forma ofrece insuperables dificultades: cómo, en efecto, fijar la atención de los ni-

(1) De una palabra griega que significa: *escuchar para instruirse*.

ños cuyo espíritu vaga aún incierto y que no tiene todavía adquiridas ideas á las cuales ellos pudiesen eslabonar lo que no entienden?

La dificultad aumenta cuando el maestro no tiene esa facilidad de elocución y lucidez de expresiones que son tan necesarias como raras.

Un maestro hábil se servirá útilmente de esta forma con los novicios para comunicarles las primeras ideas por medio de una explicación amena, y con los escolares muy avanzados cuya inteligencia está bastante desarrollada para seguir un razonamiento y para escoger una serie de hechos. La enseñanza que se da por un discurso no interrumpido y durante el cual el discípulo es un simple oyente, supone en las facultades intelectuales de éste un gran desenvolvimiento que lo ponga en estado de seguir al maestro con atención sostenida.

Toda materia tratada por la exposición continua debe estar en cuanto á la forma y en cuanto al fondo, en relación con el grado intelectual de los alumnos; se les presentará siempre en términos simples y claros, en frases cortas y precisas y con el tono y expresión de voz que convengan á la individualidad del auditorio y á la naturaleza del asunto. No olvidemos nunca que la fuerza nace de la brevedad y que lo difuso causa fastidio y cansancio.

Esta forma de enseñanza exige, además, por parte del maestro, una elocución fácil que le ahorre recurrir á lecturas soporíferas; un tanto exquisito, que le impida fatigar la atención; una imaginación fecunda, que sepa animar su discurso con ejemplos interesantes; un sentido perfecto por cuya ayuda sepa ponerse al alcance de sus oyentes; un espíritu sistemático, que no pierda nunca de vista el orden en que le convenga tratar su asunto. La claridad y el orden son las cualidades más esenciales que expresiones rebuscadas y lenguaje florido; debe permitirse, además, al alumno, interrumpir al maestro para que se satisfaga de aquello que no comprenda.

B.—*Las formas de exposición interrumpida ó erotémáticas. (1)*

La exposición interrumpida puede presentarse bajo varias formas distintas, entre otras:

1. La forma catequética; 2 la forma socrática; 3 la forma eu-

(1) De una palabra griega que significa: *preguntar, interrogar*.

rística; 4 la forma repetitoria; 5 la forma examinatoria; 6 la forma analítica y sintética; 7 la forma sintética; 8 la forma dialógica.

La forma más indispensable en la enseñanza elemental, es la que procede por preguntas y respuestas. Se puede aplicar indistintamente á todas las ramas en una medida más ó menos larga. Todo el éxito que se espere, depende de la habilidad en aprovechar las respuestas dadas para formular otras preguntas en un cierto orden y en un cierto plan; importa, pues, que el maestro tenga un conocimiento perfecto de las formas erotemáticas, sobre todo de algunas de entre ellas.

1° *La forma catequética.*

La forma catequética cuyo elemento distintivo es una acción recíproca del maestro sobre el alumno y *vice versa*, exige exposiciones seguidas de preguntas y respuestas.

Empleándose esta forma, propónese uno, por una parte, hacer hallar lo que es desconocido y hacer claro lo que está confuso en el espíritu del niño; por otra, se pone uno en condiciones de apreciar el grado de desarrollo del discípulo, sea relativamente al conjunto de sus conocimientos, sea con respecto á una rama de ellos en particular. En este caso es preciso preguntar con habilidad y tratar con discreción las respuestas; es preciso quedar continuamente dueño de la conversación á fin de poder dirigirla hacia el punto que se se ha propuesto uno.

La catequética, es el principio dominante de todas las otras formas del mismo grupo. Ella supone que al maestro conoce el espíritu, el carácter, la manera de ser de los alumnos, que el es, en una palabra, dueño de su voluntad y de su pensamiento. De acuerdo con esta forma se admiten en el niño, elementos susceptibles de desarrollo; estos elementos son: la experiencia, la intuición, el lenguaje, conocimiento de las cosas, y en fin, las facultades del alma.

La forma catequética debe dirigir á los niños, por medio de un cuestionario progresivo, llevarlos por sus propias reflexiones, por sus recuerdos y por la representación interior de lo que ellos han visto y probado, á encontrar por sí mismos lo que se ha propuesto enseñarles; es, pues, la manera de desarrollar una verdad arreglando una serie de *cuestiones* propias para conducirlos á un punto de vista claro y distinto de lo que se les quiere enseñar; es el arte de buscar las ideas aun latentes en el alma del niño, de desarrollar-

las por medio de *cuestiones* parciales, de perseguirlas en sus últimos repliegues, relacionar con destreza sus más recónditas ramificaciones, coordinarlas, darles una forma racional y hacerlas palpables á los alumnos.

¿Cómo puede el instructor adquirir destreza en enseñar según este procedimiento tan eficaz?

Para ser empleado con éxito, la forma catequística exige del instructor una gran aptitud para formular las cuestiones, en apreciar las respuestas y en deducir las consecuencias sin entrar en largos razonamientos. Es preciso también que conserve siempre bien grabado en la memoria el asunto que va á tratar sin dejarse vencer por las respuestas obtenidas.

Esta aptitud y esta firmeza no pueden adquirirse sino con una larga práctica. Se ejercitará uno al principio explicando á los alumnos ideas, expresiones abstractas y se aprovechará de las nociones que hayan adquirido para hacerles sacar deducciones morales de las pequeñas narraciones, historietas y recitaciones que estén á su alcance. Con principiantes es bueno exigir que en sus respuestas repitan las preguntas que se les han dirigido. Por este medio se acostumbra violentamente á expresarse de una manera justa, precisa y en términos escogidos. Se continúan estos ejercicios hasta que se llegue á saber aplicar este procedimiento á la enseñanza de otros ramos que ofrezcan más dificultades y de un orden de ideas más elevado.

Siendo la base de la forma catequética la pregunta, la habilidad consiste en aprovechar las respuestas dadas para hacer otras preguntas en cierto orden y de acuerdo con un plan.

Distribución de preguntas.

1. Es preciso evitar el preguntar á los alumnos en un orden cualquiera; por ejemplo, en el orden en que estén colocados en la clase. Cada uno debē ignorar *si* se les va á preguntar y *cuándo*.

2. Por regla general, se debe oreguntar *individualmente*; únicamente por excepción á toda la clase es como se ha de dirigir una pregunta cuya solución deban dar todos los alumnos á la vez.

3. Cada alumno deberá responder por lo menos una vez durante una lección.

4. No se dirigirá á un mismo alumno muchas preguntas consecutivas.

5. Se cuidará, en la sucesión de preguntas, del grado de inteligencia é instrucción de los alumnos.

6. Se designará al alumno que tenga que responder, de manera que la respuesta no sea dada por otro.

Reglas que observar con motivo de las respuestas.

1. El maestro debe evitar cuidadosamente de provocar la respuesta, dando la primera ó primeras palabras.

Semejante proceder da como resultado, ordinariamente, que el alumno conteste maquinalmente y dé algunas veces respuestas ridículas.

2. El maestro no debe exigir una respuesta en la forma y tenor que él ha concebido de antemano. El discípulo, que por su parte, tiene la convicción de haber contestado bien, se muestra descontento de esta exigencia y se encierra entonces en el silencio.

Es un obstáculo para la marcha regular de la lección y no se saca ningún buen resultado.

3. El maestro debe abstenerse de repetir cada respuesta que le dan como exacta. Esto constituye una pérdida de tiempo simplemente y no favorece en nada á la instrucción.

4. Sin embargo, si la materia de que se trata ofrece grandes dificultades; ó si la lección se da á pequeñitos, las repeticiones de una respuesta son á veces admisibles y aun convenientes.

5. A cada buena respuesta el maestro se guardará de manifestar su satisfacción por palabras lisonjeras. Esto además de ser también tiempo perdido, es malo pues ejerce una influencia más ó menos nociva sobre el alumno que esperará en cada ocasión manifestaciones aduladoras de parte de su maestro volviéndose muy pronto presuntuoso y merecedor de incesantes elogios.

Los testimonios de satisfacción deben usarse solamente para estímulo de los discípulos; para que sean provechosos, deben ser acordados raramente y por respuestas que sean debidas ó á una profunda reflexión, ó á una atención sostenida.

6. El discípulo al cual se dirija la pregunta debe ser el único autorizado para contestar. Es preciso no tolerar que los alumnos no interrogados, se permitan, como mejor les parezca, responder ó soplar la respuesta á aquel á quien se ha designado. El orden de la escuela se turba y el maestro no llega nunca á tener conocimiento perfecto de la fuerza intelectual de sus discípulos.

7. El maestro permitirá en raras ocasiones á sus alumnos dirigirle preguntas durante una lección. Las preguntas hechas de esta manera son, en lo general, más propias para desordenar una lección

que para esclarecer lo que no ha sido comprendido. Que se observe siempre esta regla: quien no haya comprendido las explicaciones dadas durante la lección se dirigirá después de la clase al maestro; éste se apresurará á dar las explicaciones necesarias, manifestando al alumno el placer que le causa verlo que se ocupa tan concienzudamente en el objeto de la lección.

2ª LA FORMA EURÍSTICA (1) Ó DE INVENCION.

Esta forma difiere de la anterior en que, por su aplicación, tiene por objetivo hacer encontrar, discernir y aprender por sí mismo, al discípulo, por medio de la meditación y ligeras indicaciones del maestro, los conocimientos que se le quieren comunicar.

La aplicación de esta forma, supone pues en el alumno: 1º, las disposiciones intelectuales necesarias y desarrolladas á un grado conveniente; 2º, que esté suficientemente ejercitado en el empleo de sus facultades; 3º que no le falte ni la experiencia ni la instrucción de los objetos propios para servirle de aplicación y alcanzar por ellos nuevos conocimientos.

Faltando una sola de estas condiciones se tratará en vano de poner al niño á buscar y encontrar pruebas verdades, las pruebas de estas verdades y las consecuencias que de ellas se derivan. Se ve, pues, que esta forma no se emplea con éxito sino con alumnos que ya hayan adquirido un fondo de ideas y puesto que los niños de corta edad no son ricos ni en experiencia ni en reflexiones, y que la esfera de su intuición es extremadamente limitada, es preferible dirigirlos por medio de preguntas. Son solamente excepción quienes tienen dotes naturales y se distinguen por una gran suma de conocimientos adquiridos y se encuentran en las condiciones requeridas para aprovechar la enseñanza eurística.

Es el procedimiento por excelencia cuando se trata de escribir, dibujar, de calcular, de buscar y de aplicar las de la ortografía en un dictado, cuando se hace redactar y aplicar las reglas de estilo, cuando se propone resolver cuestiones sobre moral y religión ó sobre cualquiera otra materia abstracta.

Ella pone al alumno en la absoluta necesidad de trabajar y emplear todas sus fuerzas. Ella le hace obrar por sí y todo lo que él descubre viene á ser como propiedad de su espíritu, de muy distinta manera que lo que recibe de otro.

(1) De una palabra griega que significa "encontrar por medio de la meditación."

No diremos nada de la "forma socrática" porque no es de ningún modo para la escuela primaria.

El sentimiento de haber aprendido por sus solas fuerzas, reacción vivamente sobre su actividad. Una línea que el niño lee por sí sólo, un cálculo, del que encuentra él por sí mismo, el resultado, una falta que ha notado por su sola atención, le aventajan más que veinte operaciones de la misma naturaleza en las cuales el maestro le hubiera ayudado. Por esta actividad propia, el niño siente sus fuerzas y la conciencia que le ha dado el ánimo y el gusto de trabajar y de buscar.

El maestro que haga uso de este procedimiento, atenderá á las fuerzas intelectuales de los niños, seguirá un plan bien combinado sin apartarse de él nunca, y esperará con toda paciencia los resultados.

REGLAS QUE OBSERVAR EN EL EMPLEO DE LA FORMA EURÍSTICA.

1. Los alumnos deben poseer cierto grado de conocimientos, base necesaria de materias nuevas para su aplicación, si no el maestro les dará previamente las nociones con ayuda de las cuales deben adquirir otras por sí mismos.

2. El maestro tendrá cuidado de enseñar á los discípulos la manera de ejecutar tal trabajo, de resolver tal asunto á fin de que ellos lleguen al estado de satisfacer sus preguntas.

3. Es preciso que el trabajo impuesto esté siempre en relación con la fuerza intelectual del discípulo y con los conocimientos que posee se basará sobre el principio "de lo fácil á lo difícil" para escoger los temas.

4. El maestro no debe intervenir en la solución de un tema sino muy raras veces y cuando el embarazo del alumno sea tal que no pueda esperarse de él alguna respuesta satisfactoria.

5. El maestro después señalado el tema sobre que se deba tratar se convencerá inmediatamente que ha sido bien comprendido por el discípulo.

6. Cuando el discípulo haya llegado á resolver la cuestión, el maestro le hará indicar la marcha que siguió para llegar al resultado.

7. Cuidará el maestro de variar los temas cuanto sea posible.

30 LA FORMA REPETITORIA.

El maestro no tiene cumplida, ni mucho menos, su tarea cuando ha llegado, por su enseñanza, á comunicar á sus discípulos co-

nocimientos claros y precisos; es preciso aún que emplee medios convenientes para grabar estos conocimientos en su memoria á fin de que puedan sacar partido de ellos en caso necesario y extender á voluntad el tesoro que han adquirido. No es sino por las repeticiones frecuentes y hábilmente dirigidas como se obtiene este resultado. Si el maestro cree poder descansar, en cuanto á las repeticiones, en la buena voluntad de sus alumnos, pronto reconocerá su error; porque estos no saben siempre como hacer para recordar convenientemente y para confiar á la memoria todo lo que ha sido tratado en la clase.

Los niños creen que les basta recorrer ligeramente sus cuadernos y sus textos; además, las preocupaciones, las distracciones propias de su tierna edad no les dejan siempre procurar cubrir esta necesidad, que, es preciso no olvidarlo, no ofrece mucho atractivo. Es, pues, absolutamente necesario establecer, con este fin, ejercicios especiales por esto se ha recurrido á la forma repetitoria, que consiste esencialmente en dirigir la reflexión del alumno por medio de preguntas para enseñarle no tanto cosas que le sean desconocidas sino hacerle claros los conocimientos que ya posee.

En la aplicación de esta forma es preciso ajustarse á las indicaciones siguientes:

a. Cada punto que se pueda considerar como formando un todo, y que ha sido suficientemente explicado debe ser repetido tantas veces cuantas sean necesarias para grabarlo en la memoria.

b. Al fin de cada lección debe hacerse un resumen de lo que se ha tratado.

c. Toda lección debe comenzar por una recapitulación de los puntos tratados en la lección anterior.

d. Una repetición sumaria de varios capítulos debe tener lugar á fin de que los alumnos vengán á formar un *cuestionario* general, lo que les agradará tanto á comprender como á retener.

Sabiendo que semejantes repeticiones han de tener lugar regularmente, los alumnos encontrarán un estímulo en seguir la lección con atención más sostenida y en reflexionar también fuera de la clase en lo que se les ha explicado.

El maestro tendrá entonces mayor facilidad de esclarecer lo que ha dejado alguna obscuridad en su espíritu, de recordarles lo que hubieren podido olvidar, de corregir, de suplir cuando sea necesario, estimularlos, y en fin, asegurarse si *saben* y hasta qué punto la una ó la otra de sus facultades reclama una dirección especial.

4.ª LA FORMA ANALÍTICA Y SINTÉTICA.

Hemos hecho conocer suficientemente las dos operaciones intelectuales de análisis y síntesis para no insistir en nuevas explicaciones.

Reducido número de personas es el de las que dan á sus palabras representaciones, ideas netas y claras; son para ellas simples palabras, nombres de objetos que han visto ó de los que han oído hablar; apenas están en estado de indicar una que otra de las cualidades más salientes y por la que el objeto se distingue de otro. Si un objeto es de naturaleza concreta, basta para tener una idea, para no confundirlo con otros, conocer el nombre y señalar alguna de sus cualidades características; pero cuando el objeto es de naturaleza abstracta de modo que ni la vista, ni el oído, ni el tacto puedan facilitarnos el conocimiento, entonces este conocimiento es superficial y no basta para impedir la confusión.

Es así como se atribuye á la memoria lo que es del dominio de la razón que se confunde el valor de las expresiones á causa de su analogía, ya por lo que respecta á la forma, ya por lo que al sentido.

Adquirir nociones exactas, claras, precisas, es el único remedio para esta confusión, para estas vacilaciones ó descarriamiento intelectual que puede tener consecuencias muy graves sobre nuestra manera de pensar y de obrar.

Pero ¿cómo adquirir esta claridad, esta exactitud en las ideas, en las representaciones internas?

El camino más directo para llegar á este resultado, es evidentemente el del análisis y la síntesis combinados, de la descomposición y la recomposición: descomponer desde luego un todo en sus partes constitutivas y reunir en seguida las que se han reconocido como indispensables para formar el conjunto.

Empleando esta forma de enseñanza no debe limitarse al conocimiento de una palabra que sirva para designar un objeto, sino que se buscará también descubrir las diferencias entre éste y los demás de la misma naturaleza ó que se le parezcan más ó menos. Con esta condición únicamente se adquiere del objeto una noción entera y es como se le puede representar con certeza y sin la menor vacilación.

Siempre que se analice, es preciso poner atención al modo de que las partes se encadenen las unas y las otras y contribuyan al conjunto.

En los ejercicios de análisis con los alumnos, es prudente imitar

á los padres que, cuando sirven á sus hijos el alimento, se lo van sirviendo en trozos más pequeños mientras más delicados y pequeños también son los hijos.

6º LA FORMA SINTÉTICA.

La síntesis parte de lo que es ya conocido; pero es preciso que el objeto sea conocido bajo todas sus fases y escogido de preferencia entre los más simples.

El maestro tiene una razón particular para observar esta regla cuando el círculo de pensamientos de sus alumnos sea aún estrecho y limitado. Debe llegar á determinar exactamente los límites y extensión de las ideas y conocimientos que tengan para no llevar más adelante lo que les sea todavía extraño y desconocido. Así, es preciso que la materia de los libros, como lo de las explicaciones, sea de lo que esté al alcance de ellos, de lo que tenga á la vista y que las escenas del mundo les sean iluminadas y aclaradas por todas sus facetas. No debe imaginarse que estas aclaraciones son inútiles y que el niño fije por sí mismo su atención sobre los objetos que le rodean. Las cosas que ordinariamente ve, por lo mismo que le son familiares provocan raramente su atención. Una cosa nos es más desconocida mientras más cerca está de nosotros y cuántas veces no sucede que pensamos tanto menos en una cosa cuanto más frecuentes las ocasiones que tenemos de reflexionar en ellos.

El maestro dispondrá los primeros conocimientos preparados y determinados de manera de obtener como una consecuencia, la verdad que quiere enseñar. Cada proposición de este arreglo vendrá á ser una pregunta tal que la respuesta dada por el niño, encierre siempre la idea principal y nueva.

El análisis y la síntesis distintas en su naturaleza, difieren también en sus resultados. El análisis, enseña, por ejemplo, al niño la casa ya construída, sus departamentos y á qué se destinan, le hace observar las partes y la manera de cómo ellas concurren á formar el todo; *el discípulo aprende así á conocer una casa que otros han hecho*. La síntesis conduce al niño sobre el terreno, delibera con él sobre los medios de construir, recoge con él los materiales y lo lleva á término de completar la obra bajo la vigilancia del maestro; *el discípulo aprende á construir la casa*.

7º FORMA DIALÓGICA.

La palabra dialógica trae la idea de una conversación. El diálogo considerado como forma de enseñanza, es una conversación entre dos ó más personas que tienen por objeto instruirse mutuamente cambiando entre ellos los papeles de maestro y discípulo. Esta forma de enseñanza se distingue, pues completamente de las que hemos examinado hasta aquí; nosotros no la mencionamos sino como recuerdo de ella, no porque convenga á la escuela moderna.

5º MODOS DE ENSEÑANZA.

El modo de enseñanza es, propiamente hablando, la manera como son transmitidos los conocimientos con respecto al número de alumnos, á la disposición de la clase y costumbres del maestro. Si el maestro se dirige á un sólo alumno, ó si se dirige á varios ó á un número de tal modo considerable que no pueda vigilar á todos, necesitará maneras diferentes para enseñar en cada caso; así es que hay varios modos de enseñanza: el modo *individual*, el modo *simultáneo*, el modo *mútuo* y el modo *mixto*.

A.—EL MODO INDIVIDUAL.

En la enseñanza individual cada alumno recibe directa y separadamente las lecciones del maestro; cada uno está, poco más ó menos, como si estuviera sólo; el maestro pasa sucesivamente del uno al otro, le traza su tarea, lo corrige, etc.

Este modo que es del que se sirve el preceptor encargado de uno ó dos niños, ha sido adoptado desde luego y muy generalmente por los que se han preocupado de las ventajas que resultan de educación privada, sin pensar que los medios eficaces en la familia son enteramente insuficientes en la escuela. Es cierto que la enseñanza individual, poniendo al maestro en contacto inmediato con cada escolar, obligándolo á dar á cada inteligencia cuidados especiales, le permite tener continuamente la mirada sobre las disposiciones y ca-

pacidad del niño y de marcar cada uno de sus progresos ministrándole los consejos especiales que le convengan.

El niño en la escuela así organizada, encontrándose en la misma posición que si estuviera sólo, no aprovecha *ninguno* de los medios de emulación, que toda reunión de niños proporciona tan cómodamente. Al mismo tiempo está expuesto á los inconvenientes ordinarios de semejantes reuniones: todo lo que puede haber de molesto por la conducta y costumbres en una corporación de niños, viene á ser más difícil de evitar, pues la obligación en que se encuentra el maestro de ocuparse exclusivamente de cada uno, le impide vigilar á todos. Es casi imposible mantener una buena disciplina. No vacilamos en decir que el modo individual está hoy, y con razón, prescripto de todas las escuelas.

B.—EL MODO SIMULTANEO.

La enseñanza simultánea tiene por objeto hacer participar, al mismo tiempo, de una lección dada por el maestro á todos los alumnos capaces de recibirla. Consiste en dividir, á los alumnos de acuerdo con su grado de instrucción, en varias clases, y hacer leer, escribir, calcular á todos los de una misma clase; de tal suerte que cada alumno se aproveche de la lección dada á todos los otros. Se ve al primer golpe de vista, la superioridad de tal modo sobre el individual. El tiempo que, congrasado á uno sólo hubiera sido robado, por decir así, á los otros, es empleado en utilidad de la generalidad.

Las ventajas que resultan de la aplicación de este modo, no pueden producirse siempre sino bajo ciertas condiciones, que expondremos adelante al tratar del *modo mixto*.

C.—EL MODO MÚTUO Ó MODO DE BELL-LANCÁSTER.

No tenemos la intención de entrar en un desarrollo detallado con motivo de un modo de enseñanza que está lejos de tener nuestras simpatías; sin embargo, la parte de nuestro libro relativo á la metodología general, no estaría completa si nos abstuviéramos de dar á nuestros lectores, por lo menos algunas indicaciones sobre este modo.

que al fin del último siglo y al principio del presente ha recorrido todo el mundo educacional y el que, á pesar de todo, ha sido visto por ciertos hombres de escuela como el solo y único medio de salvar al mundo, pertrechando á la tierna generación contra la ignorancia.

Lo que hay de característico en el modo mutuo, es que consiste en instruir mutuamente por los cuidados de un solo maestro, un gran número de niños en un local vasto y apropiado á este fin.

Los alumnos que se llaman *monitores*, son encargados de enseñar la lectura, la escritura, el cálculo, etc., á un grupo de sus discípulos, que han alcanzado poco más ó menos el mismo grado de instrucción; estos monitores se conforman á las instrucciones que se les ha transmitido previamente. Estimulan, por recompensas y, muy á menudo por castigos inmoderados y crueles, la atención y actividad de su grupo. El Instructor en jefe es auxiliado por un Ayudante-monitor en jefe, que está encargado de preparar todo el material de que se sirve durante las lecciones y vigila además que todo sea ejecutado á tiempo, lo más convenientemente posible. Después de la introducción de este modo de enseñanza, por los dos hombres cuyos nombres citamos en el principio de este artículo, y quienes le habían dado por objeto: *dar por poco precio instrucción á muchos niños*, se le han hecho ciertas modificaciones que han contribuido á hacerlo más práctico y racional; pero que no lo han salvado de un abandono casi completo.

Olvidábamos añadir que la enseñanza mutua exige un arreglo material excesivamente costoso, de modo que ha perdido hasta su razón de ser: la economía.

D. — EL MODO MIXTO.

Este modo es una combinación de los modos precedentemente tratados: del *modo simultáneo* y del *modo mutuo*, ó del *modo simultáneo* y del *modo individual*. Juzgamos inútil entrar en explicaciones con motivo de la primera de estas combinaciones que comprende el empleo del modo mutuo, hoy anatematizado. Nuestras simpatías y las de todos los educadores, están en favor del modo mixto *simultáneo-individual*. Este modo de enseñanza es, para las escuelas públicas, el que presenta más ventajas, atendido á que él reúne todo lo que la enseñanza simultánea tiene de bueno y que repudia todo lo que tiene de malo. Favorece la emulación, haciendo participar á todos los alumnos de la lección, procurándoles la oca-

sión de mostrar lo que saben; en tanto que los dos modos, tomados separadamente, matan la emulación y hacen la enseñanza enojosa.

Poniendo al maestro en situación de conocer por sí mismo la fuerza intelectual de los alumnos, este modo procura á éstos la ventaja de repetir las buenas respuestas encontradas y formuladas por sus condiscípulos más capaces y anima á los más débiles, los que por timidez no se atreverían á responder, á abrir la boca mezclando su voz á la de los otros escolares.

Es claro que la aplicación de este modo permite al maestro hacer una gran economía de tiempo en ciertas lecciones, sobre todo, en aquellas en que se trate de recitar, por ejemplo, alguna cosa literaria de memoria ó de leer un trozo con el objeto de ejercitar el mecanismo de la lectura.

No así en todas las explicaciones que se dirigen á la inteligencia, al juicio; es evidente que es preferible obtener las respuestas individuales, aun ocupándose de un solo discípulo, ó porque no ha comprendido la cuestión, ó por otro motivo, se hará participar toda la clase de las explicaciones particulares, y si, por este medio, los más adelantados se ven obligados á oír y repetir con sus condiscípulos menos favorablemente dotados de aptitud para aprender, no se perjudicarán seguramente. Al recomendar el modo mixto, no deberá entenderse, de ninguna manera, por enseñanza individual, la que consiste, respecto al maestro, en *ocuparse de un solo alumno, dejando todo el resto de la clase en la inacción*, ó en desorden; repetimos, para no ser mal interpretados: el maestro fijará su atención más especialmente sobre tal ó cual discípulo, sin perder de vista el conjunto de la clase y la utilidad que debe resultar de su enseñanza para éste, sea por la repetición simultánea de las respuestas obtenidas, sea por la reproducción de una definición de una regla positiva, de una recitación ó de una lectura determinada. Si á esto añadimos que la enseñanza, haciendo alternar el modo simultáneo con el modo individual se penetra de cierto gusto que ocupa y satisface al niño, y que, por otra parte, permite al maestro establecer relaciones más íntimas y frecuentes con sus alumnos, creemos haber dicho bastante en favor de un modo que juzgamos como el único capaz de producir en nuestras escuelas resultados satisfactorios.

DE LOS DEBERES ESCOLARES Y DE LOS EXÁMENES.

Deberes escolares.

Cuando se examinan atentamente todos los obstáculos que pueden contrarrestar la obra de la escuela, se comprende cuán importante es buscar el poner en práctica los expedientes propios para sostener y fecundar los esfuerzos del maestro, para hacer apreciar estos esfuerzos por las familias é interesar á éstas.

Entre los medios, el más eficaz tal vez, es el que consiste en obligar á los alumnos á hacer solos, diariamente, ciertos trabajos después de las horas de clase.

Bien escogidos, bien explicados, bien comprendidos, bien proporcionados á la edad, al grado de desarrollo, á la condición física del alumno, así como al tiempo de que puede disponer y consagrarse, sin estar totalmente privado de recreo, estos deberes constituyen el ejercicio por excelencia para grabar en la memoria de los niños, las nociones adquiridas en clase y para habituarlos á sacar partido de ellas. Es una verdad incontrovertible. Tienen por ventaja iniciar, desde luego, al niño, en la gran ley del trabajo, pues ellos se le imponen aun en medio de sus placeres y de sus juegos; se encuentra en ellos un procedimiento eminentemente propio para inculcar al niño el hábito de producir algo por sí mismo, sin necesitar constantemente los consejos de su mentor; en una palabra: adquirir *iniciativa*.

Importa al discípulo aplicar lo que ha aprendido, consolidar por una práctica razonada, por ejercicios frecuentes, lo que su espíritu ha concebido; un trabajo recapitulativo, sea oral, sea escrito, debe invariablemente seguir á la teoría y el discípulo tomar preponderante.

No es, limitándose á asistir regular y atentamente á las lecciones del profesor, como se llega á ser instruido; está reconocido que el saber es, en gran parte, fruto del trabajo propio, el resultado de reflexiones é investigaciones especiales cada vez que una causa exterior ha llamado la atención, y esto con el objeto de familiarizarse con los conocimientos recibidos del maestro de concebirlos más claramente y profundizarlos. Es preciso, pues, habituar á los niños á ocuparse de lo que deben aprender y á aplicarse por sí mismos sea durante ó después de las horas de clases. No es muy posible, sobre todo en las escuelas muy concurridas, que los discí-

pulos sin estudios particulares ó más bien un sin trabajo fuera de las lecciones lleguen á saber lo que se les enseña, de modo que se puedan servir sin el socorro de otro. El tiempo consagrado á cada división escolar, es muy corto, y esta dificultad se aumenta todavía por la necesidad que tiene el maestro de ocuparse especialmente de tal ó cual alumno, de concepción lenta con detrimento de otros que aprovechasen con facilidad las explicaciones dadas.

Para que el trabajo privado produzca el efecto más eficaz, es indispensable que el maestro dirija este estudio, que dé de antemano, consejos sobre la manera de emplear ventajosamente el tiempo que queda después de las horas de clase, que indique el uso de los conocimientos adquiridos, en fin, que diga cómo es preciso prepararse útilmente para adquirir otros.

No se puede razonablemente exigir de los estudios privados sino resultados en referencia con los progresos ya realizados en las diferentes ramas.

Así, para los principios debe contentarse con repetirles lo que ha sido tratado en clase, sin querer que ellos preparen cosas no explicadas todavía; pero para que estas repeticiones sean eficaces, no basta recomendarles repasen aún una vez ó dos la materia; es preciso enseñarles en clase, cómo deben hacer esta repetición.

El maestro se esforzará en hacerles el estudio agradable, hácerseles considerar como una cosa amena; llegará, por este medio, á vencer esta repugnancia por el trabajo intelectual, repugnancia que, ordinariamente, es la causa de que los niños no se ocupen entre sí del estudio sino en último lugar, y solamente para obedecer al maestro ó por no hacerse acreedores á ningún castigo.

A medida que los alumnos adelanten, es preciso aumentar los deberes.

Maestros, considerad, dando á vuestros discípulos un deber conforme á su sexo, su edad, su fuerza física y su grado de adelanto.

Tened en cuenta, en la apreciación de este deber, el medio en que cada niño está obligado á vivir y las condiciones materiales en las cuales ha debido hacer su trabajo. No seáis muy rigurosos, por ejemplo, para el hijo del pobre obrero en cuya casa no haya ningún lugar servible á todos los usos, cuyo mobiliario se compone de una mesa y de algunas sillas cojas, y cuya chimenea está algunas veces sin fuego durante el invierno; mostraos más severos hacia el niño del rico, confortablemente instalado en el cuarto de estudio de su padre, lejos del ruido y de las distracciones, para cumplir con su tarea.

No hay que olvidar que el niño tiene necesidad para fortificarse, de respirar el aire, de hacer movimientos, de jugar y distraerse. Esto hemos hecho todos cuando niños. No debe olvidarse el viejo adagio «*mens sana in corpore sano.*» El objeto de la educación es, téngase muy presente, *desarrollar* HARMÓNICAMENTE *todas las facultades del niño*: facultades físicas, morales é intelectuales.

Hay que fijarse en que cinco, seis, siete horas de clase por día es ya bastante penoso para el niño, y que por efecto de una atención sostenida muy largo tiempo, los resortes de su inteligencia han perdido su elasticidad y muestran rebeldes.

Que el *deber* no sea para el niño ó para el joven educando un trabajo que le repugne, un trabajo que haga contra su voluntad, malogrando y haciendo contraproducente lo que se le ha impuesto ó que no lo cumpla totalmente ingeniándose para buscar excusas mentirosas.

No demos, pues, trabajos muy largos ó muy difíciles; media hora cotidianamente para los pequeños y una hora ú hora y media para los grandes será suficiente.

Debe el maestro asegurarse, después de haber explicado bien el *deber*, si los discípulos, sobre todo los débiles, lo han comprendido bien.

Que el deber por escrito no sea sino la aplicación práctica de la lección oral, el ejercicio necesario para completarla y para grabarla profundamente en la memoria del discípulo.

Hágase de modo que al poner manos á la obra para su deber, el alumno esté convencido de que la tarea impuesta no pasa el límite de sus fuerzas; es preciso que tenga él la seguridad de que saldrá por sí solo del paso sin socorro de nadie y que su trabajo merecerá un *bien* del maestro.

No se dé nunca un deber al acaso, un deber que no tenga otra razón de ser que la de ocupar á los niños ó satisfacer una disposición de reglamento escolar. El deber ha de ser siempre la conclusión de una lección oral dada.

Un deber escrito debe ser siempre corregido y una lección debe ser siempre recitada. A este respecto diremos, que la menor negligencia traerá consecuencias deplorables; los discípulos se prevendrán para irse despojando poco á poco de la tarea cotidiana del deber á domicilio, ó bien, lo que vendrá á ser peor, trabajarán con desgano, sin amor propio, sin cuidado, únicamente para evitar castigos.

Que las correcciones sean sancionadas por una palabra de elogio ó de censura, por una observación crítica, resumiendo las cualidades ó defectos del trabajo producido por los escolares.

No olvideis, maestros, que el niño, el joven, el alumno, en una palabra, es extremadamente sensible á la apreciación que de esos deberes hace el profesor, que tiene derecho de conocerla y que se muestra justamente orgulloso del menor testimonio de satisfacción que se le dé.

Pero guardaos de toda exageración en el empleo de las fórmulas que expresen vuestra aprobación ó desaprobación: les quitaríais todo valor en el concepto de vuestros discípulos que acabarían por recibirlas con indiferencia.

Cuando en una escuela hay varios maestros ó profesores que señalan *deberes* á los mismos alumnos, es absolutamente indispensable que se pongan de acuerdo dichos maestros ó profesores, sobre la cantidad de trabajo que cada uno de ellos deba imponer á los discípulos. Sin esta precaución, sucederá que los alumnos se vean tan agobiados de *deberes* que llegarán á ver la escuela con horror considerándola como una institución de *trabajos forzados*.

LOS EXÁMENES.

La imperfección de la memoria obliga al maestro á volver á tratar varias veces asuntos ya enseñados, en otros términos, á hacer *repeticiones* ó *repaso*. La repetición, se ha dicho con mucha verdad, es la madre del estudio.

Es por aplicación de este principio por lo que el buen maestro no comienza nunca una lección sin repasar, por medio de algunas hábiles preguntas, el asunto de la lección anterior en la materia de que trata.

Pero esto no basta; se debe proceder periódicamente á hacer repeticiones bajo la forma de *exámenes* para los cuales los alumnos deben prepararse.

Los fines de los exámenes deben ser: 1º, poner á los alumnos en disposición de revisar las materias aprendidas en cierto tiempo y por consiguiente grabarlas mejor en la memoria; 2º, animar á los alumnos, estimular su amor propio y excitar en ellos el gusto por el estudio; 3º, probar á los padres de familia, á las autoridades y á todos los que se interesan por la instrucción de la juventud, los progresos *reales* de los alumnos; 4º, dar á las autoridades competentes

los indicios que los pongan en aptitud de poder juzgar si el objeto general de la enseñanza en las diferentes asignaturas ha sido atendido ó no, y buscar los medios más á propósito para mejorar el estado de la instrucción.

Los exámenes de fin de año sean públicos ó privados son siempre un acontecimiento muy importante, una gran fiesta para los niños; es bajo este punto de vista, como es necesario presentárselos á los escolares y á todos aquellos que se interesen por la educación de la juventud. A menos de motivos graves, ninguno de los alumnos debe ser exceptuado de asistir á esos actos.

Los cuadernos, planas, dibujos, etc., etc., son el testimonio de la marcha seguida durante el año escolar, así como de los progresos alcanzados por los alumnos.

No somos partidarios, de ninguna manera, de ese modo tan generalmente adoptado, por desgracia, de preparar obras *especialmente para los exámenes* y de trabajar durante un tiempo bastante largo *para los exámenes exclusivamente*, sin inquietarse si eso es trabajar al mismo tiempo por *el bienestar* de los alumnos. Nos limitaremos á decir á este respecto: UNA BUENA ESCUELA DEBE ESTAR DISPUESTA Á SUFRIR EXAMEN EN TODAS LAS ÉPOCAS Y EN TODOS LOS DÍAS DEL AÑO.

El maestro, al examinar, preguntará tanto como sea posible á *todos los alumnos*, sin preferencia por alguno, y pondrá mucho cuidado de no herir el amor propio de los alumnos que no le contesten conforme á lo que él deseara.

Dirección General de Educación Primaria.

Distribución de tiempo para las Escuelas Primarias.

Tercer Año.

HORAS.	LUNES.	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
MAÑANA.						
de 8.10 á 8.40	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética
8.40 á 8.45	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
8.45 á 9.15	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura	Aritmética	Lectura
9.15 á 9.20	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
9.20 á 9.50	Física	Zoología	Física	Zoología	Física	Zoología
9.50 á 9.55	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
9.55 á 10.25	Geometría	Instrucción Cívica	Geometría	Instrucción Cívica	Geometría	Instrucción Cívica
10.25 á 10.30	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
10.30 á 11	Geografía	Historia Patria	Geografía	Historia Patria	Geografía	Historia Patria
11 á 11.05	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso	Descanso
11.05 á 11.35	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía	Caligrafía
TARDE.						
de 3.10 á 3.30	Narraciones	Ejercicios de composición	Excursiones	Ejercicios de composición	Narraciones	
3.30 á 3.35	Descanso	Descanso		Descanso	Descanso	
3.35 á 4.05	Trabajos manuales	Dibujo		Dibujo	Trabajos manuales	
4.05 á 4.10	Descanso	Descanso		Descanso	Descanso	
4.10 á 4.35	Canto	Canto		Canto	Canto	
4.35 á 5	Gimnasia	Gimnasia		Gimnasia	Gimnasia	

San Luis Potosí, Febrero de 1912.